
3 1761 08695691 9





LO QUE SÉ POR MI

TOMO X

RETRATOS



Sara Bernhardt.



Antonio Fernández Bordas.



Esperanza Iris.



Luis de Tapia.



Luisa Puchol.



El maestro Luna.



Pedro Mata.



Angelina Vilar.



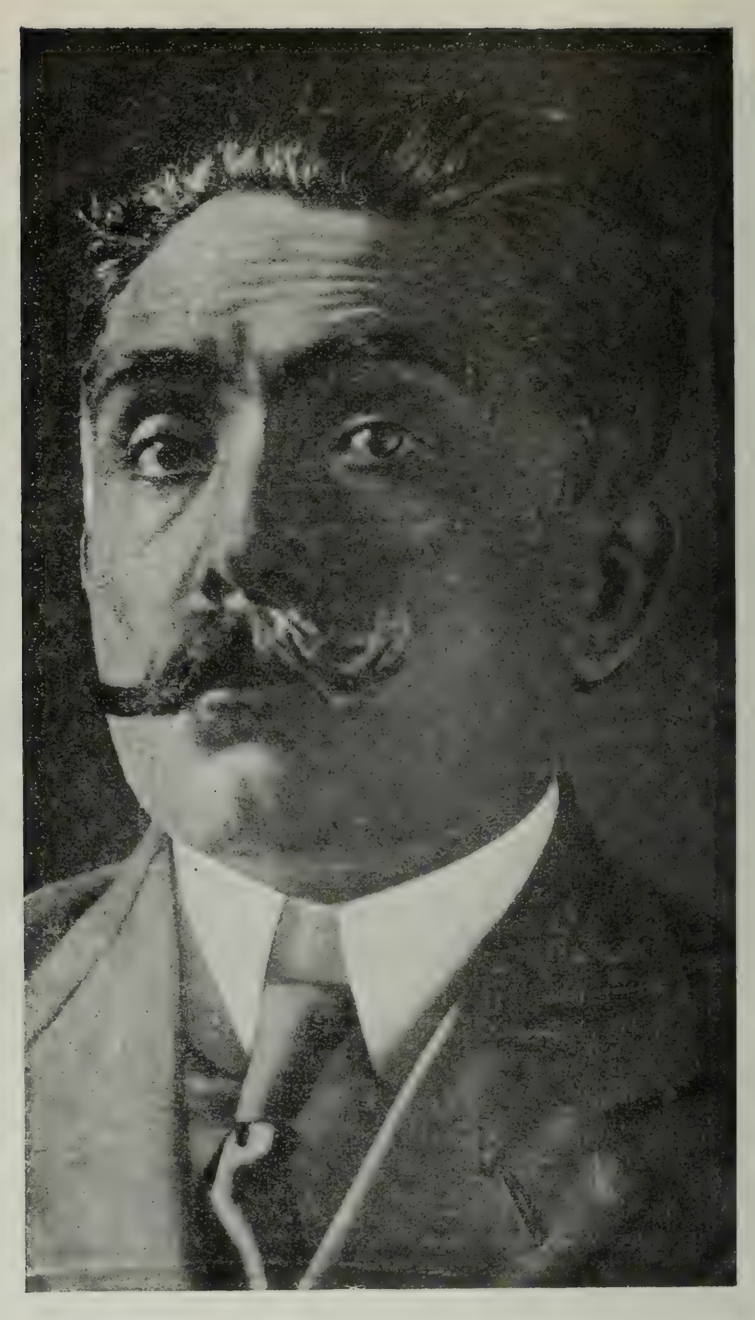
El pianista Saüer.



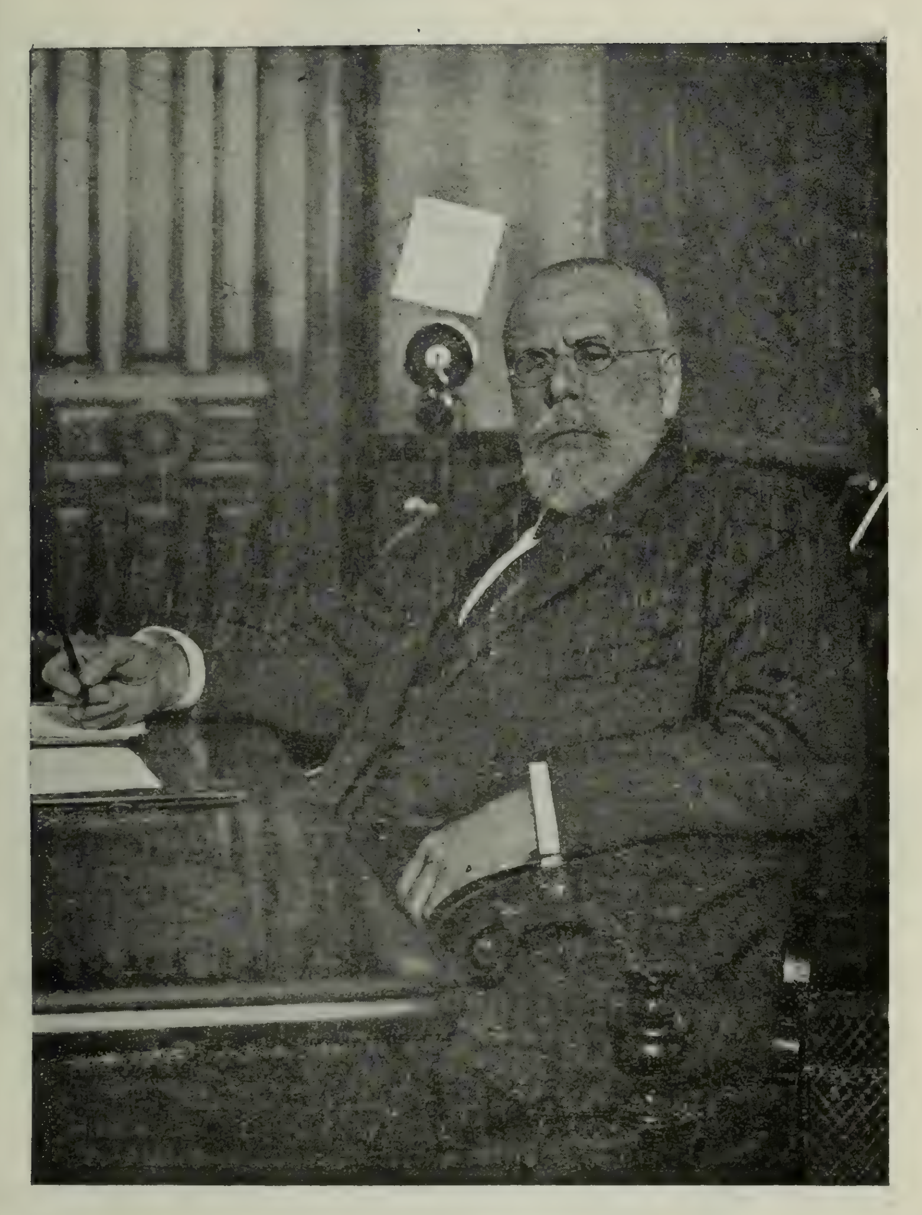
«La Goya».



El anarquista Matheu.



El coronel Castro Girona, heroico soldado de España.



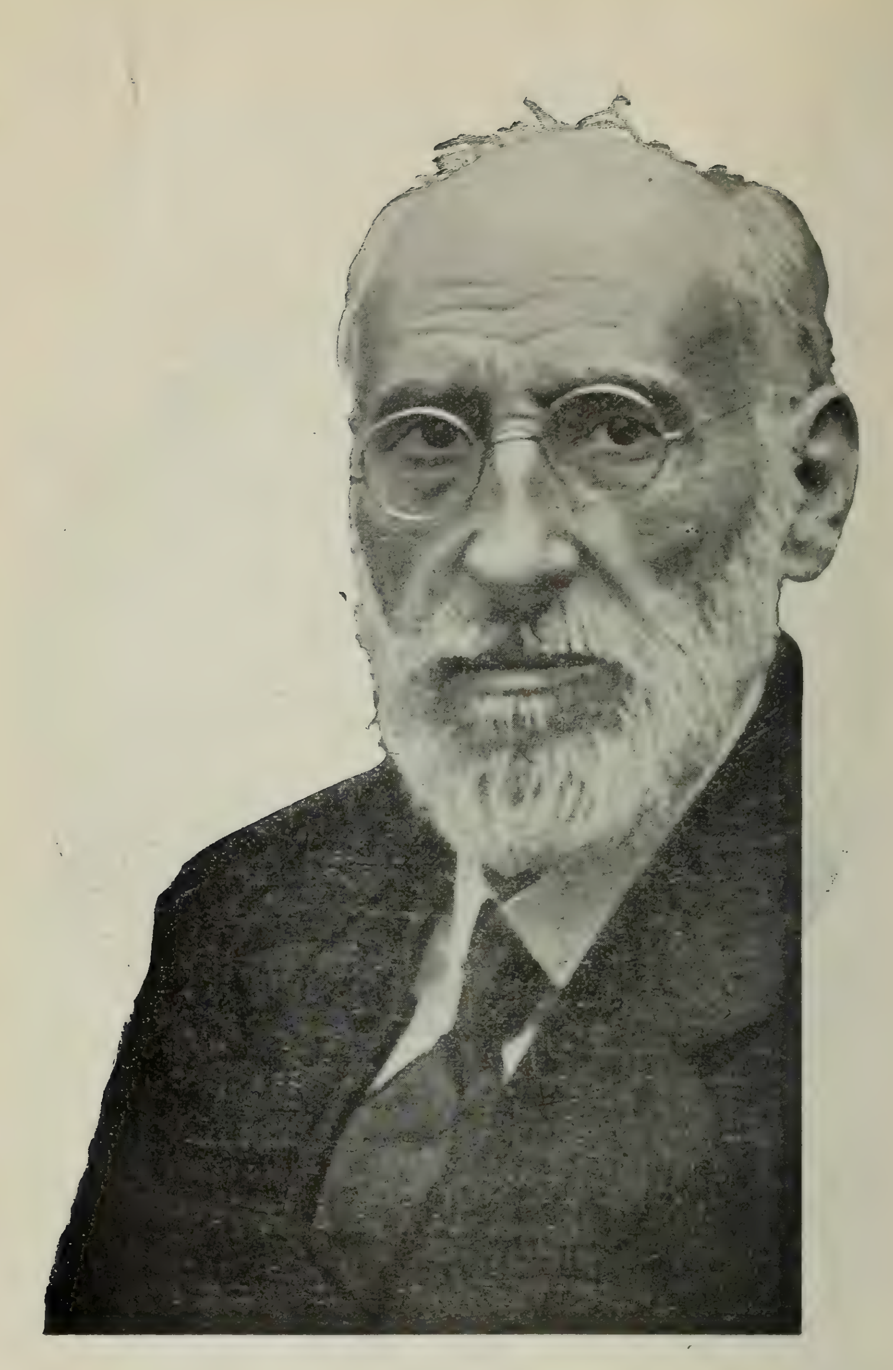
Don Eduardo Maristany.



Enrique Gómez Carrillo.



Benigno Varela.



Don Santiago Ramón y Cajal.

LO QUE SÉ POR MÍ

(CONFESIONES DEL SIGLO)

Por EL CABALLERO AUDAZ

DIEZ SERIES

Indice de la primera serie.

Pérez Galdós.
La Infanta Isabel.
Maura.
Cávia.
Pepito Arriola.
Don Jaime de Borbón.
María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.
Dicenta
Palacio Valdés.
Borrás.
Unamuno.
Condesa de Pardo Bazán.
Manolo Bueno.
«Azorín».
Vives.
Pío Baroja.
Duquesa de Canalejas.
En el barrio *Cañí.*

Indice de la segunda serie.

Benavente.
La Xirgu.
Valle-Inclán.
Tallaví.
Los príncipes de Kapurtala.
Guimerá.
Luca de Tena.
El sultán Muley Hafid.
La Pérez de Vargas.
Blasco Ibáñez.
Ratner, el multimillonario.
Ricardo León
Onoffrof, el fascinador.
García Alvarez.
Anselmi.
En el hogar de la locura.

Indice de la tercera serie.

Echegaray.
Hermanos Quintero.
Tórtola Valencia.
El ex sultád Abd-el-Azis.
Felipe Trigo.
Francisco Morano.
La reina de los gitanos rusos.
El maestro Bretón.
Su majestad «el Rey de los ladrones».
Nieves Suárez.
La Biblioteca Nacional.
Enrique Gómez Carrillo.
Carlos Arniches.
Ramón Peña.
Consuelito, la fascinadora.
Don José Francos Rodríguez.
El Rdo. P. Zacarías Martínez.
Los liliputienses.

Indice de la cuarta serie.

Indice de la quinta serie.

Indice de la sexta serie.

Indice de la séptima serie.

Indice de la octava serie.

Indice de la novena serie.

Indice de la décima y última serie.

OBRAS

DE

"EL CABALLERO AUDAZ"

EDITADAS POR «MUNDO LATINO»

La virgen desnuda (novela).
Desamor (novela).
La bien pagada (novela).
En carne viva.
El divino pecado.
De pecado en pecado (novelas).
El pozo de las pasiones (cuentos).
San Sebastián (diario de un veraneante).
El libro de los toreros (interviús con toreros).
Lo que sé por mí (interviús con celebridades contemporáneas).—Van publicadas diez series, que componen diez volúmenes de 250 páginas.
La sin ventura (novela).
Emocionario (paisajes).

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Horas cortesanas (ambientes).
El jefe político.
Vírgenes y cortesanas.



EL CABALLERO AUDAZ

LO QUE SÉ POR MI

DÉCIMA Y ÚLTIMA SERIE

Prólogo de Mr. Henry Leach, publicado como crítica literaria en el *The Times*, de Londres.



EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID



Tipografía Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

DEDICATORIA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. Francisco Ruano.

Para usted, que me conoció cuando estas luchas y estos libros de ahora no eran sino las esperanzas de un muchacho que empezaba a vivir, es este libro, décimo y último de mis interviús, con el cual aquellos anhelos de entonces han llegado al límite de la realidad.

Entonces, como hoy, su palabra fué siempre para mí consejo, estímulo y afecto. Por todo ello, y como un homenaje a su gran inteligencia, que tiene, además, como norte los impulsos de un gran corazón, quiero que acoja en sus manos este volumen.

José María.

PRÓLOGO



LAS COSAS QUE UN ESPAÑOL AUDAZ HA OIDO

MADRID. España.—No es dado a ningún otro país de Europa, en los momentos actuales, hacer una tentativa tan justa y razonable para seguir plácidamente y con buen resultado en el progreso de algunas esferas de su vida intelectual como España. La península, en verdad, tiene sus agitaciones y ansiedades graves durante la existente crisis mundial, y en gran medida se preocupa de ellas; pero hace un valiente esfuerzo para tratar de hacer un buen adelanto en los caminos intelectuales más nobles, para seguir la gran obra de su resurgimiento y para trabajar bien en los campos de las ciencias naturales, el Arte, la Literatura y la Música, de las cuales su historia está tan llena de riquezas, mientras que otras naciones se encuentran casi paralizadas en estas materias.

Es verdad que en materias intelectuales España marcha bien en estos momentos y da halagüeñas promesas de asumir un lugar mucho más elevado en el mundo ahora que jamás lo haya hecho en muchas generaciones, y aun en siglos. Es especialmente de notar que en el periodismo y en la literatura española—aunque el volumen de esta última sea relativamente pequeño hasta ahora, y tanto mejor para ella—hay un excelente sabor.

Lo que sé por mí, un nuevo tomo de esbozos, opiniones y conversaciones de algunas de las personalidades preeminentes en las diferentes esferas de la vida de España hoy, subraya estas observaciones. El seudónimo de *El Caballero Audaz* es del señor don José María Carretero, un popular novelista y muy hábil colaborador del periódico, en el que ha hecho una especialidad de conversaciones de carácter muy íntimo que él ha sostenido con los más eminentes personajes, incluyendo miembros de la real familia, los principales hombres de Estado, los más eminentes escritores y pensadores, célebres músicos y otros. La palabra consagrada de interviú apenas basta para estas discusiones, porque en ellas hay una intimidad, una cualidad e informaciones, que pocos escrito-

res, aun en España, en donde la confianza es cosa rara, puedan comunicar a semejante obra. El señor Carretero ha logrado una reputación por su honrado propósito, su trabajo cuidadoso y delicado tacto, su conocimiento personal de los acontecimientos y movimientos políticos y sociales, y su «audacidad», y aquí empleamos el término que él mismo se ha aplicado, que le ha franqueado los pensamientos de los más reservados de sus compatriotas. El resultado es que este pequeño libro, no sólo abunda en informaciones personales, frecuentemente de un carácter muy picante e ingenuas confesiones, sino que presenta en sentido muy real un cuadro de la acción intelectual española en estos días.

La clave a la cualidad peculiar de estas confesiones es dada por la primera del libro, pues en ella el señor Carretero está en conversación muy íntima con un escritor que está en primera fila entre los grandes trababajadores del mundo: Pérez Galdós. Don Benito tiene la fama en España, no de ser inaccesible para los entrevistadores, sino de desafiarles en el encuentro, y eso de la manera más sutil, pues con una habilidad ingeniosa y perfecta cortesía, él consigue entre-

vistar a los que vienen a él y dejar sin relatar sus propias confesiones. Al principio del capítulo el señor Carretero describe este rasgo del interviuvado; pero por fin consigue del maestro una verdadera confesión, y llegamos a conocer algo más del escritor de más de cien novelas y otras obras, libros que perdurarán y no meras cosas efímeras, novelas que nos cuentan del resurgir y de la gloria y tristes agitaciones de España, volúmenes que se han vendido por centenares de millares y que han sido traducidos a muchos idiomas.

Don Benito, nos dice, llegó a Madrid cuando tenía diez y nueve años de edad, y escribió su primera novela, *La fontana de oro*, que fué inspirada por la revolución en 1868. En 1873 empezó la famosa serie de novelas que lleva el título general de *Episodios nacionales*, por *Trafalgar*, y esta serie ha de ser calificada como la más notable colección de romances históricos escritos por cualquier autor en cualquier idioma desde hace lo menos un siglo. Pintan a maravilla la vida de España.

La serie de novelas contemporáneas de Galdós, empezada en 1876 con *Doña Perfecta*, fué seguida un año más tarde por *Maria-*

nela, siendo ésta la más popular que ha escrito. Del magnífico valor de Galdós al afrontar graves dificultades y de su incesante necesidad de seguir trabajando escribe *El Caballero Audaz* con honda simpatía, diciendo que después de todo es solamente un hombre pobre, a pesar de sus triunfos. «Para mí—dice Galdós a su entrevistador con un dejo de amargura—, mis libros me han producido poco; pero a otros les han enriquecido.»

«¿No podemos hacer algo grande? — pregunta el señor Carretero — , algo digno de él para evitar este triste estado de cosas?» — Afortunadamente hay razones para creer que España da una respuesta adecuada a esta pregunta en estos momentos. Y para el porvenir, Galdós se propone darnos tres novelas más de los famosos *Episodios nacionales*, y éstos serán: *Sagasta*, *Cuba* y *Alfonso XIII*, y también se proyecta una expedición a Buenos Aires.

En otro capítulo, don Armando Palacio Valdés tiene algunas cosas extraordinarias que contarnos y puntos de mira que ofrecer. En muchas esferas se le considera como el más popular novelista hoy día en España; no es de ningún modo seguro que no sea el más

grande artista literario. Hay en su obra el cálido rayo de la imaginación, que no está siempre presente en los escritos de Galdós, quien, según creemos algunos, ha sido demasiado laborioso. Palacio Valdés es de un carácter más independiente. Es un maestro, nos dice, que no sintiendo la necesidad perentoria de escribir en cualquier momento, ni todo el oro del mundo le persuadiría hacer la tentativa; pero, no obstante, tiene una fe enorme en el porvenir de la literatura española; según cree es la culpa del público español, y algunas otras razones con las cuales no tienen nada que ver, que el lugar del libro español no esté ahora más alto internacionalmente de lo que está. Se ha tenido que educar al público de nuevo después de un largo abandono, mientras leían sólo lo que venía de Francia, y apenas entendían a Galdós cuando empezaba a escribir. Él confiesa que encuentra atractivo en los mercados extranjeros y que España no remunera a sus artistas. Sus libros se han vendido por centenares de millares de ejemplares en América; un periódico de Nueva York le pagó uno de sus más elevados honorarios por los derechos de publicación en serie, y uno de sus libros, *Maximina*, fué impreso en una

edición de doscientos mil ejemplares, que fué pronto agotada. Pero hacia el final de su declaración, Palacio Valdés hace una observación que nos llama la atención. Dice que tiene una casita en Cap Bretón, adonde va a pasar el verano, y en estas ocasiones se rodea de escritores franceses. Una tarde les dijo a sus amigos—y esto era antes de la guerra—: «¿Están ustedes seguros que si España poseyera tantos barcos y cañones como Inglaterra, Francia o Alemania, su literatura no se consideraría como la primera del mundo?

La condesa de Pardo Bazán es otra escritora española con gran reputación internacional, y hay críticos de otras tierras que solemne y autorizadamente la han clasificado como la primera novelista femenina. Pero la Condesa es mucho más que una delicada narradora de cuentos. Cultiva la poesía, el romance, la conferencia, la crítica y la política. Sobre todo, es «una radical feminista». Para ella el feminismo es la cosa suprema y representa la obra más grande que tiene que cumplir. Y no puede uno por menos de admirar e impresionarse entre la clarividencia, el profundo razonar y las agudas percepciones de esta dama española. Con

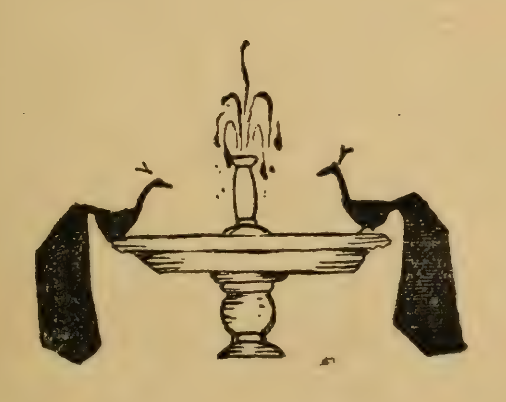
maravilloso criterio ha estudiado los tiempos y las circunstancias, y abriga esperanzas para el resurgimiento de la mujer en España. Ella afirma que si la mujer desea dar un avance, es necesario, en primer lugar, que demuestre una inclinación en ese sentido, y en segundo lugar, que encuentre algún terreno abonado y hallar algún apoyo en el hombre. La Condesa nos recuerda que el Gobierno ha hecho lo que ha podido, y que las mujeres que desean entrar en las Universidades pueden prepararse allí para toda clase de carreras; pero ella cree que el avance del feminismo en España no depende del Gobierno. Depende del abandono de costumbres e ideas egoístas y necias. «Mi obra—agrega la Condesa—, al abrir las puertas al feminismo en España, ha sido puramente personal; dando el ejemplo en hacer todo lo que puedo en lo que es prohibido a las mujeres, he tenido el placer de ser el primer miembro femenino del Ateneo, y la primera presidenta de la Sección de Literatura, y la primera y única mujer que ha sido profesora de la Escuela de Estudios Superiores en el Ateneo, el primer miembro femenino de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País y de muchos otros cargos. No dudo de

que, si las mujeres siguen mi ejemplo, el feminismo en España llegará a ser un hecho.»

En este artículo sólo se ha hecho alusión a las observaciones e ideas de escritores; pero en este interesante tomo, músicos como Pepito Arriola, hombres de Estado como Maura, actores y actrices como Enrique Borrás y María Guerrero, editores como Cávia y otros muchos, vierten secretos en nuestros oídos, y nuestro *Audaz Caballero* no para mientes en abordar a la misma infanta Isabel en aquellos gloriosos terrenos de la Granja, que no temen ser comparados con Versalles. «Gran cosa es la audacia en este mundo» —declara uno de los interviuvados del autor—, y eso es bueno en este caso para el lector extranjero con un poco de simpatía para España, o siquiera sólo un sentimiento de curiosidad con respecto a ella, pues da, sin pensarlo, suponemos, una clara visión de la fuerza latente de España.

HENRY LEACH

SARA BERNHARDT



SARA BERNHARDT

En un pequeño sillón de brazos, semejante a unas andas, traían lentamente, suspendida del suelo, a Sara Bernhardt. Los portadores caminaban con cierto paso rítmico de procesión, que daba mayor solemnidad a la aparición de la gloriosa anciana entre el público frívolo y mundano que llenaba el *hall* del Palace.

Yo aguardaba curioso y admirado, viéndola acercarse como un antiguo ídolo recubierto de encajes y sedas.

En la galería circular del *hall*, los conductores se detuvieron y depositaron suavemente en el suelo el sillón donde se sentaba la actriz insigne.

Yo entonces acerqué una silla ante ella, y después de besar su mano—una mano larga, apergaminada y transparente—, me senté a su lado.

La actriz gloriosa fijó en mí sus ojos como dos brasas luminosas, brillantes, llenos de una rara vitalidad.

Iniciamos el diálogo.

—Señora: quisiera que habláramos un poco de los recuerdos de su vida, si no le es ingrato...

—¡Oh! ¡Ingrato, no! Solamente un poco triste. Cuando se tienen ochenta años, todo a nuestro alrededor nos habla ya de muerte. El recordar es como mirar a un inmenso cementerio, en el que casi todo lo que nos acompañó en las horas felices está muerto ya...

—Sin embargo—insinué—, aún vive lo más importante: usted y su gloria.

Sonríe melancólicamente la anciana.

—¿Yo? Diga usted una sombra de mí misma. ¿Usted me ha conocido antes?

—Es la primera vez que la oigo hablar...

—¡Oh! ¡Entonces!... No puede comprender lo que queda de mí...

La contemplo con veneración, como a un glorioso símbolo. Sara Bernhardt semeja una maravillosa momia egipcia, conservada impoluta por un milagro maravilloso. Como esos cuerpos de reinas fabulosas encontrados intactos después de siglos, Sara da la sensación de haber estado enterrada: su piel,

terrosa, curtida por los años, flácida y cuarteada por las profundas arrugas; sus manos, descarnadas. Sólo los ojos, como dos magníficos abalorios verdosos, parecen retener el soplo divino de la vida. Se viste también, para atenuar su inverosímil irrealidad, una holgada túnica de seda, con chorreras de encajes. Unas trenzas de niña rubia asoman sus lingotes áureos bajo el ala del sombrero. Es tan violento el contraste del cabello joven con el rostro marchito, que no cabe pensar en un pretexto de equivocación, sino más bien en una piadosa mentira.

¡Pobre Sara Bernhardt!

Le pregunto, procurando velar la ineludible crueldad de la frase:

—Y de todo lo que fué, de todos sus encantos, ¿cuál cree conservar?

—Quizá el que yo más amaba: la voz. Pero he perdido mi boca, que fué mi gran coquetería...—lamentó, transida de amargura—. Ya ve cómo los dientes se fueron marchando y hubo que sustituirlos por otros grandes y fríos. ¡Qué pena me causaba esto!... No creo que fuí nunca una belleza. Pero era inquietante; rara, por mi esbeltez extremada... Hubo época en que mi delgadez llegó a ser tanta, que para representar *Fedora* e *Ifigenia*

tenía que rellenarme para evitar que la túnica griega, por falta de salientes en mi cuerpo, resbalase dejándome desnuda... Pero esto me permitía hacer una vida agitada: cultivaba la esgrima, la gimnasia, y era una de las más audaces amazonas de París... Ya todo eso se desvaneció como un bonito sueño. Sólo me queda la voz y mis senos, que, a pesar de los años, todavía los conservo como los de una muchacha que no fuese aún mujer...

—¿Sigue usted arreglándose para gustar aún?...

—¡Oh! ¡A los ochenta años no es posible, amigo mío! Me arreglan, me maquillan, cuidan de mí. Desde que perdí mi pierna no he vuelto a mirarme al espejo...

—¿Es esa la emoción más dolorosa de su vida?

—Espiritualmente, sin duda que sí. Fué como si me quitaran la mitad de mi vivir, que es el movimiento. Era algo muy de mi cuerpo, y también de mi arte, lo que se iba... Hasta entonces no comprendí toda la tristeza de mi ocaso... Se dice con facilidad: «¡Bah, una pierna! Hay millones de cojos en el mundo...» Pero no es eso: es toda la actividad, la alegría de moverse, y para el artista es algo más: una parte del gesto, de la expresión.

En el artista todo trabaja, y una pierna es la que nos hace dar el salto del espanto, la que se dobla humilde en señal de acatamiento, la que nos hace avanzar en la expresión enérgica y apasionada...

—¿Qué sintió usted cuando fué operada?

—No sé; el día antes una sed, una ansia infinita de andar, de correr como en una desesperada despedida de lo que iba a perder para siempre... Luego, un gran dolor de vacío irremediable...

Evoco un momento a Sara Bernhardt intacta, ágil y joven. ¡Pobre pierna la suya, que fué en su cuerpo como un resorte insustituíble, como una palanca en la magnífica máquina de su arte! ¡Pierna acariciada por los pliegues suaves de las túnicas de las tragedias clásicas; pierna que ciñó la calza de seda del príncipe torturador *Hamlet,* y la transparente media de la pecadora Margarita Gautier, y el calzón de punto del uniforme imperial del *Aguilucho!* ¡Quién iba a pensar que había de perderse cortada y enferma en el trágico silencio de un Sanatorio, como una piltrafa sin vida!

Para variar el doloroso tema que impresiona a la gran actriz, la interrogo:

—¿Cuándo empezó a trabajar?

—A los catorce años ingresé en el Conservatorio de París. Entonces sufrí una de las más amargas desilusiones de mi vida. En los exámenes yo aspiraba al premio de comedia, y me lo arrebató una condiscípula, María Lloyd... Tres años después ingresé en la Comedia francesa, y desde entonces... he sentido por el arte un amor intenso, invariable, místico. Este sentimiento lo he tenido desde niña; en mí toda la vocación tiene un fondo de misticismo. Si no hubiera sido actriz, sería religiosa... Cuando mis rivalidades con Sofía Croizete, cuando París estaba dividido en «croizettistas» y «bernhardistas», pensé, en algunas noches de injusticia, hacerme monja. Yo creo que este misticismo es una influencia de la nodriza bretona que tuve en la infancia...

—¿Y en sus rivalidades con la Duse?

—¡Oh! ¡Quién piensa ya en eso! Cuando evoco aquellos tiempos, ¡quién había de decirnos a las dos, las mujeres dueñas de París y casi del mundo, que habíamos de llegar a ser a la par dos pobres viejas errantes por la tierra!... ¡Ya ve lo que resta de aquello!

—¿Pensó usted que estaría trabajando hasta la edad que hoy tiene?

—¡Ya lo creo! Quizá no imaginé vivir tan-

to. Pero siempre fué mi ilusión ser artista hasta el último momento... La suerte, además, se obstina en que lo siga siendo...

—¿Trabaja, pues, por necesidad?

—En verdad, no. El Gobierno francés me tiene ofrecida una pensión si me retiro de la escena. Podría con ella vivir modestamente; pero para una mujer como yo, vivir sin lujos... ¡no es vivir! Por eso y por amor a mi arte, sigo trabajando.

—Entonces, ¿no tiene nada ahorrado?

—Ni un franco. ¿Para qué? Y, sin embargo, he ganado más de cuarenta millones...

—¿Y no se arrepiente de haber vivido así?

—Nunca. Si volviera a nacer, volvería a ser lo que he sido... En el libro de mi vida, a pesar de ser tan largo, no quiero que haya fe de erratas...

—¿Qué es lo que más feliz la ha hecho?

—Mi arte. No hay nada como eso...

—¿Y el amor?

La gloriosa viejecita sonríe serenamente. En sus ojos magníficos hay una luz de melancolía...

—¡El amor!—exclama—. Es como el dinero para un espíritu generoso. Mientras más se tiene, más de prisa se derrocha...

—Así, pues, ¿ha amado usted mucho?

—Hasta el cansancio. He llegado hasta los mayores sacrificios.

—¿Por una pasión? ¿Cuándo la sintió más intensamente?

—Una vez que vi batirse y ser herido al hombre que más amaba: uno de los escritores mejores de Francia... Dicen que yo he sabido expresar la desesperación y el amor con gran arte... Es posible. Pero, ¿qué vale eso ante la realidad? En toda mi vida de actriz no he podido jamás vibrar y gritar, reconstituir el gesto y la voz de aquel día trágico...

Para desvanecer el fantasma triste, pregunto a Sara:

—¿Qué vida hace usted ahora?

—Como siempre, cuando regreso de trabajar estoy de tertulia con los míos hasta las cuatro de la madrugada. A las ocho ya estoy despierta y ordeno todo lo que se ha de hacer en mi casa. Es una vieja costumbre de dueña y que este nieto mío, que me quiere mucho, respeta...

Luis Verneuil, el nieto de Sara, que asiste a la entrevista, sonríe asintiendo.

Es un hombre joven, pálido y rubio, de ademanes correctos y miradas audaces. Con él va la pobre Sara, corriendo el mundo como

una reliquia del pasado. Pienso que es un poco cruel. Y...

—Dígame, Sara—le pregunto—, ¿dónde le agrada más trabajar?

—En París y en Londres. Son los públicos que me hicieron artista. París, sobre todo...

—Allí ha sido usted una reina, la emperatriz del arte.

—Sí. París y yo somos como dos símbolos que nos compenetramos. Quisiera vivir cien años para no dejar uno solo de actuar en mi ciudad amada...

—Sin embargo, algunas veces le ha sido usted infiel, ha huído de él.

—Sí. Es que París tiene corazón de enamorado. A veces, aun amado, es cruel y desdeñoso y vengativo. En alguna ocasión huí de él. Pero fueron desdenes rápidos, caprichos de mujer mimada. Y, sin embargo, le quiero tanto, que por vivir en todo él, por no preferir parte a otra de la ciudad, he llegado a tener cinco casas en otros tantos barrios.

—¿Es, entonces, que sentía usted la inquietud de estar siempre en el mismo sitio?

—Sí; era una satisfacción para calmar mi constante avidez de cambio. Cada vez que me trasladaba de un sitio a otro era como un viaje. Además, quise que cada casa mía fue-

se como un museo de mi vida para París. Los regalos magníficos, recuerdos de reyes, de millonarios, de artistas célebres, los iba distribuyendo en las distintas casas... Ya—añade con tristeza—todo eso no es más que un sueño lejano...

¡Desventurada Sara Bernhardt, relicario glorioso de lo que fué, hoy convertida en una anciana mutilada y pobre! ¿Cuántas emociones no habrán conturbado su corazón? Pensando en ello, la pregunto:

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de su vida?

—No sé, amigo mío. Pasa tan de prisa la felicidad, que no deja huella, como «la sombra de una sombra» de que habla el divino Shakespeare...

—¿Y el momento de mayor dolor?

—El más intenso, no me atrevo a decir; pero de una tristeza más íntima, que era al mismo tiempo dulce y amarga, lo tuve hace tres años, cuando fuí a operarme a Nueva York, y al despedirme de mis bisnietos. El momento de besarlos fué muy cruel. Yo tenía presentimiento de que el cortarme la pierna había de serme fatal. Y entonces comprendí qué amargo es despedirse de esta mala vida, que, aunque se tengan muchos

años, es siempre buena cuando se tienen amores...

Tiembla, emocionada, la voz de la excelsa trágica, hoy inválida y necesitada. La famosa «voz de oro» con el que acuñaron el de sus gavetas los empresarios que ella—cigarra imprevisora—supo enriquecer a lo largo de su vida gloriosa.

ANTONIO FERNÁNDEZ BORDAS



ANTONIO FERNÁNDEZ BORDAS

La claridad perlina del atardecer turbio y opaco, que penetra por el gran balcón del despacho, entona muy bien con la elegante bata que luce la bella dama de cabellos áureos y distinciones supremas, esposa del gran artista.

Está sentada en una enorme butaca; entre sus manos largas, de dedos agudos y uñas brillantes, sostiene un libro de «Clarín»—*Su único hijo*—. Algunas veces se detiene en la lectura, alza la vista del libro, y con sus grandes ojos negros acaricia inmensamente al marido. Otras interviene en nuestro diálogo para aromarlo con un recuerdo sentimental.

He destacado la figura gentil, quebradiza e interesantísima de esta dama, porque, indudablemente, ella ha sido la musa del artista,

el estímulo de su vida, la suprema razón de sus ambiciones de gloria. Sin ella, Fernández Bordas sería a estas horas un abogadillo; lo más, un diputadete a Cortes. El me lo decía con naturalidad.

—Yo le debo todo lo que soy a mi mujer... Ella, insensiblemente, espoleó mi amor propio.

—¿Y eso?—inquirí yo.

—Mire usted: a mí no me gustaba el violín...; me entristecía demasiado. Mis nervios no aveníanse al lento resbalar del arco... ni al gemir de sus notas. Entonces lo abandoné y me hice bachiller y abogado. Entré de pasante en el bufete de Silvela. Aquella tarea de estudiar pleitos, me encantaba... y, ya dentro del bufete, comencé a destacarme. Don Francisco quería hacerme diputado. Pero en esto, entré en relaciones con mi mujer, que tiene una cabecita un poco soñadora. Mi emplazamiento social no acababa de satisfacerla...

María, la esposa, intervino dulcemente, hablando con una pereza de chicuela mimada:

—No, Antonio, recuerda; yo estaba enamorada de ti; pero al mismo tiempo no quería que continuases en el montón de los hom-

bres anónimos que pasan por la vida sin dejar rastro.

El artista volvió a coger la palabra.

—Sí, eso en resumen: que ella soñaba casarse con un hombre que descollara, y como el hombre propone y la mujer dispone... yo, por obra y gracia de María, me hice artista...

—¿Y lo sientes?—le preguntó ella con mimo.

—¡Qué he de sentirlo, mujer! Al contrario; lo que deploro es no haberme dedicado desde pequeño al violín...

Estábamos en el despacho severo y elegante. En el fondo se veía el gabinete, el salón de muebles dorados, y a nuestra espalda, el comedor... Todo suntuoso y que denotaba el gusto extraordinario de los dueños.

El célebre violinista es un hombre joven, más bien bajo, de tez morena, ojos negros y abundante barba gris. Su cabeza, más que de artista, parece de político. Lo más interesante de su rostro es la expresión serena y afable que transparenta su espíritu nobilísimo y bondadoso. Habla con una distinguida timidez de hombre modesto que hace muy simpática su charla.

—Créame usted—me decía sinceramente—. Al público no le interesa mi vida, ni mis emociones, ni lo que yo pueda decir ni pensar.

—Eso no—protesté yo—. Hoy día su figura en el arte es interesantísima. Además, sus opiniones sobre música tienen un valor innegable.

—No lo crea usted—insistió él con marcado desaliento—. Yo me pongo a su disposición, porque para mí es un honor que se ocupe usted de mí; pero aquí la música está relegada a un lugar secundario, principalmente por el Estado. Al Estado no le preocupa la música ni un pitoche.

—No obstante—interrumpí yo—, el público español ama a la música.

—Sí, señor; a eso voy. De poco tiempo a esta parte, las Sociedades filarmónicas han hecho una labor cultural enorme, han difundido la afición a la buena música, y gracias a este gran esfuerzo hemos podido admirar una porción de artistas. Pero contrastando con este esfuerzo está la mortal indiferencia oficial. Me dirá usted que el Estado paga el Conservatorio. Así es; pero, desgraciadamente, a esto se concreta su tutela. Un músico cursa sus estudios en el Conservatorio, y después, ¿qué?... Si no tiene suerte ante la realidad de la vida para ganar unas pesetas que resuelvan su situación, tiene que incorporarse a un café o a la primer orquesta de

mala muerte que lo acoge. Ya ese artista difícilmente conseguirá descollar.

—¿Y qué ha de hacer el Estado?...

—Reglamentar sus estudios y que se conviertan, de una cosa honorífica, en una carrera... Al ingeniero, al militar y hasta al abogado, los coloca el Estado.

—¿Cómo que los coloca?...

—Tiene miles de plazas para los que estudian estas carreras; en cambio, al músico lo deja volar solo como a un pajarillo..., y muchos consiguen remontarse, pero la generalidad caen y son devorados por la vida...

Calló un momento; le ofrecí un cigarro. Se excusó:

—Perdone; no fumo. Mi único vicio es mi hogar.

—¿Por qué y cómo se hizo usted músico?

—Mi abuelo paterno fué el que inclinó a mi madre a que yo estudiara el violín. Yo me resistía; no tenía afición; ya le he dicho a usted antes que mis nervios no rimaban bien con el arco. Esto era en Pontevedra.

—¿De donde usted es?

—No. Yo nací en Orense, pero por casualidad. Pues bien: por no contrariar a mi madre, estudiaba violín.

—¿Con provecho?

—Sí, con mucho provecho; era tal la disposición que tenía, que, sin preocuparme gran cosa de los estudios, en fuerza de facilidad, resultaba un caso extraordinario que a mí mismo me sorprendía. A los nueve años vine a Madrid a estudiar con Monasterio, y a los doce, en unos exámenes, a los cuales asistió el gran Sarasate como jurado, obtuve el primer premio. Al llegar a este punto abandoné por completo la música y me dediqué a los estudios universitarios. Pero en esto, ya con mi bufete y casi mi clientela, se muere Monasterio, y estimulado por María, concurro a solicitar su cátedra del Conservatorio, y me la dieron. Entonces dejé todo y me consagré a dar conciertos, y ya llevo ganándome la vida con el violín diez y seis años.

—¿Y cuánto habrá usted ganado en todo ese tiempo?

—Alrededor de un millón de pesetas... El mismo que me he gastado...

—Pues usted tiene fortuna.

—Yo heredé capital de mis padres, y ese es el que prevalece; lo que gano lo gasto; no quiero privar a mi familia de ningún capricho...

María intervino, risueña:

—Y los míos son muy caros... ¿verdad, Antonio?

El esposo sonrió afablemente.

—¿Le gusta a usted enseñar, maestro?

—Sí, señor, mucho; enseñar es crear. Desde que se fundaron, todos los premios Sarasate se los llevan alumnos míos.

—¿Toca usted otro instrumento?

—El piano un poquito.

—¿Cuál es el día más feliz que tuvo usted en su vida?...

—Cuando en el Príncipe Alfonso, ya derruído, salí por primera vez al público y obtuve un éxito tremendo. Dura aquello un momento más y pierdo la razón de alegría.

—¿Es usted muy nervioso?

—Unos nervios especiales. Se me sueltan dos días antes de tocar en público y me martirizan tremendamente. Y si no toco más es porque paso demasiado mal rato, un miedo espantoso.

—Pues el espectador no se lo nota a usted. Tiene usted la fama de tranquilo y dueño de sí.

—Por eso le decía a usted que mis nervios son especiales... No salen a flor de piel, pero dentro están haciendo el destrozo.

—Cuando está usted tocando, ¿se da usted cuenta de lo que le rodea?

—Me doy cuenta de todo; percibo el menor

ruido, pero estoy poseído de un miedo terrible... ¡terrible!...

—¿Ante qué público obtuvo usted su mayor éxito?

Meditó un momento... Y...

—No sé... Tal vez una tarde en Oviedo, que me sacaron en hombros.

Me dirigí a su esposa:

—Usted, María, ¿asiste a los conciertos de su marido?

—¿En público?

—Sí...

—¡Oh, no!—rechazó con horror—. Jamás... No podría resistirlo... La inquietud me haría añicos el corazón.

—Y dígame usted, gran artista, ¿recuerda usted el instante más angustioso de su vida?

—¡Ya lo creo! Un rato espantoso... Fué en no sé qué concierto; de pronto, me abandonó la memoria y no sabía salirme de un compás quejumbroso, que repetía y repetía sin cesar, cada vez más doloridamente... Era como una pesadilla. Ya la frente se me perlaba de sudor frío y las piernas me flaqueaban. Ya no era yo el que llevaba el violín, sino el violín el que dominaba mis manos y se aferraba en aquel compás angustioso. Por fin, no sé cómo, salí de él... ¡No quiero acordarme de aquello!

—¿Y el público lo notó?

—No, al contrario; como yo transmitía mi aflicción en la queja del violín, emocioné más al público y tuve un gran éxito.

—De su familia, ¿a quién quiere usted más?

Terció, rápida, la voz dulce de la rubia y angelical compañera:

—No vayas a decir que los chicos, Antonio.

El rió satisfecho, y con indecisión, murmuró:

—Pero... mujer... Esto es un compromiso. Porque yo te adoro a ti y a los chicos.

—Pero primero a mí. ¡Que conste!

—¿Usted—pregunté yo—quiere más a su esposo que a sus hijos?

—¡Ya lo creo!—afirmó rotundamente.

—Ponga usted que los quiero igual.

—¡No! ¡No!

—Lo que ustedes quieran. Yo procuraré satisfacer a los dos. Y la composición, ¿no le gusta a usted? ¿No ha escrito usted nada?

—He hecho tres o cuatro cosas que me resultaron muy mal, las rompí y no he vuelto a escribir. No poseo el don de la originalidad.

—¿Cuál es su músico compositor preferido?

—Los grandes clásicos.

—¿Y de los españoles contemporáneos?

—¡Ah! Eso no lo puedo decir. Si diera un nombre, tendría muchos disgustos.

Hizo un silencio, y, llevado por el curso de sus ideas, como si pensase en voz alta, continuó:

—En España estamos ahora en un momento de arte musical muy interesante. La escuela nacionalista va abriéndose paso y triunfando. Hay músicos, Falla, Vives, Conrado del Campo, Gurina y otros, que son realidades...

—¿Cuál es su obra preferida para interpretarla con el violín?

—El *Concierto*, de Beethoven.

—¿Recuerda usted alguna anécdota interesante?

—Muchas... Hace tres años estábamos nosotros en un balneario... Todas las tardes, a la hora del té, se situaba en la puerta del jardín un infeliz ciego que con un violín cascado nos daba unas murgas tremendas. Apenas sacaba unos céntimos. Tal lástima me dió un día, que, en vez de tomar té, me decidí a reemplazarle. Cogí su violín y su platillo, me dejé caer sobre el muro y di un concierto. Al cuarto de hora le habíamos recaudado al ciego cerca de mil pesetas. El infeliz se hacía cru-

ces; creía que yo había sido un enviado de Dios...

—¿Usted toca siempre con el mismo violín?

—Sí, siempre; se le llega a querer extraordinariamente. Es tan de uno, lo ha tenido uno tantas veces en instantes de emoción junto al corazón, que se nos figura algo material de nuestro cuerpo. Este lo tengo hace veinte años y no lo cambiaría por nada del mundo.

—Le parecerá a usted que suena mejor que ninguno.

—No. El sonido del violín es una cosa personal. Creo que la distinción mía es la calidad de su sonido. Eso dicen, por lo menos. Yo a cualquier violín, por muy malo que sea, le hago sonar de una forma pastosa, dulce y expresiva.

—Me han dicho que este año va usted a las fiestas de San Fermín, en sustitución de Sarasate.

—En efecto; extraoficialmente, esas son las noticias que tengo.

—¿Cuál es el rasgo más acentuado de su carácter?

—La voluntad.

ESPERANZA
IRIS



ESPERANZA IRIS

El magnífico y flamante automóvil de Manolo Merino nos llevaba raudo por los bellos alrededores de Madrid: la Moncloa, la carretera del Pardo, la dehesa de la Villa, los Cuatro Caminos, la Castellana y el barrio de Salamanca. Merino, de instante en instante, explicaba a Esperanza el lugar por donde pasábamos, el edificio que dejábamos atrás o alguna característica del barrio. Sus informes los amenizaba con alguna ocurrencia o chiste saladísimo.

—¡Cómo me gusta Madrid!...—suspiró ella satisfechísima, respirando a pleno pulmón el aire purísimo de los pinares de la Moncloa—. Su campo es muy parecido al de Méjico, ¿no?

Asintió Palmer, el simpático barítono, y

en la actualidad representante de ella, afirmando:

—Y el clima es idéntico.

—¿Usted es de Méjico, Esperanza?—pregunté yo.

—No, señor; yo soy nacida en Tabasco, ¿sabe? Tabasco es una gran ciudad cercana a Méjico... Allí me crié con siete hermanos... Pero mire, señor, mi infancia fué interrumpida a los nueve años por las hondas preocupaciones que la vida impone a las personas necesitadas...

Estaba muy interesante y bella. Con el busto gentilísimo envuelto en una magnífica estola de armiño, cuyo blanco hueso contrastaba bellamente con el blanco azulado de la piel de su cuello ebúrneo, adornado con dos hilos de perlas. En el fondo terroso de sus ojeras de morena brillaban intensamente sus pupilas negrísimas. Por entre la gorrita negra, bordada con tisú de oro, y el espeso velillo se escapaban negros rizos de zíngara... Una gruesa serpiente de oro, con dos enormes brillantes por ojos, enroscábase a su brazo derecho, que, tan torneado y blanco, semejaba otra gran serpiente de alabastro...

El encanto principal de Esperanza es su

voz: una voz dócil y acariciadora, voz de amante o de hermana de la Caridad. Avalorada con el fino acento mejicano, subyuga en cuanto abre sus labios finos, largos y sangrientos.

La observaba de hito en hito; tiene mirada de romántica, de mujer sentimental y soñadora... La belleza artística del paisaje la emocionaba y conmovía hasta tal punto, que no hablaba para no romper a llorar...

—¿Y cómo se deslizaba su niñez en Tabasco?...—inquirí.

—Bien... Yo pertenecía a una familia muy humilde. Mi madre era maestra, y para aliviarle la carga de tanto hijo, a mí me tenía recogida la madrina de una hermana mía, que tenía casa de huéspedes, y en la cual se alojaban los artistas de una compañía de teatro que andaba por allí. Yo tenía diez años; no pensaba más que en saltar, correr y reír, y, claro, les hice gracia a los cómicos. Ellos a mí también me atraían, no sé por qué. Veía yo algo misterioso y extraño en aquellas gentes, que la mitad de la vida se la pasaban representando los más diversos tipos... Me parecía mentira que aquellos fueran los mismos que yo veía en el escenario vestidos de reyes, políticos o ladrones.

—¿Luego entonces—la interrumpí—usted, a los diez años, ya iba al teatro?...

—¡Qué remedio, si me empujaba el diablo!... Me acostaban a las ocho de la noche; yo me hacía la dormida, y a las diez me vestía silenciosamente y me escapaba al teatro. Al día siguiente yo hacía todo lo que había visto... La vida en Tabasco se nos hacía imposible... Mi padrastro no tenía colocación, y entonces nos trasladamos a Méjico...

—¿Y allí continuaron las vicisitudes?

—Enormes. No teníamos un céntimo. Con un peso que ganaba mi padrastro, teníamos que comer todos... ¡Horrible!...

Los ojos de Esperanza Iris, al recordar este momento de su vida, se enguirnaldaron de lágrimas... Tras de respetar un instante su silencio, la invité:

—Continúe, Esperanza. ¿Qué edad tenía usted entonces?...

—Cerca de once años; a mi hermana y a mí nos metieron en un colegio de caridad.

—¿Mucho tiempo estuvo usted en el colegio?...

—No; verá usted por qué: Una tarde, cuando yo me dirigía al colegio, me encontré con el señor Bofil; el señor Bofil era un artista de

los que trabajaban en Tabasco y hospedábase en nuestra casa de huéspedes. Él conocía mis gracias y mis aptitudes. «Esperancita —me dijo—, estoy preparando una compañía infantil; ¿quieres tú formar parte de ella?...» Salté de alegría; pero, ¿querría mi madre?... Fuimos a casa, y por fin accedieron; pero con la condición de que me cambiaría el nombre... Mi apellido no es Iris.

—¿En qué teatro de Méjico debutó usted?

—En el Arbéu.

—¿Con qué sueldo?

—Con sesenta pesos al mes, y con treinta que ganaba mi padrastro, ya casi reuníamos para ir viviendo... El teatro Arbéu me cogía muy distante de casa, y para no gastar dinero en tranvía, cuando iba por la mañana, en un pedazo de pan me llevaba la comida; y allí, en el teatro, me pasaba todo el día. A las horas de comer me dejaban solita en el escenario, y yo recuerdo que aquella soledad en aquel teatro tenebroso e inmenso me angustiaba mucho, y terminaba por llorar silenciosamente... ¡Cuánto tengo yo llorado en aquel teatro, que después fué mío! ¿Quién me lo iba a decir entonces?...

Esperanza respiró.

—Luego el teatro Arbéu, ¿fué suyo?...

—Fué de mi marido, y allí trabajé yo como propietaria mucho tiempo...

—Entonces, ¿usted es casada?...

—Sí, señor; casada y divorciada.

—¿Totalmente divorciada?

—Hasta el punto de poder contraer matrimonio nuevamente...

—¿Y volverá usted a casarse?...

—¡Oh, no!—rechazó, horrorizada—. Para equivocación, ya es suficiente. Para el artista, la vida resulta mucho más amena no estando casado.

—¿Tiene usted hijos?...

—Sí; dos mayorcitos, que jamás se separan de mí. Siempre viajamos con su institutriz y sus profesores... Los adoro con toda mi alma... En ellos únicamente veo justificada la razón, el por qué de mi vida...

Y los negros ojos de la sensitiva volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿No conocía usted España?...

—Sí, señor. A los cinco años de ser artista —tendría yo diez y siete—vine aquí con el propósito de trabajar... Me ofrecieron contratos demasiado modestos, y no los acepté; tuve que volverme a Méjico. Entonces en aquella temporada, fuí a Cuba contratada, y Cuba me hizo lo que soy. Obtuve un éxito clamo-

roso, tremendo, y pasé a ser la artista mimada de la Habana... Pero una cosa atroz... Aquel público y yo nos queremos con frenesí, como dos amantes... Voy por la calle, y todo el mundo me celebra y me habla...

—Pero, ¿volvió por Méjico?...

—¡Oh, ya lo creo!... Continuamente... Me he pasado la vida entre Habana y Méjico.

—¿Ya estaba usted casada?...

—Sí; y a poco de casarme me dediqué a la opereta...

—Pues ¿y antes, qué género cultivaba usted?

—La zarzuela grande.

—¿Era usted tiple?...

—Sí; pero... ¡vaya!... Lo que se llama una tiple sin responsabilidad, porque entonces iban a Méjico muy buenas artistas españolas.

—Dígame usted algo de su divorcio. ¿Por qué fué?...

Ante mi pregunta indiscreta, Esperanza hizo un gesto de amable contrariedad, y...

—Por lo que son todos los divorcios... Dos almas que dejan de comprenderse, que dejan de ser compatibles y van separándose fatalmente por un abismo de indiferencia, de desconsideraciones, y hasta traiciones... Sí, ésta es siempre la base; es el motivo permanen-

te... Lo demás, el detalle, si tuvo la culpa ELLA O ÉL, es un aspecto circunstancial del caso... La realidad es que dos corazones dejaron de mirarse, que hastiáronse de caminar juntos, y contra esto nada pueden las leyes, ni los hombres, ni la vida misma. El remedio para evitar mayor daño está en soltarlos legal y definitivamente, y que cada uno busque otro remedio. ¿No?...

Asentimos... Hablaba la artista con una naturalidad encantadora... Prosiguió:

—Una mujer moderna no puede incurrir en la vulgaridad de culpar a su marido de incompatibilidad que creó el Destino, y de la cual ninguno de los dos es responsable. Mi marido no es malo; está satisfecho de mí como madre, por la educación que doy a nuestros hijos, con los cuales se escribe continuamente...

—¿Y cuando están ustedes en Méjico?...

—Se ven todas las semanas, y yo los educo en el amor y el respeto a su padre.

—Creo que posee usted un gran capital, ¿no?

—Esos son romances. En mi vida artística he ganado un disparate; pero en la actualidad, mi capital es de dos millones y medio de dólares. Esto lo he reunido de siete años a esta parte, que es el tiempo que hace que me

divorcié... El día que me separé de mi marido me quedé sin nada: con el día y la noche... ¡Sin un céntimo!... Teatro, vestuario, bienes y hasta las alhajas fueron a poder de mi marido. Entonces yo experimenté un terror espantoso hacia la miseria que se avecinaba, y realicé un esfuerzo sobrehumano para reunir una fortunita... Sin un céntimo formé compañía; en los comercios me abrieron crédito para comprar telas y género, y yo, con algunas más de la compañía, me pasaba hasta las cuatro de la madrugada haciendo el vestuario...

—¿No trabajaría usted en el teatro entonces?...

—¿Cómo que no?... Más febrilmente que nunca... ¡Qué días tan angustiosos!... Pero, afortunadamente, la Providencia me ayudó y salimos adelante. Poco a poco, ahorrando hasta los cinco centavos, construí mi teatro, que era mi sueño dorado.

—El teatro «Esperanza Iris», ¿no?...

—Sí, señor... Es magnífico. El día que yo pude extender mi vista a lo largo de su fachada, completamente terminada, creí morirme de felicidad... Y allí, en medio de la calle, lloré como una boba... Me parecía mentira que yo, con mi sólo esfuerzo ar-

tístico, hubiese conseguido levantar aquel edificio.

—¿Ese fué el momento más feliz de su vida?

—En mi vida hubo dos instantes de dicha inefable: la noche que inauguré mi teatro y el día que debuté en Madrid... El aplauso del público madriñelo era mi suprema aspiración... Mi carrera artística terminó en Madrid; ya no ambiciono nada más... Créame usted. ¡Yo, la noche de mi *début* en el teatro de la Zarzuela, no hacía más que repetir entre lágrimas: ¡Bendito sea Dios, que me produce esta satisfacción tan soñada!

Y la voz cristalina y dulcísima de Esperanza Iris volvía a velarse por la emoción, y sus ojos brillaban intensamente...

—Y dígame usted, Esperanza: ¿cuál es la tristeza mayor de su vida?...

—Ver morir a una hijita de cuatro años. ¡Esto es terrible!...

Hizo un silencio de pesadumbre. Después agregó:

—Quiero también contarle a usted el momento de más angustia que he pasado. La cosa es cómica. Un día, allá en América, organizamos una jira campestre... Después de comer en el campo, nos lanzamos a jugar. En

esto, descubrí a lo lejos una gran mancha de florecitas blancas, y eché a correr para cogerlas. Al llegar a ellas, me quedé presa por las piernas: eran flores de cieno, y me embarré hasta la cintura... Entre todos me sacaron de allí; pero, ¡figúrese usted!, en un estado lamentable... Tenía que mudarme hasta las medias; entonces los amigos se alejaron, y las amigas me rodearon para que pudiera cambiarme la ropa... Cuando ya estaba completamente desnuda, apareció una vaca a veinte metros de distancia, y ocurrió la hecatombe. Todas las muchachas que me rodeaban echaron a correr, y yo me quedé en medio del campo con el traje de la auténtica Eva... Excuso decirle a usted.

—¿Y que hizo usted?...

—Pues subirme a un árbol hasta que la vaca desapareció...

—¿Es usted supersticiosa?...

—Mucho. Tengo una fe ciega en esta serpiente...

Me mostró la serpiente de oro que se enroscaba a su muñeca.

—Desde que la llevo comenzó mi celebridad... También de amuleto conservo la cabeza de un indio...

—¿Cómo la cabeza de un indio?...

—Sí, sí; la cabeza auténtica, humana, de un inca que debió vivir hace muchos siglos.

El automóvil llegaba al teatro de la Zarzuela.

LUIS DE TAPIA



LUIS DE TAPIA

Me quedé mirando fijamente a Luis de Tapia, el gran poeta que en nuestra época sostiene gallardemente la herencia de los dos grandes satíricos españoles: Marcial, el celtíbero, que fulminó sus indignaciones sobre la Roma decadente, y Quevedo, el fustigador de los favoritos soberbios y la corte corrompida del cuarto Felipe.

—¿Quieres estereotiparme la figura?—me preguntó Luis de Tapia.

Y seguidamente, con su simpática vivacidad característica, añadió:

—Te voy a ahorrar el trabajo de describirme. Verás...

De una cartera de piel negra que llevaba en la mano extrajo una cuartilla. Requirió un lápiz, y

—Dame tu estilográfica—me dijo—. A mi

lápiz se le ha roto la punta. ¿Te has fijado en el acierto que tienen los lápices para despuntarse cuando más necesarios son?

Le di mi pluma, y el poeta empezó a escribir sobre su cartera.

Estábamos en la rosaleda del Retiro, a las seis de una magnífica tarde vernal. El ambiente tenía cálidas fragancias de flor, y en los arriates triunfaba el prodigio de las rosas: unas, blancas, impolutas, como mejillas virginales; otras, rojas, encendidas, como la pulpa jugosa y sensual de unos labios femeninos.

Tapia escribía. Se llevaba la diestra mano al bigote, negro y fino; se acariciaba el ala de su negro sombrero flexible, y después la pluma se deslizaba nerviosa por las cuartillas.

A poco terminó, y alargándome el papel, dijo risueño:

—Aquí me tienes. Ya me he descrito yo mismo. Así te he evitado un trabajo y «me pinto yo solo». ¿Qué te parece?

Tomé la cuartilla, y leí en el escrito, con letra menuda y fina, este soneto:

EN CUERPO Y ALMA

AUTORRETRATO

Brilla en mi faz, trigueña cual las granzas,
bigote borgoñón de negra guía...
Con un fieltro de plumas, yo sería
un soldado del cuadro de *Las lanzas*...

Amigo soy de burlas y de chanzas,
que ¡bien tonto será quien no se ría
en esta desdichada patria mía,
donde falta un Quijote y sobran «Panzas»!...

¡Mi espíritu es burlón, pero inflexible!...
¡Odio al tirano que las leyes vicia!...
¡Por no llorar, me río lo indecible!...

¡Y a mi alma roban paz, calma y delicia,
un ansia de que triunfe lo Imposible,
y un anhelo incumplido de Justicia!...

—Muy bien. Admirable—le dije—. Este es tu retrato espiritual. Ahora vamos con el físico...

—Cuando tú quieras—repuso.

Ya el compañero Salazar tenía preparada su máquina y enfocaba la figura del poeta, sirviéndole de fondo los arcos floridos, los macizos fragantes de «la rosaleda».

Luis de Tapia «posaba» ante el objetivo

preparándose, cuidadoso de la línea, reparando en la disposición de figura, en los pliegues de su traje, en la cinta de los zapatos...

—Ya he encontrado—bromeé—el adjetivo que te define como hombre. No eres el «gentil poeta», ni el «gallardo», ni el «apuesto»... Eres un hombre «coqueto».

Rió él. Reímos... El fotógrafo terminó de «tirar» sus instantáneas, y el poeta y yo fuimos a sentarnos al «invernadero» en sendas sillas de hierro.

Yo, mirando a mi amigo, le dije sinceramente:

—Pareces un muchacho. Son injustos los que te tachan de viejo...

—Nací en octubre del 71—respondió él—. Así que llevan razón al decirme viejo, aunque yo, al confesar mi edad, les quito un motivo de murmuración. Por esto mismo, yo muchas veces me creo la perfección personificada, porque, al cabo de veinte años de escritor satírico, los enemigos sólo han podido decirme que soy viejo...

—Cuéntame algo de tu niñez—solicité.

—¡Bah! Fué muy vulgar. Puedo decirte que la pasé en las calles del Nuncio y del Almendro, jugando con todos los chicos de la vecindad. A pesar de que mi familia estaba

en regular posición, a mí me gustaba reunirme con todos los desharrapados de la calle, que eran más alegres y más inteligentes que los otros niños cursis de mi clase...

Pensamos que tal vez ese gran amor al pueblo, esa intensa fe democrática que informa la labor del gran satírico, tenga sus raíces en estos años de su infancia en que vivió en contacto con los chicos humildes, con esos niños del arroyo, hijos de obreros, que tienen una niñez tumultuosa, alegre y despreocupada, mucho más intensa que esa triste infancia de los niños burgueses, medrosa, cohibida y mojigata...

—¿Cómo se despertaron en ti las inclinaciones literarias?

—Mi padrastro era poeta. No digamos que fuese una lumbrera lírica; pero, en fin, gustaba de rimar sus ideas. Yo di en la afición de imitarle, y cátame aquí versificador.

—¿Dónde empezaste a publicar tus versos?

—En el *Evangelio*, donde publiqué unas composiciones tituladas *Salmos de David*, y luego en *El País*. Después trabajé en la revista que tu hermano Manolo y Gabriel España hicieron con el título de *Alma Española*. A poco, pasé a *España Nueva*. En este periódico viví mi época más agitada: procesos,

denuncias, desafíos... Pero en él fué donde consolidé mi firma.

Evocamos aquella *España Nueva*, tan popular y tan briosa, que fué uno de los éxitos más clamorosos y rápidos del periodismo español.

—¿Cuándo acostumbras a escribir tus versos?

—Generalmente, por la mañana.

—¿Estás entonces más inspirado?

—¡Ca! Eso de la inspiración es una tontería que han inventado los perezosos. El escribir con más o menos facilidad depende, casi siempre, de la mejor o peor disposición física... A veces, un dolor de estómago basta para espantar todas las ideas de la imaginación...

—¿Y escribes con gusto?

—Sí, con mucha afición... a pesar de todo...

—¿Por qué esa salvedad?—inquirí.

—Porque yo, durante mucho tiempo, al escribir, me he entregado al público con la misma fe y con la misma ilusión que se entrega una mujer enamorada. Después, me he desengañado, he comprendido que no valía la pena. Aquí todo, y principalmente la política, está podrido. De todas mis luchas, me queda una emoción deprimente, de hastío, de re-

pugnancia, que cada día me impulsa más a aislarme, a volver a la familia, olvidándolo todo: políticos, periodismo...

—¿Qué político te interesa más?

Con un gesto expresivo y un tono de profundo desprecio, respondió enérgico, sin dudar:

—¡Ninguno! De todos sabemos lo que harán, porque nos sirve de falsilla lo que han hecho: engañar, abusar, robar; aliarse con los poderosos para explotar a los humildes...

—Hablas en revolucionario, casi en anarquista. Y, sin embargo, me parece haber oído que eres propietario, casi rico...

—Es verdad. Soy propietario de la casa donde vivo; pero, a pesar de eso, soy sinceramente partidario entusiasta del comunismo. Puedes decir que pasé por la vergüenza de ser heredero; un heredero más en este país de herederos. Pero al dejarme mi madre una casa y unos valores, yo, que tengo hijos, no podía renunciar a ellos sin incurrir en una responsabilidad... ¿Y a quién iba a cederlos? ¿Al Estado, para que lo devorara la desastrosa Administración que sufrimos? No; por la casa que mi madre me dejó, valorada en 35.000 duros, me han ofrecido hasta 90.000, y no he querido venderla. Renta hoy lo mismo

que hace veinte años, a pesar de que se ha quintuplicado su valor... Y ahí está para mis hijos o para lo que sea; si el día del reparto social llegara, mi casa sería la primera en ofrecerse a todos...

—¿Entonces, tú no has tocado a tu fortuna?

—No; yo vivo de mi trabajo. Desde hace diez y ocho años gano de 10.000 a 12.000 pesetas anuales, y con ellas me basta. Mi fortuna la conservo para mis hijos, por si, como es probable, alguno no participa de mis ideas...

—¿Crees tú que en ellas no te seguirán?

—No lo sé. Yo no pienso coaccionarlos en lo más mínimo... No los he hecho bautizar; pero si, cuando sean mayores, ellos quieren hacerlo, no me opondré jamás... Yo me limito ahora a educarlos democráticamente, haciéndolos aprender un oficio, porque estoy convencido de que en el porvenir el único valor de los hombres será el de su trabajo... El régimen actual de la propiedad ha fracasado... El hombre debe vivir de lo que produzca con su esfuerzo... La herencia, acumulando el dinero en unas manos, mientras otros hombres que trabajan no tienen para vivir, es una tremenda injusticia...

Sin alardes retóricos, sencillamente, apa-

sionadamente, con el acento franco de la convicción, habla Luis de Tapia. Habla como escribe, con noble exaltación y cáustica ironía; y esta compenetración, esta identidad del artista con su obra, por lo mismo que suele ser tan rara, nos impresiona y nos admira.

—¿No has trabajado nunca más que literariamente?

—No. Ya te he dicho que me crié en un medio modesto. Cuando, a la muerte de un tío mío, mejoramos de posición, me pusieron a estudiar, como a todos mis hermanos. No puedes imaginarte lo que esto significaba... Eramos once hermanos, de los que sólo quedo yo. A los demás se los fué llevando la Muerte... Estudié la carrera de ingeniero, me licencié en Derecho; pero no las he ejercido... No he hecho más que escribir...

—Hablemos ahora—le interrumpí—de tu aspecto de aficionado a los toros.

—También la afición a los toros la he heredado. Mi padre era un gran entusiasta de la fiesta. Tengo abonada la misma localidad que él ocupó siempre, y desde ella he visto a todos los grandes toreros de la época.

—¿Cuál te ha gustado más de todos ellos?

—*Lagartijo*. Tal vez por esto—bromeó—me presenté diputado por Córdoba.

—¿Qué opinión tienes de las corridas de toros?

—Me parece una fiesta muy interesante, vistosa, llena de fuerza y de pasión, más bonita y de más emoción que todos los deportes extranjeros. No comprendo por qué hay quien se indigna contra ella, tildándola de salvaje y brutal. A mí, y refiriéndome sólo a España, me parece más salvaje el caciquismo, y más bruto que el torero, el cacique. Peor que martirizar a un toro y a unos caballos es martirizar a un pueblo...

—¿Y tu amistad con Belmonte?

—Soy amigo de Belmonte porque es un buen muchacho y muy inteligente. Yo creo que si Belmonte hubiera sido pintor o literato, sería hoy tan fenómeno como en el toreo, porque es un caso estupendo de voluntad imponiéndose a la vida...

—¿Qué es lo que más te inquieta?

—La salud de mis hijos.

—¿Y lo que más te gusta?

—Vivir.

Y al decirlo, el poeta tenía en su rostro trigueño la sonrisa plena y feliz de un epicúreo.

—¿Qué es lo que te molesta más?

—Todo eso que ahora se llama *bien*. El señorito *bien* me indigna y me repugna.

Comparto la opinión con el gran escritor. El señorito *bien*, ese tipo híbrido de americana entrabillada, roten bajo el brazo y sombrero encasquetado, es lo más ridículo, la peor plaga de la vida moderna. El señorito *bien*, holgazán, ineducado y petulante, con remilgos de damisela y desplantes y «timos» de baja chulería, me parece más dañino para la sociedad que el carterista habilidoso o el atracador que se juega la vida en una encrucijada...

—¿Cuándo te sentiste más feliz en tu vida?

—Cada vez que he tenido un hijo o un éxito. Creo que estas dos cosas son las que hacen más dichosos a los hombres, porque halagan nuestra vanidad.

Caía ya la tarde, desangrándose sobre el jardín con los resplandores rojos del sol en el ocaso, cuando abandonamos el invernadero, dirigiéndonos a la salida del parque...

Mientras caminábamos, embargados por la inefable armonía crepuscular, pregunté al poeta:

—¿Te domina algún vicio?

—No; si me fuera posible, tendría el de viajar.

Hizo una pausa y añadió:

—Si la mujer es vicio, pon que lo padezco.

Ahora, que yo tengo mujer y estoy muy satisfecho con la representación del sexo femenino que me ha tocado en suerte...

Y a la salida del Retiro, cuando nos dirigíamos a tomar un tranvía, aún interrogué:

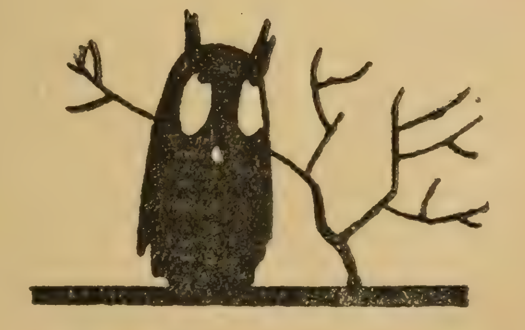
—¿Cuál es tu aspiración suprema?

—Ser dictador en España un par de meses.

—¡Caramba!—exclamé—. Entonces te pareces a La Cierva...

—En la aspiración—terminó Luis de Tapia riendo—, puede que sí; pero los resultados yo te aseguro que serían todo lo contrario.

LUISA PUCHOL



LUISA PUCHOL

AY! ¡Yo quiero montar en la voladora! —gritó, con dulcísima voz mimosa de chiquilla ingenua, la gentil artista.

—Pues vamos allá, y en la voladora celebraremos nuestra conversación—propuse yo.

—¡Sí!... ¡Sí! ¡Qué bien!...—clamó con júbilo infantil Luisa.

Estábamos en el parque de recreos de la Ciudad Lineal.

La tarde, gris, azotada por el viento precursor de la tormenta, tendía sobre el jardín sus pabellones de nubes cárdenas preñadas de electricidad... La tierra exhalaba un vaho húmedo, sensual y pesado.

Subimos a una góndola de la voladora... Luisa, entre risa y alborozo; yo, observándola de hito en hito.

Luisa Puchol es una deliciosa mujercita:

muñeca convertida en un prodigio de carne amasada con nácar y con rosas. Posee unos grandes ojos de verdes pupilas y negros iris, que tienen siempre una mirada franca e ingenua de colegiala traviesa; su nariz, gruesa, correcta, de rosadas aletas vibrátiles, se modela sobre el fresón purpúreo, jugoso, palpitante y sensual de los labios.

Más tal vez que sus ojos magníficos, redondos y lucientes, con extremas tonalidades de aguas marinas, es la boca—gruesecita, carnosa, de labios encendidos—lo que da carácter a su rostro, de óvalo amplio y puro, que se dibuja en un mentón voluntarioso, para terminar en la graciosa curva de la barbilla, suave y traslúcida, de rosa.

Comenzaron a girar lentas y suaves, como impulsadas por unas alas invisibles, las góndolas aéreas del *carroussel*. Luisa Puchol, sentada en una de ellas, se dejaba mecer por el acompasado movimiento circular.

—¿Subirá más?—gritaba—. Yo quiero que suba mucho...

—¿No siente usted miedo?

—¡Oh!... No; yo no tengo miedo a nada. Yo hubiera sido una gran domadora de leones.

Saqué el lápiz, una cuartilla, y...

—Vamos a ver, Luisita: dígame usted cosas.

—¿Y qué le voy a decir yo? ¡Si no sé nada!...

Y como yo continuara con la expresión interrogadora, insistió:

—¡Palabra que no sé nada!...

—Me han dicho que ama usted, o que la aman a usted, o que está usted enamorada...

—¡Ay, qué lío!...—Y tras una pausa, procurando ponerse seria, prosiguió—: No hay nada de eso.

—Pero, ¿no tiene usted novio?

—¡Novio, sí!—exclamó—. Novio para casarme un día, acaso lejano.

—¿Y quién es ese hombre?

—Lo sabe todo el mundo: un compañero de la compañía. Pero, ¡cuidado que es usted curiosón!...

—Es que tiene usted ojos de estar enamorada.

Suspiró, y muy melancólica, como soñando, dijo:

—Enamorada... enamorada, no lo estuve más que una vez, y era yo muy jovencita. Tenía quince años.

—Y ahora, ¿qué edad tiene usted?

—¡Ay, soy muy vieja ya!—Y en voz baja,

haciendo un encantador mohín de contrariedad, continuó—: Tengo ya veintitrés años. Se lo digo a usted bajito para que no se entere nadie: ¡veintitrés años! ¡Ay, Dios mío de mi alma!, dentro de siete años tendré treinta. ¿Se ha fijado usted en esto?...

Y puso un gesto muy triste. En seguida, llevada por el giro de la «góndola», rió con un alborozo pueril de chiquilla en asueto. Y sujeta a los tirantes de la canastilla, hacia atrás la gentil cabeza, coronado por el airón color de oro antiguo del cabello, desordenado y onduloso, mostraba su garganta, torneada y perfecta, esponjada de risas armónicas, como un loco trinar de ruiseñores...

—¿Qué es lo que le gusta más de la vida?...

—Primero que nada, mi arte, y después... —vaciló un instante.

—Después, ¿qué?...

—*Flirtear*... Me encanta el *flirt*. Lo más agradable para una mujer es sembrar ilusiones... Crear quimeras. Engreír a los espíritus conquistadores y donjuanescos. Hace un poco de tiempo he traído de cabeza a un viejo tenorio... ¡Pobrecito! ¡Lo que yo me divertía con esto!

Y al decírmelo, Luisa Puchol hacía aletear sus manos; sus preciosas manos, enjoyadas,

largas, magníficas, blancas y llenas, de mujer amorosa... Sus uñas, pulidísimas, brillaban como diminutos espejos rosados.

—Vamos, Luisita: ¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?...

Meditó un momento, y después, como pensando en voz alta, murmuró lentamente:

—La muerte, no; yo jamás pienso en ella; me parece que voy a ser eterna.

—¿Eterna?... ¿Y tan bonita como está usted ahora?...

Se puso muy triste...

—No; por eso, en realidad, lo único que me inquieta seriamente es la vejez. Ser invadida por las arrugas... ¡huy, qué horror!...

—¿Entonces, usted se cree muy bonita?

Se le arrebolaron levemente las mejillas...

—Hombre, no asusto de fea ni empacho de bonita; soy una mujer vulgar.

El aire hacía flotar su cabello, y comentó, mientras ordenaba los rizos:

—La cabeza la tengo algo loca—y aclaró—, pero del pelo; por dentro está todo muy equilibrado.

—¿Por qué cosa de la vida siente usted predilección?

—Por jugar a la comba. Me encanta ser

niña... jugar. Por eso la vejez me aterra. ¡Oh, qué horror!

—¿Cuál ha sido el momento más dichoso de su vida?

—¡Ay, yo sé tan poco de la vida!...—lamentó.

—¿Pero habrá usted tenido algún rato feliz?...

—No, señor; ponga usted que lo espero.

—¿Y artísticamente?...

—El día que debuté en Madrid.

—¿Con qué y dónde debutó usted?

—En Martín, con el estreno de *Los Cuáqueros*.

—¿Cuál fué el día más desgraciado de su vida?

—El día que Serafín se rompió una pierna.

—Serafín, ¿es su novio?...

—¡Ay, no, señor! Es un muñeco muy rico que tengo yo. ¡Lo quiero más!... Siento por él verdadera locura. Lo peino todos los días, y hasta le crece el pelo.

Reí. Insistió seria:

—¡De verdad!...

—¿Cuál es su flor preferida?

—El clavel—y acarició uno rojo que sobre su descote alabastrino parecía un palpitante corazón.

Lentamente se detuvo la barquilla voladora... Saltamos a tierra...

El jardín estaba delicioso a la luz melancólica de la tarde... Era la hora de las grandes sinceridades... Esa hechicera hora color de amatista.

Nos internamos en el parque.

Yo continué mi interrogatorio:

—¿Cuántos novios ha tenido usted, Luisa?

—¡Oh, muchos!... Este de ahora creo que hace el número siete.

—No está mal. ¿Y dónde tuvo usted el primero?...

—En donde nací, en Valencia; en cuanto salí del colegio de monjas.

—¿Luego se educó usted entre monjas?...

—Sí, señor.

—¿Y era usted aplicada?

—No; estaba siempre deseando la «oración de salida».

—En Valencia, ¿vivía usted con sus padres?

—No, señor; mis padres andaban errantes trabajando. Yo vivía con mi abuelita. A los trece años me caí a un jardín desde un primer piso, y entonces mi padre envió por mí.

—¿Y sintió usted abandonar Valencia?

—No, señor; porque iba con mis padres, a

quienes adoraba... Además, sentía una indominable inclinación por el teatro. Recuerdo que cuando alguien me preguntaba: «¿Qué quieres ser, hijita?», yo siempre respondía: «Tiple cómica»; pero con una «patarra» espantosa, porque yo, de pequeña, era mucho más sosa que ahora. ¡Pobrecita de mí!

En efecto: uno de los encantos mayores de Luisa es su dulcísima y femenina sosería incitante.

—¿En dónde salió usted por primera vez a escena?...

—En la Zarzuela. Trabajaba allí mi madre de característica, y me sacaron a escena en *Enseñanza libre*, para decir aquello de «¡Ole con ole; viva tu madre!»; y como yo tenía tantísima «asaúra», hice una creación.

La voz de Luisa tiene el timbre agudo y alegre de un cascabel de oro.

—¿Y después?—inquirí.

—Nos fuimos a Buenos Aires, y a la vuelta ingresé de segunda tiple con Úrsula López en el Gran Teatro, y luego otra vez a Buenos Aires, y cuando regresé fué mi *début* en Martín, con *Los Cuáqueros*. Lo demás lo sabe todo el mundo: estuve en la Zarzuela, en Eslava, en Nueva York, y ahora en el teatro del Centro.

—Perfectamente, Luisita. ¿Y cómo abandonó usted el verso?

—No me gustaba. Era muy aburrido. No me sentía a gusto en Eslava. Había unos grandes cartelones que decían: «¡Silencio!», «¡Silencio!» Aquello me daba neurastenia.

—¿Siente usted emoción al salir a escena?...

—Mucha; me pongo muy nerviosa, y aprieto mucho los dientes, y las uñas me las clavo en las palmas de las manos...

—De sus encantos físicos, ¿cuál es el que más le gusta?

—Los ojos y el cuerpo—exclamó con marcada coquetería.

Su cuerpo, mórbido y prieto, de líneas armónicas, en toda su pujante plenitud juvenil, se cimbrea al andar como una vara de nardos... Vestía elegantísima.

—¿Cuál es su vicio dominante?

—Hasta ahora, el café.

—Y si fuera usted hombre, ¿cuál sería su vicio?

—Las mujeres muy femeninas.

—¿Cuál es el rasgo más acentuado de su carácter?

—La violencia. Tengo un genio muy impulsivo. Y soy voluntariosa como una reina.

—¿Cuál es su aspiración suprema en la vida?

-Tener un hijo y besarle la naricita a todas horas... ¡Qué felicidad!

Y suspiró largamente.

—Y además, ¿qué es lo que le gustaría a usted más?

—No lo puedo decir—repuso con malicia pícara.

Continuamos hablando.

En el parque, la linda tiple lo curioseaba todo, animada por infantil anhelo: los «recreos» mecánicos, los aparatos de ejercicio, el tiro al blanco...

A veces, adelantándose, caminaba de prisa, haciendo revolotear sus faldas gentilmente, y a mi memoria, en la quieta tarde gris, acudían los galantes versos:

El *parquet*, estremecido,
le decía madrigales
por debajo del vestido...

Y así, parecía que el murmullo quedo de las hojas en el *parterre* la ofrendaba, al pasar, fragantes piropos.

Dejándose caer sobre un banco, murmuró Luisa con deleite:

—¡Qué tarde tan agradabilísima estoy pasando!

MAESTRO LUNA



EL MAESTRO LUNA

Se escuchaba la música de un piano.

Y en la pequeña salita, rodeada de grandes muñecas que me miraban fijamente con sus inmóviles ojos de cristal, esperé.

Cesó el piano... A los pocos momentos volvía la pizpireta doncella y me invitaba a seguirla.

—Pase usted al despacho.

Yo tuve una mirada cariñosa para las muñecas, de ojos grandes y espantados, mofletes rosaditos y gestos traviesos, que volvían a quedar sumidas en su íntima soledad...

—¿Qué hay, maestrazo?...

El inspirado compositor cerró el piano y vino a mi encuentro.

El maestro Luna es pequeño, grueso, fornido, achaparrado. Lleva el cabello, rubio, muy corto y peinado *a lo Amadeo*. La pri-

mera sensación que nos da es la de que es un hombre franco y sincero. Después, poco a poco, su conversación nos interesa, y terminamos por aceptar que tiene una charla muy amena y una inteligencia nada vulgar.

Tomé asiento en un sillón, ante su mesa de trabajo, y él a mi lado. Me ofreció un cigarrillo, y mientras lo encendíamos trabamos el diálogo:

—¿Está usted satisfecho del éxito de *Una aventura en París?*...

—Mucho—repuso sencillamente, con gran naturalidad, el maestro—. Ha gustado bastante, y... veremos a ver si queda.

—Usted es aragonés, ¿no, maestro?

—Sí, señor; yo nací en Alhama.

—¿Era músico su padre?...

—No, señor; mi padre era jefe de la Guardia civil. Ahora es un viejecito de ochenta años, que anda vacilante por los pasillos... Escuche usted sus pasos.

En el silencio que hicimos se oían los pasos débiles, lentos y arrastrados de un anciano.

—¿Vive con usted?...

—Sí, claro. Pues bien: por pertener él a la Guardia civil, hemos vivido siempre danzando de un lado para otro; así, somos siete her-

manos, y todos hemos nacido en puntos distintos. Cuando apenas tendría yo nueve años, caímos casi definitivamente en Zaragoza.

—¿Y allí comenzó usted su carrera?

—Sí, señor; pero verá usted: allí la Diputación daba un premio cada año a los muchachos de las escuelas municipales que se distinguían por aplicados. El premio consistía en costearle los estudios de Magisterio o Música. Yo fuí agraciado con este premio; me dieron a escoger entre las dos carreras, y escogí Música...

—¿Por qué?... ¿Tenía usted algún músico en su familia?...

—No; ni siquiera tenía una idea de lo que era un instrumento... Fué por intuición. ¡Qué sé yo!... En la escuela de música había una condición especial: la Diputación sólo pagaba solfeo; pero si el discípulo era aplicado y obtenía premio, podía continuar, eligiendo instrumento, y su iniciación se ampliaba hasta terminarse la carrera. Yo fuí uno de los agraciados... Pero esto no quiere decir que yo fuera un chico absolutamente aplicado, pues al mismo tiempo estudiaba el grado, y se daba el contraste notable de que en los estudios de esta índole era sumamente torpe, mientras que en música resultaba una

notabilidad... Y es que cada cual nace para una cosa, y es inútil intentar el desvío de su vocación.

—¿A qué edad terminó usted su carrera?... A los diez y nueve años era director de orquesta...

—¿De teatro?

—Sí, de teatro; y dirigía allí, en Zaragoza, en Bilbao y en Oviedo.

—¿Y escribía usted música?

—Sí, señor. En Zaragoza estrené cinco o seis cosillas—. Y agregó, sonriendo por el recuerdo:

—Una de ellas fué un compromiso terrible.

—¿Por qué?—inquirí con interés.

—Figúrese usted que era una zarzuelilla en donde salía una boda, y tuve que poner en solfa la epístola de San Pablo.

Reímos. Yo pregunté:

—¿Por qué se trasladó usted a Madrid?...

—¡Ah! Porque me ofrecieron un contrato para venir a la Zarzuela.

—¿Conocía usted ya Madrid?

—No, nada; nunca había venido por aquí; lo digo con remordimiento de conciencia.

—¿Qué impresión traía usted?...

—La impresión de que no encajaría aquí, porque yo me consideraba muy poca cosa, y

que tendría que regresar a los quince días a Zaragoza. A poco de llegar tuve el primer percance.

—¿En qué consistió?...

—El primer estreno que se anunciaba era *El hijo de Doña Urraca*, del maestro Chapí. Yo le ensayaba los coros, e invariablemente todos los días me asustaban veinte o treinta personas diciéndome que el maestro Chapí tenía un carácter terrible. Yo no le conocía. Entonces, algo inquieto, para que no hubiera ningún contratiempo, ensayé la obra con metrónomo. ¡Y había que ver las caras de asombro de los coristas ante aquel aparato que marcaba justamente el compás! Así es que con el metrónomo delante un día, y otro día, y otro, terminaron por coger estupendamente el ritmo. Y llegó el primer ensayo, a que asistió Chapí. Ante la justeza de los coros, se quedó sorprendido; pero no dijo una palabra. En la obra había una cosa que a mí se me resistió en todos los ensayos, porque advertí que era una equivocación del maestro. No obstante, sujetándome a lo escrito, se ensayó como constaba en el papel; y cuando en el ensayo, delante del autor, llegamos a ese momento, Chapí protestó rápido y dijo que no era así. Entonces yo me

adelanté y le dije: «Se hará como usted quiera, pero así está escrito.» Fué un momento de emoción. Todos me miraban, asombrados de que me atreviese a discutir con el terrible maestro... El mismo D. Ruperto me miró sorprendido, y me dijo: «Y usted, ¿quién es?... ¿Y por qué asegura usted que eso está escrito así como lo cantan?» «Porque está ensayado con metrónomo»—repuse yo, firmísimo. Mandé traer el aparato; lo pusimos en su número, y realmente el pensamiento del maestro no coincidía con el tiempo marcado. Se rectificó; hubo muchas complacencias por parte de Chapí, y comenzó nuestra amistad... En el fondo, aquel hombre era un santo. De modo que ese fué mi primer gesto en Madrid. Después, todos los compañeros, todo el mundo se portó muy bien, y... ¡aquí está Periquito hecho fraile!...

—¿Comenzó usted a estrenar?...

—A los tres años de estar en Madrid. Yo estrené en el Noviciado, en la Latina y en Novedades, muchas cosas que patearon.

—¿Cuál fué su primer acierto?

—Mi primer éxito fué *Musetta*, que se estrenó en el Ideal Polistilo, y después, por la bondad del maestro Vives, fué trasladada la obra a la Zarzuela... Luego, el año 1910, es-

trené en Sevilla, en el teatro Cervantes, *Molinos de viento*..., después de haber recorrido la obra un verdadero calvario...

—¿Por qué?...

—Pues porque ninguna Empresa tenía fe en mí.

—¿Gustó mucho?...

—En Sevilla fué un éxito, y poco después, en Eslava, un exitazo.

—¿Qué recuerdos retiene usted del estreno de *Molinos?*...

—De mucho miedo; porque después de la peregrinación de la obra, dudé de que gustara.

—Pero, ¿usted tenía fe en ella?

—¡Ah!, sí; yo sí.

—¿Y después?

—Después, habiendo muchas cosas intermedias, éxitos comparables al de los *Molinos* fueron *Los cadetes de la reina* y *El asombro de Damasco.*

—De todo su repertorio, ¿cuál fué la obra que escribió usted con más ilusión?...

Meditó un momento... Otro cigarro... Unos segundos mientras los encendíamos... Después, al mismo tiempo que el maestro lanzaba la primera bocanada de humo, contestó:

—Mire usted: yo escribí una obra, además

de con ilusión, con propósito: fué *El patio de los naranjos*... Estaba ya cansado de oír que si yo no podía sentir la música andaluza, que si un aragonés, etc., y entonces pedí a Villar y Pellicer un libro andaluz de mucho color. Yo hice con cariño entrañable la partitura, y quedé satisfechísimo: creo que es mi mejor obra...

—¿Cuál es la que más dinero le ha proporcionado?...

—*Molinos de viento.*

—¿Cuánto?...

—No sé; aproximadamente, quince mil duros.

—¿Trabaja usted de día o de noche?

—De día; pero me hago la ilusión que es de noche. Es decir, necesito trabajar con luz artificial, con gran protesta de mi mujer. Cierro todo y creo que es de noche... Este es un vicio que adquirí en mi comienzo: tenía que escribir de madrugada, porque el día se lo llevaba el teatro.

—¿Trabaja usted mucho?...

—Casi todos los días...

—¿Cuál es su músico predilecto?...

—Me gusta Beethoven extraordinariamente; luego, Wagner, y después, ya no hay nadie que me guste como Albéniz.

—Cuénteme usted alguna anécdota...

Rememoró y...

—De Zaragoza. La primera vez que yo dirigí, fué a Zaragoza Simonetti con su compañía. Ellos tenían montado su repertorio y no ensayaron; pero de orquesta todos los días teníamos obras distintas en el cartel. Quisieron poner el *Don Lucas del Cigarral*, y el tenor no sabía la obra; como el maestro-director de ellos tenía todos los días ensayo de orquesta, yo me dediqué por las mañanas a ensayar al tenor la obra. Anuncian el *Don Lucas del Cigarral;* por qué casualidad, aquel día sufre el maestro de ellos un ataque de gota, y me consultan a mí si yo me atrevía a coger la batuta... La cosa era tremenda, pues yo no tenía más idea de la obra que la parte del tenor que había ensayado. Sin embargo, acepto; pido un ensayo de compañía y orquesta y... vamos al estreno... Sudé aquella noche lo que no es decible; pero, cosa extraordinaria, el único que se perdió fué el tenor, que no tomó ni una entrada. Y es que el pobre era bizco, y daba la casualidad que se colocaba de forma que siempre coincidía con el maestro el ojo extraviado.

—¿Cuál es el día más feliz que tuvo usted en su vida?

—El día que me casé.

—¿Y el día más desgraciado?...

—El en que se murió mi madre.

—¿Cuál es su vicio dominante?..

Sonrió malicioso.

—Fumar.

—¿Qué capital tiene usted?

—En los diez años que llevo trabajando habré ganado unos sesenta mil duros; pero yo soy un hombre muy desprendido: a mi casa no llega nadie pidiendo que no se lleve lo que pide; así es que tengo ahorrado muy poco. Ahora estoy en plan de ganar algo más.

—¿Por qué?...

—Porque tengo un empresario inglés que se interesa por mi música y tiene el propósito de llevarla a Londres. Próximo está para estrenarse allí *El asombro*.

—¿Y qué derechos tendrá usted?

—Tenemos un contrato: si la entrada semanal no pasa de mil libras, cobraremos los autores el 5 por 100; si pasa de esa cifra, el 7 por 100.

—Eso está bien, maestro. ¿Y qué aspiración suprema acaricia usted para el porvenir?...

—Mi aspiración es conseguir consolidar una renta producida por mi trabajo; tener

una casita bastante lejos de la ciudad, y allí, en el campo, seguir trabajando si tengo ganas y salud; pero un poco alejado de esta vida turbulenta, que termina por arrollar el corazón.

—¿Qué prepara usted ahora?...

—Estoy trabajando en *Los papiros*, una obra preciosa de los Quintero.

—Dígame usted, maestro: ¿cómo sus nervios le dejan dirigir sus estrenos?

—Pues mire usted: estoy mucho más tranquilo dirigiendo que dentro. Experimento la sensación de llevar en mis manos las riendas de la obra...

—Y el desagrado del público, ¿no le abruma o indigna?...

—No, señor; prescindo de que soy autor; creo que no soy más que el director de orquesta.

—Es raro...

PEDRO MATA



PEDRO MATA

Tengo una gran predilección por el Retiro para celebrar mis conversaciones periodísticas.

Me parece que a pleno aire los espíritus están más dispuestos a ser espontáneos, a entregarse a la sinceridad. En el despacho o en el gabinete de la casa propia, el periodista es el visitante extraño, el intruso que va a violar nuestra intimidad, y parece que todo—los muebles, los libros—, todo lo que está influído por nuestro espíritu, se muestra hostil al cronista curioso e interrogador... En el jardín público se puede dialogar más libremente, como en un terreno neutral...

Apenas entro en el Retiro por la puerta de la calle de Alcalá y enfilo el amplio paseo, diviso a Pedro Mata, que me espera sentado

en uno de los bancos de piedra que bordean la avenida.

Al verme, viene a mi encuentro y me saluda cordial y efusivo.

—¿Te he hecho aguardar mucho?—inquiero.

—No. Acabo de llegar yo también...

El mediodía es gris, caluroso, y en el ambiente hay esa pesadez sofocante que anuncia las tormentas vernales.

El cielo, color de acero, muestra grandes nubarrones cárdenos.

Empieza a chispear. Caen luego lentas gotas de agua, que se aplastan sordamente contra la arena del paseo.

Pedro Mata, previsor, trae al brazo su gabardina. Yo voy a cuerpo, con sombrero de paja. Dudamos un instante. Al fin, él propone:

—¿Nos sentamos? Aquí, en este banco, bajo el árbol, no nos mojaremos.

Nos sentamos. Las ramas de una copuda acacia tejen sobre nosotros una cúpula espesa y rumorosa. Empezamos a charlar.

—¿De dónde eres?—pregunto al novelista.

—¡Hombre, madrileño! Nací en la misma casa donde murió Cervantes. De modo—agrega bromeando—que cuando yo me muera va

a ser una complicación el colocar mi lápida en aquella fachada...

—¡Bah!—desecho—. No pienses tan pronto en la muerte.

—Pues ya, naturalmente, he de pensar en ella más que en la vida, de la que llevo gastadas mis buenas dos terceras partes.

—Pues ¿qué edad tienes?

—Cuarenta y cinco años.

Pedro Mata está ahora en la plena sazón de su vida y de su temperamento; su complexión física, su rostro carnoso y redondo, que sin bigote tiene una afable serenidad eclesiástica, dan la sensación de una plenitud perfectamente equilibrada, de esa armónica ponderación entre el espíritu y la materia, que tanto influye, dándole solidez, en la obra de arte.

—¿Cómo surgieron tus inclinaciones literarias?

—Yo creo que nacieron conmigo. Yo soy nieto del doctor Mata, novelista historiador, un verdadero polígrafo... Mi padre era un gran *amateur* de la literatura; leía mucho, poseía un certero espíritu crítico y tenía el buen gusto de no escribir para el público... En este ambiente me crié... La biblioteca de mi padre era copiosísima, y yo, desde peque-

ño, me di a leer continuamente y de todo... A veces estaba leyendo doce o catorce horas seguidas. Fué en mí el leer un verdadero vicio dominante, como en otros chicos el de fumar cigarrillos de anís o jugar al «marro».

—Pero, ¿no estudiabas?

—Sí; estudiaba el grado. Pero las lecciones, aprendidas rápidamente, «prendidas con alfileres», a duras penas me permitían obtener humildes «aprobados». En cambio, me sabía de memoria trozos del *Quijote*, sátiras de Quevedo, estrofas de Espronceda y de Hugo...

—¿Hiciste alguna carrera?

—Empecé la de médico; pero no pasé del primer curso. El ponerme a estudiar Medicina obedeció a consejos del doctor Esquerdo, que fué discípulo de mi abuelo y me tenía un gran cariño. Esquerdo quiso hacer de mí un alienista como él, y me ofreció incluso costearme la carrera, a condición de que, para practicarla bien, viviera en su Manicomio. Esta fué la causa de que yo no estudiara Medicina; pero, chico, la perspectiva de siete años entre locos era una cosa muy seria, sobre todo para un hombre como yo, que quiere vivir intensamente y tiene un espíritu de pájaro.

—¿Y cómo empezaste a escribir?

—¡Qué sé yo! También como canta un pájaro, porque sí. Un día hice una quintilla, luego un soneto, después una «Rápida»... Como ves, los síntomas eran graves... Cuando se escriben una «rápida» descriptiva o unos versos a «Ella», ya no hay salvación... Todos empezamos por ahí, ¿verdad?...

Pedro Mata habla correcta y fácilmente, en ese tono amable, un poco irónico y otro poco amargo, de los hombres que, porque han sabido vivir mucho, conocen el secreto de muchas cosas...

—¿Dónde publicaste tus primeros escritos?

—En *Madrid Cómico* y *El Cascabel*, periódicos muy leídos en aquella época.

—¿Empezaste a escribir en prosa?

—No, en verso. Los versos han sido siempre mi predilección literaria. Creo que la lírica es la suprema expresión del arte de la palabra. Para ser poeta hay que estar tocado de la gracia, tener el *quid divinum*... Para escribir en prosa, basta un esfuerzo de voluntad y de estudio. Yo no escribiría más que versos... Pero estamos en un país absurdo, donde cada vez se leen menos poesías... Mi ideal sería hacer nada más que poemas; me gusta condensar las ideas... Y, sin embargo,

tienes la paradoja de que hago novelas muy largas...

—¿Qué plan sigues para hacer tus novelas?

—Las planeo en la imaginación tan detalladamente, que las veo como si ya estuvieran hechas, como si las leyera en un libro ajeno... Cuando ya la novela está bien madurada, cuando ya me ocupa demasiado sitio en el pensamiento, la escribo como mejor puedo. Pero si la tengo bien pensada, con facilidad; claro que esto se refiere al nervio del asunto, a la espina dorsal de la novela. Pero luego, al escribirla, surge un personaje en el que no habíamos pensado, y que se nos impone, más fuerte que nuestra voluntad, y nos subyuga de un modo diabólico, y hay que seguirlo... ¡Qué extraño es esto de los tipos imprevistos que surgen sin que podamos explicarnos el porqué! ¿No te pasa a ti también algo de esto?

—No—contesté—. Yo, en la novela como en el periodismo, no paso de ser un espectador, un interviuvador. Encuentro los tipos, los observo, los hago hablar y procuro retratarlos, sin inventar nada, ni situación ni personajes...

—Tu última novela, *La bien pagada*—me

preguntó a su vez Pedro Mata—, ¿también está hecha así?

—Esa más que ninguna. Conozco a todos sus personajes. Tú quizá los conozcas también...

Hicimos una pausa en el conversar. Comenzaba la tarde, turbia, húmeda, tristona... Una ráfaga de aire caliginoso cruzaba murmurando por entre la floresta. El cielo, despejado ya a trozos, mostraba ramalazos añiles.

Reanudamos el diálogo:

—¿Escribes despacio o con facilidad?—pregunté.

—Despacio. Me cuesta mucho trabajo escribir y, sobre todo, formar la psicología de los personajes. Escribo tres o cuatro horas, y hasta cinco, todos los días, y algunos apenas consigo llenar otras tantas cuartillas.

—¿Cuánto tardas en hacer una novela?

—De cuatro a cinco meses; pero cuando la termino, ya no tengo que requisarla más. Ni siquiera corrijo nada en las pruebas de imprenta.

—¿En qué orden seguiste tu labor?

—Después de *Ganarás el pan*, hice la novela más descoyuntada mía: *La Catorce*. La edité por mi cuenta, y con el importe de los seiscientos ejemplares que vendí apenas

pude pagar los gastos de su impresión. Hoy ese mismo libro lleva cinco ediciones... Alternando con el trabajo en los periódicos —que ya sabes que es labor de forzado, ingrata y oscura—, he hecho lentamente *Corazones sin rumbo* y *Un grito en la noche; Para ellas*, libro de versos en el que puse gran entusiasmo y del que nadie se ha ocupado, y, por último, *Muñecos*.

—¿Cuál es, a tu juicio, tu mejor obra?

—Una novela corta, titulada *Cuesta abajo*. Mi obra más sentida, más meditada, la que, en mi opinión, es más trascendental, es *Muñecos*. Pero ocurre que este libro está hecho a «palo seco», en diálogo solamente, sin descripción de paisajes ni divagaciones literarias, y a la gente le ha producido un poco de desencanto. Es un fenómeno que no me explico. El público, que muchas veces en una novela se salta las descripciones, «la prosa», como dice el vulgo, para buscar el diálogo, no quiere, sin embargo, las novelas dialogadas. Es extraño, ¿verdad?...

El método de vida, la forma en que desarrollan su trabajo, las condiciones en que son creadas sus obras, es lo que más nos interesa de los artistas, de los hombres que ponen su alma a contribución para recrear

nuestros ocios con el espectáculo de la belleza que crean. Pensando en esto, le pregunto al novelista:

—¿Qué vida haces habitualmente?

—Me acuesto de diez y media a once de la noche. Me levanto a las seis y media de la mañana en todo tiempo y me pongo a trabajar hasta las once. Entonces me voy a la calle para distraer la imaginación. Nada hay mejor que el ejercicio físico para descansar del trabajo mental. Yo tengo un par de caballos, y muchos días, con mi esposa, salgo a galopar por la Moncloa o la Casa de Campo hasta la una o las dos de la tarde...

—¿Cuál es tu novelista preferido?

—Entre los españoles, me agrada, en primer término, Armando Palacio Valdés...

—Tú—le interrumpí—tienes un aspecto literario muy interesante como hombre de teatro...

—El teatro me gusta más que nada. Y lo haría con preferencia... si no hubiera empresarios. Pero aquí el estrenar una obra significa emprender un éxodo humillante y molesto. Hay que hacer la corte a la actriz favorita, y al primer actor, y a su señora, y hasta al tramoyista. Esto sin contar con las genialidades del empresario y, sobre todo,

con sus consejos: «¡Esto es largo!» «Aquí debe usted *meter* una escena cómica», te dicen. Y a lo mejor, cuando llevas una comedia, te sale un señor muy empingorotado que te aconseja: «La obra está muy bien, demasiado... Tiene mucha literatura, y ¡es una lástima! Si usted la podara un poco y trasladara la acción desde Castilla a Andalucía, sería un éxito. No es porque yo sea andaluz; pero las obras con ambiente de Sevilla o de Córdoba ganan mucho. Además, el final debía usted de modificarlo. La protagonista no debe morir en la última escena. Haga usted que el que muera sea el marido. Ya usted sabe que Fulano, el primer actor, es un especialista en muertes...» ¡Vamos, te digo que es absurdo!

—¿Cómo estrenaste, entonces, tus obras?

—Verás: Yo colaboraba con Catarineu. Escribíamos la obra, y él se encargaba de gestionarlo. Yo no me enteraba de nada hasta el día del ensayo general. Desde que murió Catarineu dejé el teatro, a pesar de que me producía bastante.

—¿Cuántas obras has llevado a la escena?

Rememoraba.

—*El deber*, en la Comedia, con Rosario Pino y Borrás; *La otra*, en Lara; *En la boca*

del lobo, drama guiñolesco, en Cervantes; *La sombra*, *Uno menos*, *El torrente*, y una comedia, *La Goya*, de la que tomó su nombre la cupletista Aurora Jauffret.

—¿Cuánto ganas con tu trabajo literario?

—Los libros me producen de veintiocho a treinta mil pesetas anuales. Y la colaboración, de seis a ocho mil pesetas más cada año...

—¿Qué propósito te guía al empezar una nueva obra?

—Que no se parezca en nada a ninguna de las anteriores mías. Mi obsesión es renovarme. Odio el encasillado literario, y esa manía de clasificarnos como escritores de tal o cual escuela. Cuando hice *La Catorce* me llamaron escritor madrileñista, y, aterrado, abandoné en seguida el género...

—¿Cuál es la mayor aspiración de tu vida?

Sin vacilar, el gran novelista contestó:

—Tener dinero...

Y en seguida, como en disculpa:

—¿Te parece egoísta y vulgar mi aspiración? Pues yo me la explico perfectamente. Lo esencial en la vida es «vivir bien», cada cual a su modo. Y si esto para todos es primordial, para los artistas debe serlo más aún. Yo, al desear tener dinero, no quiero

decir que aspire a ser multimillonario... Mi ideal es más modesto, pero más intenso. Por tener dinero entiendo yo el estar a cubierto de todas las necesidades materiales; no tenerse que ocupar en resolver el inquietante problema de cada mes o de cada día. No tener que trabajar para vivir, creo que debe ser el ideal de todo el que se sienta artista. Si la inquietud del lucro perjudica toda obra, con más razón que a ninguna daña a la obra de arte... Si la parte material de la vida no nos inquietara, escribiríamos menos, es verdad; pero tal vez escribiríamos mejor, ¿verdad?... ¡Pero si pudiera hacerse románticamente, sin la idea de cobrar nada por ello!... Cuando pensamos siquiera en que se han de imprimir, ¡ay, se bastardea la intención!... Sin querer, nos preocupamos del público y del editor, y, más que para nosotros, escribimos para ellos.

—Y si todavía—le interrumpí—, después de esa claudicación espiritual, el precio valiera la pena...

—Dices bien—me replicó Mata con un trémolo de amargura en la voz—. No merece la pena... Ser escritor, y escritor español, es lo peor que puede ocurrirle a cualquiera... Después de toda una vida de trabajo, ¿qué se

consigue?... Mal vivir, y que de vez en cuando los compañeros de los periódicos nos llamen «ilustre»... Y esto en el caso más favorable...

—¿Dónde tienes tu mayor núcleo de lectores?

—Entre las mujeres. Recibo muchas cartas femeninas: confidencias, consultas, peticiones de consejos, preguntas difíciles... ¡Ya sabes lo que es esto!...

Por nuestra memoria desfilan a la par, en una deliciosa teoría, nombres, recuerdos, la visión de esos plieguecitos perfumados, anónimos, jirones de almas curiosas de mujer, inquietudes sentimentales de adorables cabecitas ingenuas que creen, como en un confesor, en el novelista que las hizo soñar o sufrir con sus ficciones... Cartas de mujeres que no conocemos, almas que vibran lejanas al conjuro de la nuestra, y que constituyen el mejor premio, la más dulce recompensa, entre tanto dolor y tanta inquietud como significa el escribir, dando nuestro corazón a los demás...

ANGELITA
VILAR



ANGELITA VILAR

ERAN las cuatro y media de una tarde de abril, rubia de sol, azul pureza de cielo. Paseándonos, aguardábamos impacientes junto a la verja de la Casa de Fieras del Retiro.

Por el paseo central, como por sobre una tersa lámina de gris acero, los automóviles se lanzaban veloces, dando la sensación de que en vez de rodar se deslizaban patinando... Al trote, los caballos arrastraban berlinas y *milores*, en cuyos fondos, al pasar, se vislumbraban fugaces imágenes femeninas, rápidas visiones de ojos brillantes, sonrisas, sedas claras, pieles lujosas. Era la hora en que la burguesita iba al parque a disfrutar del sol, y la pecadora, como una gran flor lujosa, se mostraba en su *auto* como en un brillante escaparate de tentación...

De pronto, una berlina se detuvo frente a nosotros y una mano blanca aleteó por la ventanilla en ademán de saludo... Era Angelina Vilar, que venía a nuestra cita.

Acudimos al coche. Abrimos la portezuela, y apoyada en nuestra mano saltó ágil a la tierra.

En este momento, de detrás de la tapia frontera salió un rugido largo y pavoroso.

Angelina tuvo un estremecimiento de sorpresa y de miedo.

—Conste—nos apresuramos a excusar—que la he citado aquí porque tenía entendido que el Ayuntamiento había suprimido ya las fieras.

—Ah, ¿sí? Pues lo siento. Porque a mí me gustaba mucho venir aquí a ver hacer diabluras a los monos... Pero, en fin, siempre me quedará el Retiro para pasear.

—Que es hermosísimo, ¿verdad? Todas mis intirviús las he hecho en el Retiro.

—Pues yo recuerdo—me objetó Angelina—haber leído otras hechas en sitios distintos...

—Es que al decir interviús yo me refiero, por antonomasia, a las interviús agradables. Luego he hecho muchas más. ¿Cree usted que es posible interviuvar a La Cierva en «La Rosaleda»?...

Ríe Angelina con una clara risa musical que entreabre sus labios fresa sobre la blancura centelleadora de los dientes impecables.

Angelina Vilar tiene gallardías y proporciones de belleza clásica: anchos los hombros de estatua, poderoso el busto, armónicas caderas de ánfora, casi rectas las pobladas cejas, un puro óvalo el rostro, correcta la nariz y pupilas negras y centelleantes de reina mora. Es el arquetipo de esa belleza latina, espléndida y ponderada, en la que los grandes artistas del paganismo eligieron sus modelos inmortales. Sólo el Mediterráneo, en la tierra levantina y en la Grecia del arte, ha podido arrullar el nacimiento de estas mujeres de plenitud, de belleza morena y estatuaria...

La decimos:

—Parece usted valenciana.

—Y lo soy. Me bautizaron en la parroquia de San Martín, que es la iglesia aristocrática de Valencia. Esto no quiere decir que yo o sea.

—¿En qué medio vivía su familia?

—Mi padre fué abogado y director de la Academia de Bellas Artes de Valencia. Discípulos suyos eran Sorolla y Benlliure.

—¿Recuerda usted su carácter cuando pequeña?

—Era muy dócil. Iba al colegio con una hermanita...

—¿Tan guapa como usted?—la interrumpimos.

—¡Oh! ¡Bastante más! Según dicen los artistas, su cara no tiene un pero...

—¿Y la de usted tiene muchos peros?...

—Sí. ¡Muchísimos!

—Dígame unos cuantos.

—Soy demasiado morena. Me gustaría tener el pelo ondulado.

—¿Está usted satisfecha de sus ojos?

—Bastante. ¡Si no fuera por lo que lloran!

—¿Y de su boca?

—También. Pero yo desearía ser más alta, más delgada y, sobre todo, más flexible de espíritu, más amena y alegre. ¡Esta melancolía de concentración que tengo no es la más a propósito para la vida!

—¿Por qué se dedicó usted al teatro?

—Porque era una forma de hacer frente a la vida. Cuando murió mi padre nos dejó en una situación difícil. Y teniendo que buscar ocupación, yo me incliné por un trabajo agradable. Me marché a Barcelona y debuté de partiquina, sin sueldo. Un día faltó la prime-

ra tiple y yo la sustituí. ¡Con decirle que la tiple aquella ganaba doce duros, y a mí, por hacer las veces de ella, me dieron uno!... Poco más tarde, cuando estrené en el mismo teatro *El conde de Luxemburgo*, empecé a destacarme...

—¿Cuál ha sido su mayor éxito?

—El estreno de *Miss Australia*.

—Bien. Hablemos ahora de cosas más íntimas: ¿tiene usted muchos adoradores?

—Que yo sepa, ninguno.

—Habla usted como si tuviera ya el corazón cansado.

—Cansado, no. Dolido de haber amado mucho sin reciprocidad.

—¿Cuál es su aspiración suprema?

—Quisiera vivir refugiada en un cariño y en un hogar.

—¿Con teatro?

—Con teatro o sin él... Un hogar, sea como sea. Eso es lo que toda mi vida he deseado, y estoy condenada a no tenerle jamás.

—Ha estado usted recientemente retirada del teatro, ¿no?

—Un poco de tiempo; precisamente buscando ese hogar con que sueño.

—¿Y qué?

Angelina suspira concentrándose en sus

recuerdos. Luego, sonriendo con dulce melancolía, contesta:

—No fué más que un sueño...

—¿Bonito?

—Sí. Un sueño que transcurrió en Sevilla, en un lindo hotel lleno de alegría y de flores... Eso fué todo. El que contrajo conmigo el compromiso de formar ese hogar me traicionó y... ¡lo formó con otra!

—¿Qué le gusta a usted más en la vida?

Angelina, tras un breve silencio, responde:

—Flirtear, crear ilusiones, hacer que piensen un poco en mí. Y después..., Sevilla, ¡siempre Sevilla! ¡Pero a los sevillanos—exclama—les tengo miedo!...

Otra vez, en una brusca transición, como para ahuyentar recuerdos, salta entre los labios de Angelina el torrente musical de su risa... El sol rubio de la tarde tiene reflejos de oro en sus negros ojazos de diosa morena...

EL PIANISTA SAUER



EL PIANISTA SAÜER

Al avanzar por el alfombrado pasillo del primer piso del Palace, llegan a mis oídos las vibraciones lentas, graves, de un piano: son los acordes majestuosos de una sinfonía beethoveniana... Aquella que el sordo genial rotuló con un título inquietante: *El Destino llama a la puerta del hombre...*

Más modesto que el Destino, me hice anunciar por un criado.

Y Saüer, efusivo, cordial, me recibe, abandonando para saludarme la banqueta del piano, que ocupa un lado de la habitación, confortable y clara...

En un búcaro, sobre la mesilla de noche, luce la fragante policromía de un ramo de rosas...

Saüer, con simpático ademán, estrecha mi mano y me dice en un español dificultoso:

—Lo esperaba con impaciencia... Tengo la vanidad de no creerme viejo todavía... Y como se ha dicho por ahí que tengo setenta y un años, lo esperaba a usted, confiado en que su pluma desvanecerá este error. Vamos a ver, ¿tengo aspecto de tener setenta y un años?...

Le miro con detención: Saüer es alto, espigado, de finas proporciones... El pelo, gris, colgante sobre la nuca en melena merovingia, es escaso por arriba y sobre las sienes... Grises también, de un gris turbio de cielo lluvioso, los ojos inquietos... Sobre la corbata, negra, lleva una gran perla...

Le contesto:

— Sinceramente, es difícil precisar su edad...

—Pues tengo cincuenta y ocho años nada más. Nací en Hamburgo el 8 de octubre del 72. ¡Oh! Si tuviera setenta y un años, no podría tocar...

A esa edad, nadie, ni Mozart, ha podido arrancar al piano vibraciones justas...

A pesar de sus protestas, que revelan un juvenil orgullo, Saüer parece ya un abuelito... Con su media melena gris y sus ojuelos vivos, es como uno de esos buenos gnomos que ilustran los cuentos infantiles de Grim....

Yo siento una viva simpatía por estos ancianos que llevan en su rostro impresas las huellas de una larga vida errante, de emociones, de arte, de amor... En cada surco con que la reja del tiempo aró estos rostros parece haber quedado una semilla de aventura, de desengaño, de ilusión ida... Epílogos de muchas novelas, rúbricas dejadas por el paso de los años, ¡qué interesante relato podría escribirse con las historias que parecen rayadas en las arrugas de estos viejos artistas, aves de paso por todo el mundo!...

Reparando en seguida en la roseta de la Legión de Honor que decora la solapa del gran pianista, le pregunto señalándosela:

—¿Cómo, siendo usted alemán, lleva usted una condecoración francesa? Tenía entendido que todos sus compatriotas, cuando la gran guerra, renunciaron a las condecoraciones de los países enemigos...

—¡Oh!—me contesta Saüer, sonriendo—. Los artistas no tenemos patria... Somos de todo el mundo por igual... Antes de la guerra, Francia me había hecho caballero, primero; oficial, después, de su Legión de Honor... Luego vino la lucha. ¿Qué tienen que ver los artistas con las querellas de un pueblo? La prueba es que yo, aunque nacido en

Alemania, estoy naturalizado en Viena. Soy director de la Real Academia Musical Vienesa, y para desempeñar este cargo oficial tuve que hacerme súbdito austriaco...

Pienso que tiene razón Saüer.

El arte no tiene patria. Es la universal religión en que comulgan todos los pueblos... Es la emoción artística lo que los une por encima de fronteras y políticas... ¿Qué importan las rivalidades transitorias? El arte perdura por encima de ellas, buscando la inspiración donde la encuentra... En su nación o en la enemiga... ¿Qué más da?... La *Sinfonía heroica* no es menos grande porque Beethoven se la dedicara a Napoleón...

Vuelvo a preguntar a Saüer:

—¿Cuándo se despertaron sus aficiones musicales?

—A los doce años.

—¿Tenía en su familia antecedentes artísticos?

—Mi madre fué primera profesora... Mi padre, que era comerciante, gustaba, en sus ratos de ocio, solazarse con la música, y hacía tocar el piano a mi madre... Yo, por complacer a los dos, empecé también a tocar, pero sin gran afición... Fué un día en Hamburgo cuando mi temperamento musical, lo

que había de ser vocación imperiosa de mi vida, se reveló en mí... Mis padres me llevaron a un concierto de Rubinstein, el viejo... Aún se conserva en mi memoria la impresión de aquel día... Me sobrecogió, primero, la sensación de silencio, de vacío, que había en la sala, a pesar de estar completamente llena de público... Los primeros compases se preludiaron como gotas de cristal en el ambiente del teatro... Yo sentía un temor, una unción casi religiosa... Como en un templo. Poco a poco el arte del gran pianista me fué embargando, exaltando hasta la alucinación... Llegué a creerle un ser sobrenatural... Observaba sus gestos de transfigurado, sus ademanes de poseso, todo el fuego de alma que, partiendo de él, irradiaba en la sala y hacía al piano suspirar, gemir, reír, con acentos insospechados... Fué como una sugestión, como una transformación que se operara en mi ser... Me «sentí» músico...; que dentro de mí despertaba algo nuevo y extraordinario... Desde entonces yo creo mucho en los fenómenos que parecen sobrenaturales y absurdos... Para mí fué como si parte del alma de Rubinstein se hubiera aposentado en la mía, expulsando a la que yo tuve antes...

—¿Se dedicó usted desde entonces al piano?

—Sí; con extraordinaria y febril afición... Aprendí con Rubinstein y con Liszt... Ricciñs fué mi profesor de armonía y composición...

—¿A qué edad dió su primer concierto?

—A los catorce años, en Moscou, toqué por primera vez en público. Fué como un ensayo nada más... Luego mi primer «recital» serio fué a los veinte años, en París...

—Y a España, ¿cuándo vino?

Saüer se detiene un momento, rememorando. Sonríe. Se pasa por los labios un pañuelito de seda que esparce en el aire un suave perfume de vainilla. Y responde:

—El año 82 toqué por primera vez en Madrid, en la sala Zozaya. Luego he vuelto ocho o diez veces más. Y he recorrido toda España...

Saüer habla con entusiasmo, con cariño, de todas las regiones españolas que va evocando... Asturias, dulce y mimosa, con sus cielos grises y sus pradiños eternamente verdes; Valencia la huertana, embriagada de luz, arrullada por las canciones del mar latino; Andalucía la mora, con Córdoba la sultana, y Sevilla la maja y Cádiz la señorita... Y Granada, que duerme, entre el susurro de

su río de arenas de oro, un sueño de nostalgias a la sombra de maravilla de la Alhambra...

—¿Qué es lo que más le gusta de España?

—Los toros. Yo vendría a España sólo por ver las corridas de toros...

Sonrío, comprensivo, a esta pueril afirmación del abuelito artista que cree halagar nuestro orgullo patriótico ponderando la cruel y bizarra fiesta taurina. Como si ella fuera lo más representativo de España...

Es simplemente cortesía de hombre mundano, cumplimiento de huésped que quiere ser obsequioso con todo...

—¿Tiene usted familia?

—¡Oh, sí! Soy casado y tengo cuatro hijos y cuatro hijas repartidos en distintas naciones... Ya ellos ganan su vida independientes de mí... Yo resido habitualmente en Viena. Ahora me preparo para una larga excursión por América del Sur...

—Tiene usted fama de hombre galante, maestro...

Saüer sonríe, sin poder ocultar su satisfacción de vanidad halagada. Y disculpa en un tono de fingida modestia, indiferente:

—¡Bah! Se dice que soy afortunado en amores... Pero yo no afirmo nada... A mí me

gustan las mujeres, sí...; pero mi entusiasmo es artístico... Como auditorio, las prefiero, porque es indudable que a las mujeres impresiona mi arte más que a nadie...

—¿Cuál ha sido su éxito mayor?

Sonríe feliz al recuerdo, y dice:

—El año 85, en Berlín. Fué grandioso... Recuerdo—dice con gesto displicente de viejo Don Juan—que una princesa de la casa de Lorena se enamoró de mí...

Contrasta su actitud de ahora con su pretendida modestia galante de hace un momento.

¡Oh, la inefable puerilidad de los ancianos!

—¿Cuál es su afición dominante?

—La pintura.

—¿Cómo? ¿También es usted pintor?

Sonríe Saüer, jubiloso de haberme hecho caer en el equívoco, y replica:

—No. Soy coleccionista nada más... Es mi manía... Poseo obras muy estimadas de Goya, de Velázquez, de Bernard, de Whistler...

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?

—El año 1901, en Viena, durante un concierto... Mi triunfo fué tan clamoroso, que

los aplausos me hicieron llorar... Esto en mí es frecuente... Hay composiciones que no puedo ejecutar sin que la emoción me ahogue... La *Marcha fúnebre*, de Chopín, me acongoja de un modo doloroso... Tocándola me sugestiono tanto, que lloro... Me parece que asisto al entierro de una persona muy querida... A veces hasta se me antoja que toco para mis propios funerales...

Al solicitar de Saüer alguna anécdota íntima, el insigne pianista hace un esfuerzo como resistiéndose a abrir su alma, y luego, en voz queda, trémula, emocionada, me dice:

—Le contaré la historia de mi melena, que yo no usé siempre como otros artistas... Hace muchos años, muchos, me enamoré de una bellísima mujer, compatriota mía, de la más alta aristocracia... Era una gran dama rubia, como una princesa pálida de las baladas de mi país... Después de un largo cortejo, cuando yo ya enfermaba de melancolía y de impaciencia, logré una cita, la única... Razones de familia, de rango, obligaron a matrimoniar a mi amada... La víspera de su boda nos vimos... Yo a sus pies sollozaba mi amor... Ella se inclinó sobre mí y lloró también, con sus manos, como lirios, posadas sobre mi cabeza, que se doblegaba acongojada

en su regazo... Nos separamos. Se casó. Pasó el tiempo... Y como recuerdo de aquel gran amor de juventud yo juré no cortar nunca mis cabellos, sobre los que ella había puesto sus manos de marfil...

LA GOYA



«LA GOYA»

MIRA... Mira... ¡Qué lindo!... Si se parece a mi firma.

Y *La Goya*, con sincero júbilo de chicuela, va señalando con sus pulidos dedos de uñas rosaditas la rúbrica de fuego que en la pizarra negra del espacio va dejando un cohete...

Después, entornando sus bellos ojos soñadores, murmura con deleite de transportada:

—Chico, ¡cómo me gusta esta verbena de San Antonio!... ¡San Antonio de la Florida!... Durante mi regreso de América le decía al capitán del barco: «Corra usted, capitán... Corra mucho, para que *La Goya* llegue a Madrid a tiempo de pasear por la Florida»...

—¿Pero es que tú, en el fondo, sientes ese apego por Madrid?...

—¡No puedes imaginarte! — exclama con

apasionado acento—. Para mí todo lo madrileño y goyesco es como mi religión.

Callamos un momento...

El ambiente es pesado, polvoriento, saturado por las nubes de humo que lanzan las enormes cacerolas de churros.

Llegamos al lugar culminante de la verbena. Nos aturde la algarabía del pueblo; vibran al mismo tiempo cien músicas distintas: órganos de *carrousel*, clamores de trompetas, ritmos lánguidos y canallas de pianos de manubrio.

—¡Cómprame una maja de papel!—grita Aurora ante un vendedor que se las ofrece...

La complazco y la maja es colocada en el pescante del *milord*. En silencio la comparo con Aurorita, deliciosa maja verbenera, de carne blanquísima, pelo como la endrina y gracia de musa goyesca, luciendo con garbo sin igual su mantón de Manila aromado con albahaca.

—Oye, Aurora, ¿por qué has cambiado el color de tu pelo?... Antes lo tenías rubio...

Ríe y pregunta con coquetería:

—Y ¿cómo estoy mejor?... Di.

—Así, de morena blanca.

—Eso de cambiar el color del pelo es una coquetería muy femenina. ¡Ya que no pode-

mos cambiar la cabeza, queremos hacernos la ilusión de que es otra!... Pero, ¿de verdad me sienta bien?...

—Muy bien; estás preciosa... Cuéntame cosas de tu estancia en América... ¿Cuánto tiempo hace que te marchaste?

—Tres años.

—¿A qué obedeció tu emigración?

—Primero, a que tenía compromisos que cumplir, y luego, que mi carácter de golondrina no me deja estacionarme demasiado tiempo en ninguna parte. Pero ya ves: soy la hija pródiga del Arte.

—Desengáñate, Aurorita; que yo sé muy bien que tú, un poco angustiada, abandonabas España porque no podías abandonar tu corazón... Ese pícaro corazón enamorado de aquel torero...

—¡Ay, José Mari!... ¡Qué equivocado estás respecto a mí!... Mi corazón está ya muy acostumbrado a que yo le domine... Fué un tirano que lo ha sometido el sentido común...

Hizo una pausa... Suspiró levemente.

—En efecto: es verdad—prosiguió—que yo tuve la monomanía de poner siempre Amor con mayúscula; pero ya me he convencido que estaba en un error. ¡Con minúscula, y bastantes preocupaciones nos da!...

—¿Qué te vuelve nuevamente a España? —inquirí.

—Una obra arquitectónica... —respondió enigmática.

—¡Mujer! Tú, tan idealista, ¿acaso traes el proyecto de edificar casas?

—No. No me creas tan vulgar. Mi edificación es espiritual... Con mi viaje a España destruyo mi pasado y volveré a edificar una vida nueva...

—¿Sobre aquellos cimientos?

—No he pensado en eso; pero me das una idea interesante. Suelen ser muy bellas las rosas que brotan en las ruinas. Lo único que sé decirte ahora es que vengo llena de optimismo, de alegría, de bellos sueños...

Yo la interrumpí:

—Y más bonita que siempre...

Agradeció con una reverencia el homenaje, y...

—¿No me encuentras más delgada?...

—Te encuentro más estilizada...

—Pues prepárate, que te voy a poner en un compromiso: tú, que eres tan psicólogo y tan sutil...

—Gracias—la interrumpí.

—... ¿No crees—continuó—que esta estiliza-

ción a flor de carne refleja otra estilización del alma?...

—Bien, mujer; te fuiste espiritista y vuelves teósofa.

—Siempre persigo el perfeccionamiento. Tú sabes lo mucho que a mí me inquieta y preocupa el *más allá.* ¿Te acuerdas que en otra conversación que tuvimos te dije que yo había sido la duquesa de Alba?...

—En efecto...

—Pues ahora, durante mi estancia en América, tuve un sueño, un éxtasis o un momento de trance, como tú quieras llamarlo.

—¿Y qué?...

—Que mi *yo* huyó del mundo físico y fué al plano astral... Desde ese plano, como tú sabes, se contempla la vida de una manera ecuánime y justa, sin prejuicios de ninguna índole... Yo, al ver la mía, me dió horror, me dió horror y lástima de advertir la equivocación que había sufrido, y me prometí a mí misma rectificar todo... Como yo no tendré la dicha de encontrar para la paz de mi alma el paraíso de Valdeflores que encontró la protagonista de tu novela *La sin ventura*, he de abrir un dulce compás en mi vida para esperar que llegue la dicha antes que el corazón me haya arrastrado y haga imposible toda reconstitu-

ción, como le ocurre a la *Ambarina* de tu novela mencionada.

—Y dime, mujer: se cuenta que te has casado. ¿Es cierto?

—¡Oh, no! Mientras *La Goya* exista, no la monopolizará nadie. *La Goya* es del público.

—Hablemos de dinero. ¿Has traído mucho?...

—No lo sé, ni me importa. Lo suficiente para vivir y tener buen humor. ¿No me encuentras más jovial?

—En efecto; y hallo a tus ojos más seguros de ellos mismos...

—Porque te estimo te voy a dar un consejo: Viaja, emigra, que en el mar se ahogan todos los amores.

—Chica, yo no lo necesito. ¿Cuándo trabajarás en Madrid?

—Yo ya sabes que soy una deportista de la tonadilla; trabajo ante el público que quiero, y cuando presiento que lo he de hacer regular. ¿Cómo iba yo a dejar de presentarme en mi Madrid?

—¿Pronto?

—No lo sé. Aún no llegó mi equipaje de artista. Ya he hablado de esto con Campúa, y estamos de acuerdo, porque yo en el arte y en mi persona tengo la coquetería

de elegir los empresarios y los perfumes de moda. Bichar, en París; Campúa, en Madrid.

—¿Cómo vienes sin tu prima *Gioconda?*

—Es demasiado linda para no tener un defecto; ahora tiene marido y se ha quedado en Méjico, actuando en aquellos teatros...

—¿Se casó?

—Hace un mes, con Rafael Arcos.

—¡Qué lástima!...

—¿Cuándo piensas volver por América?

—A final de año; dejé contratos firmados en Habana, Méjico, Tampico y Nueva York. Después, otra vez a España...

Meditó un momento; después murmuró con una inefable dulzura:

—Las golondrinas de Bécquer no volverán; pero yo volveré siempre.

Un vendedor ambulante nos interrumpe:

—¡Mire qué bonito!... ¡El matasuegras de moda!...

El bullicio es espantoso.

—¡Pare, cochero!—ordena Aurora.

El *milord* se aparta de la apretada ringla de carruajes que llena la carretera, y la maja goyesca, con su mantón de Manila blanco y negro, salta a tierra.

—Subamos a los cerditos del *carroussel*

—propone—. Tengo muchas ganas de divertirme...

Y corre como una mariposa, atraída por la música, atraída por la luz y el órgano de la rueda giratoria.

EL ANARQUISTA MATEU



EL ANARQUISTA MATHEU

Nos decepcionó la obstinada negativa del juez.

Sin embargo, volví a insistir más apremiante:

—¡Pero siquiera unos minutos!... ¡El tiempo necesario para hacerle una fotografía en la prisión!...

—Es imposible. Está incomunicado y no hay medio legal ni humano de que usted ni nadie le hable.

El Sr. Escalera, juez especial en la causa por el atentado contra el Sr. Dato, está ante nosotros, con un gesto de amable, de cortés, de suprema resignación, como el que se doblega ante una fuerza implacable. Es la ley dura, pero como en el aforismo latino: ¡La ley! Comprendo que ciertamente este correcto caballero cincuentón, delgado, simpático,

con una ingenua bondad en el rostro, sufre una gran contrariedad porque la inflexible rigidez de su ministerio no le permita acceder a mi ruego. Entonces, en una última esperanza, dirijo la vista al fiscal, que está de pie a nuestro lado. Más rígido que el juez, su suave ceceo andaluz denota al hombre mundano, comprensivo, amable.

—Y usted, señor fiscal, ¿no encuentra forma y modo de que Campúa y yo conversemos unos minutos con el preso?

—Por mi parte—responde, llevándose la mano al pecho en expresión de sinceridad—lo considero imposible. Es más: creo que el señor juez de ninguna manera debe autorizar la visita.

Campúa y yo nos miramos, abatidos y desconcertados. No éramos nadie...

Estábamos en el despacho del Juzgado de guardia. Una habitación espaciosa, nada cordial, con viejos muebles oscuros sin armonía de forma ni estilo. El ambiente es gris, frío, con esa hosquedad repelente de todas las Salas de Justicia.

Aun sin declararme vencido, insisto con mayor anhelo. El fiscal me interrumpe amable, pero inflexible:

—Nosotros le dejaríamos hablar con el

preso hasta por interés artístico, por leer luego sus impresiones; pero... no hay forma.

Habla el fiscal como el hombre que siente que su bondad le lleva a la flaqueza, y para cortar el diálogo, exclama:

—Pues es imposible. Otra vez será. Ahora vamos corriendo a la Cárcel a evacuar una diligencia importante.

Nos estrechamos las manos. Juez y fiscal y escribano salieron presurosos.

Campúa y yo seguimos detrás, por el largo pasillo del Juzgado. Los dos sentíamos al mismo tiempo la amargura del fracaso. Como dos compañeros de aventuras, hemos hecho juntos casi todas nuestras correrías periodísticas, hemos salvado obstáculos, dificultades. Y... hemos fracasado juntos también ahora. En la secreta cámara de su máquima, las placas duermen, sin ser maculadas por la luz, que es luego imagen. Mi *bloc* de notas seguirá con sus páginas blancas intactas, sin las líneas nerviosas de la impresión momentánea.

Salimos a la calle. El buen sol rubio doraba la tarde de marzo.

—¡Bah!—deseché—. ¿Por qué desconfiar aún?

Pero, a pesar de mi optimismo, toda la tar-

de me torturó la obsesión de la entrevista frustrada. La imagen del asesino de Dato, su rostro, que ya conocía por los diarios, me persiguió aquella noche como una pesadilla.

Y así llegué al lecho. Y ya en los linderos del soñar, no sé si soñando o imaginando, volví a ver a Pedro Matheu.

Y hablé con él y le reconocí vivo y real, y estreché su mano homicida. Quedó grabado en mí con tal precisión de intensidad el sueño, que puedo evocarlo ahora con toda claridad. Ved cómo fué...

El automóvil nos dejó frente a la Cárcel Modelo.

Atravesamos el portal y el primer patio y nos detenemos ante la gran verja que da acceso a los locutorios. Tras ella, un celador uniformado guarda cuidadosamente la entrada...

En este patio aguarda un grupo de periodistas—Barceló entre ellos—. También una mujer—la panadera de la Ciudad Lineal que vió a los arrendatarios de la casita—y el dueño del garage donde fué reparada la *moto* que se utilizó para el crimen. El dueño del garage es hombre de regular estatura, de tipo correcto, con lentes. Nada demuestra en su traza el negocio a que se dedica. Está pá-

lido, como espantado por la tragedia que pasó por su lado rozándole con sus alas. Conversaba con el deportista Pepe Vega.

A los pocos minutos de espera, escuchamos:

—¡El juez!... ¡El juez!...

En efecto, llegaba el coche del Juzgado de guardia. De él se apearon el juez, D. Santiago de la Escalera; el fiscal, D. Félix Ruz, y el secretario, Sr. Martos.

Tras de ellos, Campúa y yo; penetramos en la angosta galería y la pesada verja vuelve a girar suavemente, cerrándose.

El juez, dirigiéndose a nosotros, nos dice resignándose:

—Vean ustedes si ahí en el locutorio de abogados se puede hacer lo que desean.

Y guiados por su indicación entramos en una habitación grande en cuyo centro hay un *schubesky* apagado. En la pared frontal, por una gran ventana de gruesos barrotes penetra, de un pasadizo, una luz indirecta y turbia. A través de esta reja, ante la cual hay una mesa de escritorio, hemos de efectuar nuestra entrevista con el asesino.

A los pocos segundos de estar allí oímos rumor de pasos que se aproximan sordamente. Y acompañado por dos vigilantes de uni-

forme aparece en el pasillo, tras los barrotes de la reja, Pedro Matheu, uno de los asesinos de don Eduardo Dato.

Le miro. Nos saluda con una amable inclinación de cabeza y una leve sonrisa en su rostro moreno, basto y redondo. Es un muchacho ancho de hombros, de mediana estatura, cuello grueso, entrecejo corrido y ojos pequeños negros y vivos. Tiene el aspecto agradable del artesano fuerte, saludable y resuelto. Las ropas que viste no logran rectificar su apariencia de hombre rudo, habituado al trabajo corporal; tiene las manos de dedos gruesos y nudosos y los brazos se le notan dentro de las mangas potentes y de pujantes biceps; sobre su frente estrecha avanza el mechón negro de su cabellera larga, ondulada y abundosa. Su tez de labriego está algo tiznada por la barba que empieza a sombrearle.

Nos saluda sin sorpresa ni turbación, sencillamente, como a unos camaradas...

—¿Qué tal, hombre?—le pregunto—. ¿Está usted tranquilo?

Hace un mohín de displicencia y bisbisea:

—¡Phs!...

—Le observo a usted muy sereno—insisto para iniciar el diálogo.

—¡Bah!... ¿Cómo he de estar?—dice Matheu con marcadísimo acento catalán.

Me parece observar que el preso nos mira con inquietud, y le digo...

—Tranquilícese. Puede usted hablar sin recelo. Yo no soy policía ni juez...

Entonces él sonríe.

—Sí, sí...—exclama—. Ya sé quién es usted. Le conozco bastante... Es más: le esperaba...

Ya esta explicación parece acercar nuestros espíritus. Estoy seguro de que él sólo ve en mí al escritor que gusta asomarse al abismo de las vidas que la Fatalidad o la Fortuna eleva sobre la plataforma de la actualidad. Yo veo en él al fanático; la voluntad rectilínea y resuelta del obcecado, que cree que la muerte puede ser una solución. Así está Matheu ante nosotros. Su cuerpc fuerte se dibuja en la penumbra de la reja, y sus manos se cruzan sobre el pecho con el ademán del atleta que, después del triunfo circense, espera el elogio sin desearlo, con la sencillez del hombre que cree que ha cumplido con un deber... Es lamentable quizá, pero es cierto. Aun predispuesto en contra, la figura de Matheu no inspira antipatía. En su rostro no se aprecia ningún síntoma de esa

degeneración que registran psiquiatras en los criminales y en los exaltados. Lo que da simpatía al rostro de Matheu es su vulgar sencillez de hombre rústico y la serena ingenuidad, casi infantil, de su gesto...

—¿Qué tal la noche?—le pregunto...

—Ya puede ver; aunque un poco incómodo, al fin he conseguido dormir bien. Quizá porque ya estaba tranquilo.

—¿Tranquilo?—le pregunto sorprendido.

—Sí; créame usted. Lo que más molesta en las grandes catástrofes no es el hecho mismo, sino la inquietud, el no tener la certidumbre de cuándo se resolverá la situación difícil. Yo creo que es menos desagradable sentirse morir que estar esperando la muerte sin saber cuándo va a llegar... Casi estoy por decir que me alegro de que se haya ya resuelto este asunto.

—¡Pero, hombre!—repuse extrañado—. ¿Y usted sabe ciertamente lo que ha arriesgado al ser detenido?...

—¡Ya lo creo!—exclama con firmeza.

—¿Y no ha vacilado usted en jugarse la vida?

Matheu me mira fijamente con gran serenidad, y me dice con acento de convencido:

—¿Qué vale una vida ante la realización de un ideal?

Impresiona la dura firmeza de este sujeto.

—¿Quiere que hablemos un poco de su vida?...

—Bien. Usted vaya preguntándome, y ya veremos.

—¿Cómo concibió usted la idea de matar a Dato?

—Porque era necesario.

—¿Tal vez por venganza por las represiones de Barcelona?

—No... Le juro que ni por venganza ni por rencor. Yo no había visto jamás a ese señor Dato. Le maté, porque... ¡era necesario! Si se hubiese podido arreglar la cosa de otro modo, hubiera sido mejor... Desde hace un mes, yo le he escrito anónimos al presidente del Consejo incitándole a que cambiara de política... No hizo caso, desgraciadamente, y su sino y el nuestro estaban en que nos encontráramos.

—¿Desde cuándo está usted en Madrid?

—Desde una mañana de enero. Recuerdo que estaba nevando, cosa que yo no había visto nunca...

—¿Qué impresión le produjo Madrid?

—La de un pueblo resignado. Viniendo de

Barcelona, que es como un volcán en agitación, Madrid parece un pueblo dormido, cloroformizado. La gente no se preocupa de nada, ni hay en la clase oprimida verdadero espíritu de sacrificio y de lucha... ¡Oh!—exclama convencido—. Si en Madrid hubiera la organización y la voluntad que en otros sitios, no me hubieran cogido a mí... Me hubieran sobrado casas donde ocultarme.

—Entonces, ¿cree usted que cogerán también a sus compañeros?

—Me parece muy difícil. Además, ellos no se dejarán coger como yo... Pero no creo que se llegue a eso; están bien seguros.

—¿Usted sabe dónde?

—Naturalmente. Yo sé dónde están en estos mismos instantes.

—¿Los dos? Porque, según se dice, eran ustedes tres.

—Tal vez más — responde, eludiendo sin concretar.

—Y de ellos, ¿fué Ramón, el que vivía con usted, el conductor de la *moto?*

Matheu me ataja, rogándome tímidamente:

—Amigo: hágase cargo de mis circunstancias... De mí puedo hablar todo lo que quiera; pero le ruego no me pregunte nada sobre

los otros compañeros. Mi deber es no saber nada de ellos.

—Bien—acepto—. ¿Qué vida hizo usted antes del atentado?

—Muy buena; divertirme y conocer Madrid.

—¿Y al mismo tiempo preparaba usted el hecho?

—Sí; lo primero fué espiar al señor Dato y elegir ocasión. Tardamos bastante. ¡No era tan fácil matar al presidente del Consejo de Ministros! Salía poco a pie, y, aunque digan lo contrario, iba siempre rodeado de Policía. ¡Si lo sabré yo! En vista de esto, a mi compañero, que es muy ingenioso, se le ocurrió lo de la *moto*. A mí me agradó la idea, porque tenía algo de película.

—¿Qué hizo el día del crimen?

—La vida corriente... Comí, me afeité, di un paseo; inspeccionamos bien la *moto*, que estaba preparada desde el día antes; nos pusimos de acuerdo en los últimos detalles, y... a esperar la hora...

—¿Estaría usted nervioso?

—No; impaciente nada más. En el momento de montar en la *moto* tuve la sensación del hombre que va a emprender un viaje largo.

El preso sonríe levemente y añade:

—Vea usted que no me equivocaba; todavía estoy de camino.

—¿La *moto* estuvo parada en la Cibeles acechando al coche presidencial?

—¡Ca! No, señor. Hicimos varias veces el recorrido desde la plaza de Isabel II hasta la estatua de Espartero; así se evitaban los curiosos que rodean una máquina parada.

—¿Habían ustedes elegido precisamente la plaza de la Independencia para realizar el atentado?

—No. Habíamos pensado mejor en la de Cibeles, porque aquella otra sólo dista medio minuto de la casa del Presidente; pero, en fin, eso quedaba a mi cargo.

—¿Sólo al de usted?

—Sí; porque yo era el que debía de dar la señal disparando el primer tiro.

—Como lo hizo usted...

—Cierto... No me decidí en Cibeles, porque había en aquel momento demasiada circulación de tranvías y coches que podrían estorbarnos. La *moto* siguió Alcalá arriba detrás del *auto*, con el que nos emparejamos en seguida. Yo vi entonces al Presidente unos segundos; iba recostado sobre el lado derecho del coche; llevaba el sombrero echado un poco hacia atrás, y parecía fatigado... Como

tenía la vista fija al frente, no reparó que yo le miraba; en esto íbamos a desembocar en la plaza; yo, que llevaba empuñada la pistola, me alcé en mi asiento y miré hacia atrás; la suerte nos favorecía; no vi que nos siguiera nadie. Entonces di el grito, y por la ventanilla, casi a boca de jarro, hice el primer disparo. Nuestro propósito era matarle frente a frente; pero el chófer, aunque se haya dicho otra cosa, oyó el tiro y aceleró la marcha; el magnífico *Hudson* salió como un diablo, dejándonos a la zaga; entonces le perseguimos, disparando por detrás, hasta agotar siete cargadores. El automóvil alcanzaba ya otra vez la calle de Alcalá, cuando le hicimos el último disparo, a más de veinte metros.

—¿Supieron ustedes en el instante si habían logrado su objeto?

—Por mi parte yo creía que sí, porque tengo regular puntería; pero mi compañero no estaba seguro.

—¿Fué muy rápida la agresión?...

—Sí; una cosa matemática; la teníamos calculada en unos doce segundos, y así fué. En seguida la *moto* viró por Serrano y bajamos tranquilamente por Goya; ¡mi compañero es un gran motorista!... De la Castellana a Ciudad Lineal fuimos volando. Con decirle

a usted que a los treinta y cinco minutos del atentado estábamos ya en nuestra casa, a pesar de que el guardar la *moto* nos entretuvo bastante...

—¿Es verdad que presenció usted el entierro del Presidente?

—Verdad. Lo vi desfilar, subido en un banco de Recoletos, y seguí con el cortejo hasta Neptuno. ¡Si supiera usted qué tentaciones tuve! Pero no hubo ocasión. Además, yo ya tenía cumplido mi deber.

—¿Era la primera vez que cometía usted un atentado?

—Sí; ha sido mi *début;* antes de ahora ni siquiera haber reñido con nadie.

—¿Nunca sintió usted intenciones de matar a un hombre por un agravio o a una mujer por celos?

Matheu, con la voz firme, llevándose la mano al corazón, me contesta:

—Jamás; le doy mi palabra; si yo maté al señor Dato fué porque creía hacer bien, no por instinto sanguinario.

—Le creo; a mí me da usted la sensación de un buen chico decidido, pero ingenuo. De seguro usted obró dominado, sugestionado por alguien que se le ha impuesto. ¿Verdad?

—¡Bah! No sé; pero, en el fondo, el motivo no importa; bastaba con que por lo que fuese yo estuviera dispuesto a sacrificarme.

—Le ruego que se acerque—le invité.

Y cuando Matheu aproxima su rostro a la reja, yo le pregunto en voz baja:

—Dígame usted lealmente: ¿No ha tenido un instante de vacilación, de remordimiento? ¿No ha deseado usted que todo lo pasado fuera un sueño espantoso, que no hubiese pasado nada y estar lejos de aquí?...

Con la misma impasible firmeza, el anarquista contesta:

—¡Qué más da! Mi misión era ésa, y un día u otro, de todos modos, yo hubiera matado al presidente del Consejo de ministros de España. ¡Era nuestro sino!...

EL CORONEL CASTRO GIRONA



EL CORONEL CASTRO GIRONA HEROICO SOLDADO DE ESPAÑA

El coronel Castro Girona me recibe en una habitación de su domicilio, aún alterado por el trastorno de una rápida mudanza.

Apenas traspaso el umbral del cuarto, le veo frente a mí, cuadrado militarmente, y brindándome sus dos manos con un noble gesto efusivo.

—¡Mi coronel!...

—Esperaba su visita. Tenía un vivo interés en conocer a usted. En campaña, a veces, hay treguas que nos permiten leer y yo le he seguido de cerca... Pero—se interrumpe vivaz en seguida—siéntese aquí mismo.

Y con él, tomamos asiento en un *chaiselongue*. Queda el bizarro militar en un extremo y contemplo con interés su figura pequeña, tipo clásico del infante español, menudo, nervioso y fuerte. En su rostro cetrino, los ojos,

como dos diminutas cuentas de azabache, tienen un vivo fulgor. El coronel usa un espeso bigote negro de veterano, y su piel está tan curtida por el aire y el sol de las campañas, que sobre sus pulsos musculosos los puños nítidos de la camisa ponen una pincelada de violento contraste. Viste rigurosamente de luto, y, como rimando con su traje de duelo, hay en su rostro una expresión de hondo dolor; ese hondo dolor de los hombres muy bravos que sólo saben llorar con el alma. Es simpático, de una simpatía emocional que hace más intensa su timidez y su modestia, esas dos virtudes de los grandes estoicos que, porque saben arriesgar gallardamente el supremo don de la vida, no dan importancia a las vanidades que a los demás halagan...

Cuerpo pequeño y recio de atleta y alma de héroe, es el coronel Alberto Castro Girona uno y quizá el más brillante prestigio del ejército español en Africa.

—Perdone usted, mi coronel—me disculpo—, que venga como periodista a turbar su dolor en estos momentos. Le aseguro que mi visita a usted no es el producto de la trágica actualidad que su nombre tiene hoy. No. Desde hace tiempo esperaba su llegada a España

para esta entrevista. Quería rendir a usted y a su historia militar el homenaje de mi admiración, ya que de unos años a esta parte había oído en labios de todos sus compañeros elogios de usted como de uno de los jefes más reputados y valientes del ejército de Marruecos...

—¡No, por Dios! Yo he hecho lo que todos: cumplir con mi deber.

—Pues hasta aquí la fama de sus hazañas ha llegado como la de un héroe de leyenda... Había leído que sus compañeros, y hasta elementos civiles, pensaban rendirle un homenaje al llegar usted a Madrid. ¿Cuál ha sido la causa de este viaje?

—Mi ascenso a coronel. El régimen que ahora se sigue en los ascensos me obligaba a venir a la Península. Con este motivo, mis compañeros querían obsequiarme por ser yo uno de los tres primeros jefes españoles al que han concedido la Medalla Militar... Estoy en Madrid desde el día 9, esperando posesionarme de mi destino.

—¿Habrá usted dejado con pena su puesto en Africa?

—¡Figúrese! Como el que deja aquello que ha sido toda su vida. Yo siempre estuve frente al enemigo, y quizá por eso creo que

si soy útil en algún sitio es en Marruecos...

—¿Cuándo empezó usted su carrera militar?

—Procedo del Colegio de Huérfanos de María Cristina.

—¿Luego es usted hijo de militar?

—Mi padre murió de capitán, a consecuencia de una herida que recibió en Filipinas. En Puerto Princesa nacimos mi hermano y yo... Nuestra madre es filipina... Ahora está en León. ¡La pobre vieja!—lamentó.

—¿Y allí ha sabido la desgracia de su hermano?

—Tal como ha sido, no. Cree que mi hermano ha muerto en campaña... Aunque parezca extraño, esto es menos doloroso para la madre de un militar, porque al cabo es del modo que espera que muera su hijo...

Hace una pausa de resignación y de amargura, como evocando la figura de la noble anciana, que cree llorar a un hijo sacrificado a la Patria... Y continúa:

—El año 95 salí de la Academia de Toledo y embarqué para Cuba. Allí estuve hasta el 98. De regreso a España, en el regimiento de Burgos, en León, serví hasta que me diplomé en la Escuela de Guerra. Después salí para Africa a mandar una compañía de moros de

la milicia voluntaria de Ceuta, el año 1912. Al siguiente tuve la suerte de ser el primero que al frente de mi compañía entró en la alcazaba de Tetuán. Me ascendieron por méritos de guerra a comandante, y entré a formar parte de la brigada de Cazadores de Primo de Rivera y combatí en todas las acciones de aquella época.

—¿Y no tuvo usted ningún contratiempo?

—No; afortunamente, hasta ahora, las balas me han respetado. Tengo una gran suerte personal. Y, ¡ya ve usted!, quizá como un contraste, la fatalidad me hiere siempre en las personas que quiero. He visto morir a mi lado a mis compañeros más queridos, a mis ordenanzas más fieles. Y ahora, cuando menos lo esperaba, ¡a mi hermano!...

—Sí—apruebo, subrayando su gesto de pena—. Para usted habrá sido un golpe tremendo...

—Nadie puede imaginarlo. Únicamente yo, y no sé explicarlo... Sólo puedo decir que me he visto en situaciones angustiosas, cercado, en peligro, en la zozobra más aguda, temiendo el fracaso, luchando sin comer, sin dormir, ¡hasta a punto de pegarme un tiro de desesperación! Pues bien: ¡nunca he sufrido tanto como ahora! Porque en la mayor an-

gustia, frente al enemigo, siempre queda el recurso de gritar, de desahogar la pena luchando, jugándose la vida... ¡Pero este dolor inesperado y sin remedio!...

—Su hermano—interrumpo—era también un prestigioso jefe.

—Tenía una capacidad militar y un talento extraordinarios. Además, era muy bravo... Para mí, por su edad, por como hemos vivido y luchado solos y huérfanos, los dos juntos, era un camarada entrañable, el amigo mejor...

—¿Cómo se enteró de la desgracia?—inquirí.

—Para evitarme toda contrariedad, tuvo mi hermano la delicadeza de no avisarme la llegada. Sabía él que yo no le hubiese abandonado en ningún momento de peligro...

—Entonces, ¿usted no estuvo en la estación?

—No; el que estuvo fué nuestro hermanastro. Y claro, de éste se pudo separar alegando que esperaba una Comisión de Africa. A mí no me hubiese podido alejar con este pretexto, y yo le hubiera acompañado. ¡Entonces tal vez no habrían sucedido las cosas como ocurrieron!

—¿Hubiera usted impedido que su hermano llegase a un trance extremo?

—No. Como caballero y militar, si hubiese sido necesario, yo hasta habría servido de padrino a mi propio hermano. Que dos hombres, cuando hay motivo para ello, arriesguen su vida cara a cara, lealmente y en igualdad de condiciones, no tiene importancia. Lo que no puede ser es que caiga un hombre valiente como ha muerto el teniente coronel Castro... Pero yo confío en que se hará justicia.

Al decir estas palabras, el coronel, que habla hasta ahora con una gran serenidad, hace vibrar su voz enérgica y por sus ojos cruza un relámpago...

—¿Cómo supo usted lo ocurrido?

—Cuando regresaba a casa, a la una de la tarde. El comandante Muñoz Delgado me dijo que mi hermano estaba gravemente herido en el hospital del Buen Suceso... Fué una atenuación piadosa de mi amigo... Cuando yo pude abrazar a mi hermano, ya estaba yerto, frío, muerto desde unas horas antes...

No puede continuar hablando el bravo coronel Castro Girona. Sus pupilas se arrasan de lágrimas y se cubre el rostro con las manos en un ademán de supremo dolor...

Conmovidos por la pena tán honda de este militar tan valiente, comprendiendo la an-

gustia inmensa que es capaz de debilitar el alma heroica del bizarro veterano, respetamos con una pausa su congoja y, cambiando la conversación, le pregunto:

—Bueno, mi coronel. Quedamos en África y en que ascendió usted a comandante por méritos de guerra...

Nos agradece el haber eludido el doloroso tema y, ya completamente sereno, contesta:

—Sí; el general Marina me encargó de la jefatura de información y policía. Esto fué lo que me preparó para la labor que he hecho después. En mi relación constante con las kabilas enemigas, pude ir estudiando a los moros, su política, su organización y sus medios de lucha. Fuí ascendido a teniente coronel y organicé la mehalla del Jalifa, unos ochocientos moros de los indomables y bravíos del Rif. En el primer combate que tomamos parte no me satisfizo la táctica de lucha española, y entonces adopté el sistema de ellos, o sea combatir abiertos y de pronto lanzarse con ímpetu sobre el enemigo. El cambio dió grandes resultados. El diez y ocho y diez y nueve de marzo último tuvimos una acción y me posesioné de ciento veinte kilómetros cuadrados. El día veintiuno volvimos a combatir rudamente, y después

de otra acción muy empeñada, el veinticinco tomamos el monte Cónico.

—¿Cuál es la operación más interesante y peligrosa que ha realizado?

—Para mí la más interesante fué la de Gorgues; en un macizo montañoso se apostaban los moros que hostilizaban a Tetuán. Las fuerzas de regulares habían intentado desalojarlos y desistieron después de sufrir bastantes bajas. Yo, una noche, con doscientos hombres y veinticinco caballos, tomé Ben-Karrich y dispersé al enemigo, que sólo pudo causarme doce bajas... El veintisiete de octubre tomé el zoco de Arbaá de Beni-Hassan, pasando, durante la noche, a doscientos metros de las guardias del Raisuni. Después, el cuatro de octubre, tomé Zakia Xoruta y Dar-Akoba, que fué el punto de partida para escalar las alturas del monte del Kalaa que domina a Xauen. Esta operación fué la más emocionante de mi vida de campaña y la que más angustias y satisfacciones me ha pro ducido.

—¿Quiere usted explicármela, coronel?

—Para subir al monte, por lo abrupto del terreno, había que prescindir de toda impedimenta y escalar la altura casi a brazo, por entre peñas y breñales. A las ocho de la no-

che nos pusimos en marcha, sin caballos ni artillería y con la dotación reforzada.

—¿Usted también iba a pie?

—Hombre, como todos, y delante, porque a los moros, para estimularlos, hay que darles este ejemplo. Son gente brava, y lo que más estiman es que el que los manda arriesgue tanto como ellos... Al pasar Uad-Lau cruzamos un aduar, y como los perros ladraron a nuestro paso, se apercibieron las cercanas guardias enemigas y empezaron a encender hogueras... Fué un momento crítico. En este instante, mis moros leales me dijeron: «¡Coronel, el tabor de Regulares que nos acompañaba ha desaparecido!» Imagine usted mi zozobra, que ha sido una de las más grandes de mi vida. Solo, en medio de la noche, creyendo perdida toda una columna del tabor de Regulares y sin poder tocar los pitos, ni hacer señales, ni gritar para orientarles... Gracias a que mis moros se lanzaron por el campo, y al cabo de una hora de angustia encontraron a los extraviados... Fué una difícil expedición. Pero, matemáticamente, a las seis de la mañana mis tropas coronaban el Kalaa... Conforme al plan, las columnas de las plazas atacaron de frente al enemigo, y éste, que no sabía que yo estaba

detrás, aceptó el combate... En el momento preciso yo ataqué a retaguardia y cogí a tres mil hombres por la espalda... Después de una noche tan cruel fué aquel mi momento feliz. La acción estaba ganada, y yo, desde la cumbre, veía las casas blancas de la ciudad santa, las cúpulas de Xauen, la deseada.

—En donde entraron ustedes aquella mañana...

—Sí; a las diez y veinte tomábamos la plaza entre el júbilo extraordinario de los habitantes. Cuando yo pisé Xauen, ya era un despojo humano. Estaba rendido, casi muerto; llevaba tres días sin dormir, sin comer apenas, luchando, conferenciando y preparando nuestra entrada en la ciudad santa... Pero, al fin, habíamos logrado nuestro objeto.

—¿Y esto le compensó de todo?

—Sí. Se goza del éxito, no por uno mismo, sino por las inquietudes morales. Créame usted que lo que más nos importa no es la propia vida, que se arriesga con gusto, sino la responsabilidad de las vidas que llevamos detrás confiadas a nuestro mando...

—He oído decir que era usted el ídolo de sus soldados.

—¡Claro! Ellos son muy buenos, y además como los llevaba de éxito en éxito...

Hubo una pausa durante la cual medité una pregunta y...

—¿Cree usted, coronel, que el problema de África podrá resolverlo definitivamente España, o será siempre un motivo de inquietud y de guerra?

—No; yo creo que se puede resolver en un par de años.

—¿Y será el general Berenguer el que lo resuelva?

—El general Berenguer tiene grandes condiciones militares y puede resolverlo.

—¿Es tal vez Berenguer el más apto comisario que ha tenido España en Marruecos?

—Eso no puedo decirlo yo. Sólo le repito que el general Berenguer tiene capacidad suficiente para pacificar Marruecos. Hoy, precisamente en estos momentos, se estará realizando allí la operación de Beni-Aros, que es muy importante...

Se adivina en la voz del coronel un dejo melancólico, tal vez amargado por las nostalgias de la guerra, de esa nueva campaña en la que él, de seguro, siente no luchar...

Pensando en esto, le pregunto:

—¿Usted hubiera deseado seguir en África?

—Desde luego. Aquello es mi elemento, mi

vida, y estoy compenetrado con aquel ambiente.

—¿Allí vió usted a su hermano por última vez?

—Sí; antes de venir a la Península estuve a verle en Larache, donde, por cierto, el general Barrera me hizo un recibimiento cariñosísimo.

—¿Y no supo usted nada del drama familiar que se iba engendrando?

—No. Ni lo hubiera sabido jamás. Hay cosas que, aunque fueran ciertas, un caballero no las dice ni en trance de muerte.

—Lo que yo no me explico, coronel, es en calidad de qué acompañaban dos militares al capitán Barrera.

—Supongo que en calidad de padrinos.

—Pero es absurdo que los padrinos pongan al habla a dos antagonistas, en tan grave trance, sin tomar precauciones. Y más absurdo todavía, que se exija una confesión que en todo caso deshonraría a uno de los caballeros... Nadie se explica esto.

El coronel, con gran energía, exclama:

—¡Todo lo que ha ocurrido aquí es inaudito y raro! Lo tristemente cierto es que mi hermano, vestido de uniforme, iba solo, sin armas, confiado lealmente a tres caballeros...

Y que quedó muerto, a tiros y su cuerpo abandonado en un jardín público... Pero yo espero aún fríamente, ¡y confío en que se hará justicia!...

Y la voz del coronel Castro Girona tiene un trémulo solemne, como de promesa y de juramento, que da escalofrío...

DON EDUARDO MARISTANY



DON EDUARDO MARISTANY

QUÉ quiere usted! Es un vicio. No sé trabajar más que en asuntos de ferrocarriles, en sus diversos aspectos. Fuera de esto, nada me entretiene ni me distrae. Así, pues, las diez o doce horas que diariamente dedico al ferrocarril no constituyen para mí, en realidad, sacrificio alguno, pues no sabría estar sin hacer nada, y nada sé hacer que no sea esto—me dijo el Sr. Maristany, sonriendo con amable sencillez.

Sencillez; este es, a primera vista, el rasgo más característico de D. Eduardo Maristany... Una elegante sencillez, con la cual se apodera en seguida del espíritu de su interlocutor. Con su voz reposada y segura, sus ademanes apacibles, su gesto familiar simpático, su cabeza plateada y venerable, y sus amables golpecitos de cordialidad, ejerce

una sugestión irresistible, que tal vez sea lo llamado «don de gentes».

—Siga usted, don Eduardo—le invité.

—No, usted es el que ha de preguntarme; yo soy el reo—contestó, sonriendo.

—Decía usted que trabajar en ferrocarriles constituía para su espíritu un placer.

—Sí, señor. Y que sólo cuando no duermo, porque las preocupaciones y los sinsabores me atormentan y paso noches y más noches sin conciliar el sueño, es cuando el trabajo llega a hacérseme una carga.

—Yo he venido a preguntarle a usted sobre ferrocarriles y transportes. A ver si entre todos ayudamos a desvanecer este conflicto... ¿Cómo se explica usted la actual dificultad de transportes?...

—Mire usted: El ferrocarril es un complicado organismo de elementos diversos, que son las líneas, las estaciones, el material de arrastre, el de tracción, cada uno de los cuales, servido por el personal idóneo y suficiente, es susceptible de una cierta capacidad de trabajo. Como todo organismo, es también capaz de cierta elasticidad; de manera que puede, en determinadas circunstancias y ocasiones, dar un rendimiento superior al normal. Pero el límite de elasticidad no puede

rebasarse sin peligro de rotura, y éste es el caso. Las líneas, las estaciones, el material de arrastre y motor de que disponía la Compañía de M. Z. A. al iniciarse la guerra, por las grandes adquisiciones de material móvil realizadas en los últimos años y por las importantísimas obras de ampliación y mejora llevadas a cabo en las líneas y estaciones, invirtiendo cuantiosísimas sumas—104 millones de pesetas desde 1901 a 1914—, eran sobradamente suficientes para atender al tráfico que entonces acudía a sus líneas. Pero, a consecuencia del aumento de producción minera, del desarrollo de muchas industrias nacionales y de la falta de cabotaje, como consecuencia de la guerra, el tráfico que acude ahora al ferrocarril ha crecido en proporción notabilísima, y los elementos que antes eran sobrados para atender al que se hacía son ahora marcadamente insuficientes para el que se ha desarrollado, pues ha crecido en más de un 25 por 100 en el transcurso de los dos últimos años. Como el *outillage* no se improvisa y, por otra parte, no hay posibilidad material de adquirir en el país muchos de los elementos necesarios, y ahora no se pueden ir a buscar al extranjero, resulta que se halla actual-

mente en completa discordancia el trabajo a realizar con los útiles para llevarlo a cabo.

—¿No se podría intensificar el movimiento en las líneas de M. Z. A., y con ello se conseguiría contribuir a la solución del conflicto?...

—No, señor. El máximo rendimiento de que son capaces los elementos de que actualmente disponemos está ya alcanzado. Para aumentar aquél es preciso reforzar éstos, y este refuerzo ha de consistir en construir nuevas vías y estaciones de clasificación, nuevos muelles, adquirir vagones y locomotoras. En la medida de lo posible, la Compañía dirige hacia este fin sus esfuerzos; pero los obstáculos con que tropieza son invencibles. Prescindiendo del coste enorme de todos los materiales, no tenemos carriles con que construir todas las vías que necesitamos, porque nuestros abastecedores no nos dan los que tenemos contratados. Lo mismo nos sucede con los vagones, porque los constructores no reciben, según dicen, los ejes montados para los mismos de las fábricas siderúrgicas. Y en cuanto a las locomotoras, ante la inseguridad actual y los graves riesgos de ir a buscarlas a los Estados Unidos a precios prohibitivos, único mercado extran-

jero en la actualidad, hay que renunciar a ello. Por el pronto, pues, no puede ya sacarse más provecho del que se obtiene en las líneas de M. Z. A.; a medida que se disponga de nuevos elementos, podrá ir aumentándose, en consecuencia, el rendimiento; pero, desgraciadamente, es otro el gravísimo problema de estos momentos, que no sólo nos impedirá intensificar el servicio, sino que probablemente nos obligará a reducir el actual de un modo considerable.

—¿La falta de carbón?

—Sí, señor; la falta de carbón impedirá que funcionen todas las locomotoras. Cada día gastamos 1.700 toneladas, y no recibimos más que 1.000 ó 1.100; y si bien hasta ahora, gracias a nuestro *stock* de previsión, hemos podido ir supliendo la diferencia, ya el *stock* está agotándose y sólo la intensificación de las entregas, en proporción adecuada y de una manera inmediata, podría evitar la grave perturbación que crearía la inevitable reducción de los servicios.

—¿Qué medidas cree usted deberían ponerse en movimiento para solucionar el conflicto de los transportes?

Don Eduardo hizo un gesto de desaliento.

—El conflicto de los transportes —muy

duro y desalentador es confesarlo—no tiene solución. Las mismas causas que lo originan lo demuestran. La falta de elementos en consonancia con la importancia del tráfico a realizar, no puede solucionarse, porque no hay donde procurarse los que faltan con la necesaria rapidez, ni pueden las obras improvisarse, ni la situación de las Compañías, con la negra perspectiva inmediata y el enorme precio de los materiales, y especialmente del carbón, ha de permitirlas realizar desembolsos considerables, que exigirían nuevos y fuertes empréstitos, para cuyo servicio de intereses y amortización sufrirían sus cargas financieras aumentos considerables que, sumados a los fabulosos gastos de la explotación, harían imposible su vida económica, aun sacrificando por completo el rendimiento de su capital accionista, lo que no sería aceptable ni justo. No caben, pues, más que paliativos, medidas acertadas, pocas y buenas, para hacer más llevadero el conflicto. Ante todo y sobre todo, es evidente que lo que conviene a la nación entera es que el conflicto no degenere en catástrofe. Esta se producirá, indiscutiblemente, en cuanto, agotado del todo el *stock*, las Compañías no reciban el carbón necesario para continuar prestando todo el servicio

actual. Es, pues, evidente que, por encima de todo, para que la catástrofe general, que a todos alcanzaría, no se produzca, debe asegurarse, ya que, por su parte, tienen las Compañías carbón contratado en cantidad sobradísima para ello, que éstas reciban todo el que su actual servicio reclama, y es necesario, para reconstituir su *stock*, que, repartido entre los cuarenta depósitos en donde se surten las máquinas de Madrid a Zaragoza y Alicante, asegure las posibles irregularidades e interrupciones de los suministros por temporales, huelgas, etc., etc. Esto conseguido, es indudable que debe tenderse a descongestionar el ferrocarril organizando un cabotaje verdad, que hoy no existe, con un servicio regular y ordenado y con precios aceptables, para que una buena parte del tráfico, ya que las condiciones geográficas de la Península, con su extenso litoral, tanto lo favorecen, pueda desviarse del ferrocarril y acudir al mar, lo que hoy no se logra por la inseguridad de los servicios en éste y por el coste fabuloso de los fletes. Otra medida de gran necesidad es la de que, en cuanto una estación se halle atascada por exceso de vagones que no puedan descargarse y por tener los muelles abarrotados, en los que ya no quepa más

mercancía, se pueda, con facilidad de trámites y rapidez, suspender las facturaciones de o para dicha estación, según sea el atasco de salida o llegada. Porque, ¿de qué sirve que se siga facturando si los vagones no han de poderse descargar? Sencillamente, de aumentar el número de vagones cargados que esperan días y días el turno de descarga, imposibilitando que puedan aprovecharse para hacer otros tráficos en otras direcciones y para otros destinos. Finalmente, y si aun con todas esas medidas, el tráfico resultase excesivo para la capacidad de los ferrocarriles, habría de tomar el Gobierno las disposiciones necesarias para disponer, según la época del año y las regiones, qué tráficos son los que deben suprimirse y en qué proporción, acudiendo en auxilio de ellos en la forma que se creyera conveniente, para dejar asegurados los que sean preferentes a la vida de la nación.

—¿Encuentran ustedes eficaz ayuda en el actual ministro de Fomento para la solución de conflictos?...

—El actual ministro de Fomento, a quien inmediatamente después de tomar posesión enteré de la situación difícil en que se hallaba la Compañía y de las consecuencias a que había de dar lugar si continuábamos como

hasta entonces, y desde hacía varios meses, recibiendo mucho menos carbón del que gastábamos, se hizo cargo desde el primer momento del problema, y siempre ha estado animado de la mejor voluntad para conjurar el peligro, habiendo hallado en él indiscutible apoyo. De lamentar es que, desde hace muchos meses, no se hubiesen atendido nuestras indicaciones y peticiones para que se procurara, ante todo, asegurar a las Compañías el suministro de combustible necesario para hacer el máximo servicio, puesto que de él depende el que puedan prestarse todos los demás. Erróneamente se consideraron entonces excesivas y egoístas las pretensiones de las Compañías y se las tildó de acaparadoras, sin tener en cuenta que su previsión en este punto había de empezar por significarles un grave quebranto económico por los muchos millones de pesetas que debían de tener inmovilizados en el *stock* de carbón, quebranto que arrostraban decididas, sin embargo, para asegurar el mantenimiento del servicio público que tienen confiado.

—Y dígame, don Eduardo: ¿Hay en la actualidad dificultades en España para la construcción de material?...

—Los coches y vagones hace ya años que

vienen construyéndose en España; pero actualmente no logra conseguirse de las casas constructoras que hagan las entregas del material pendiente, porque las fábricas metalúrgicas españolas no les facilitan, según parece, los elementos metálicos necesarios. La Compañía de Madrid a Zaragoza y Alicante tiene actualmente contratados en España, y pendientes de recepción, ciento setenta y cinco coches; de ellos ciento veinte montados en bogies, y mil quinientos cincuenta vagones; y de todo este material sólo confía recibir en plazo próximo cuatrocientos vagones, para lo cual ha tenido la propia Compañía que facilitar sus ejes con las ruedas de los que tenía de reserva. Y cuente usted que el precio de cada vagón y de cada coche es ahora de tres o cuatro veces al que regía antes de la guerra.

—¿Y locomotoras?

—Las locomotoras venían adquiriéndolas las Compañías españolas casi totalmente de fábricas alemanas antes de la guerra, porque a la bondad del producto se unía la ventaja del precio por causa del *dunping* (prima sobre la exportación). Pero desde que la guerra estalló, el único mercado extranjero de locomotoras ha sido el de los Estados Uni-

dos, y a él han acudido las Compañías mientras ha sido posible; pero ya no lo es hoy día, porque a los serios riesgos que ofrece se une el coste enorme, que se acercaría, para cada locomotora puesta en España, a 600.000 pesetas, cuando antes de la guerra costaban de 120 a 140.000 pesetas. Afortunadamente, este asunto, que me preocupaba mucho, puede darse por resuelto. Mis gestiones han tenido el éxito más feliz. La Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona, Sociedad de gran importancia y de justa y merecida reputación, ha llevado a cabo una importantísima ampliación de capital, en la que han participado las dos grandes Compañías de ferrocarriles españolas, para montar nuevos talleres, especialmente destinados a la construcción de locomotoras en gran escala. La capacidad de los nuevos talleres, en pleno desarrollo, permitirá construir 100 locomotoras anuales y reparar otras tantas. La Compañía de Madrid a Zaragoza y Alicante ha encargado ya la construcción de 50 locomotoras de gran potencia a esta Sociedad.

—Una última pregunta, don Eduardo—dije, poniéndome de pie—: ¿Qué medidas tomó usted en agosto para que su personal no se hiciera solidario de la huelga?...

—Una sola, y bien sencilla. Hablar a mi personal con el corazón en la mano. Tuve la suerte inmensa, para el bien del país y de la Compañía, y del propio personal, de que éste viese muy claras las consecuencias terribles que una mal entendida solidaridad, única razón que podía invocarse para arrastrarle a la huelga, había de tener. Con una sensatez y cordura que merecen las mayores alabanzas, el personal de M. Z. A. evitó en aquella ocasión, con su resuelta y decidida actitud de orden, días tristes a la Patria.

LOS DOS MOSQUETEROS (1.ª PARTE GÓMEZ CARRILLO)



LOS DOS MOSQUETEROS

PRIMERA PARTE

GÓMEZ CARRILLO

Alejandro Dumas escribió *Los tres mosqueteros.*

Yo no titulo este artículo de la misma manera, por no plagiar al maestro... Tampoco lo titulo *Los cuatro mosqueteros*, por el vago temor de que se crea que aspiro a eclipsar a Dumas.

Así está bien: *Los dos mosqueteros.*

¿Quiénes son éstos?... Enrique Gómez Carrillo y Benigno Varela. Los dos más bravos de la ciudad apacible... Los que en estos momentos sostienen un recitado de frases arrogantes, mientras las magníficas espadas se enmohecen en las panoplias...

¡Oh! Pero ya llegará el instante en que callen los labios y hablen los terribles aceros...

Y por si puedo evitar la catástrofe de que los dos temibles mosqueteros se pongan frente a frente, me he tomado la libertad de mediar en la cuestión... Claro que con una poca de intranquilidad. A lo mejor la diestra e inquieta espada de uno de ellos deja escapar una certera estocada en busca de mi nobilísimo corazón... ¡Oh! Y que según asegura la voz miedosa de los Crispines de la ciudad, manejan ambos los aceros con tal destreza, que el mismo Satanás no podría vencerlos... ¡Qué miedo!...

Mis simpáticos mosqueteros. No me miréis ya en actitud de reto... Dejadme vivir tranquilo y no me pongáis en el caso de hacer testamento, en el momento en que los dictados de mi corazón respecto a ustedes son más nobles que nunca... Yo os quiero y os compadezco un poco por el tiempo que perdéis levantando actas, dando instrucciones, escribiendo cartas y acariciando las livianas y agudas puntas de vuestros aceros. Yo, a pesar de lo que murmuran los Crispines de la ciudad, creo que vuestras manos esgrimen mejor la pluma que los gavilanes de la espada... Y si yo os admiro por algo es por esto, no por vuestra fanfarronería mosqueteril; porque hombres de corazón bien templado

que sepan jugarse la vida a cara o cruz hay muchos en España... En cambio, buenos escritores hay muy pocos...

Perdonad mi sinceridad... Yo no sé hablar de otra manera a los cámaradas.

Y...

....

....

Pasé con Carrillo al despacho del director de *El Liberal;* a su despacho...

—Es una información rara que se me ha ocurrido—empecé diciéndole.

—A ver, diga usted.

—Yo quería que hablásemos de los últimos incidentes de su vida... De su enfermedad..., de la dirección de *El Liberal*, de esa cuestión pendiente con Benigno Varela...

—Encantado... Pregunte usted—aceptó Carrillo, ofreciéndome un cigarrillo egipcio.

Gómez Carrillo, contra lo que dicen sus enemigos, es un hombre extraordinariamente sugestivo y afectuoso, con esa llana y correcta efusión de los actores franceses... Esta efusión de Gómez Carrillo, un poco ingenua y fraternal, casi nunca es sincera, pero es artística y agradable como un aroma o una música; ya es bastante.

El vivir intenso de París ha dejado en Ca-

rrillo una pátina de hombre mundano un poco cansado. Sus ojos apenas se interesan por nada... A ratos parece mirar hacia adentro.

Cuando nos sentamos le pregunté:

—Dígame usted, Enrique: ¿Está usted enfermo, o abandona la dirección de *El Liberal* por algun otro motivo?

—Enfermo, lo que se llama enfermo—comenzó diciéndome con una dulzura infantil—; enfermo, para meterme en la cama, no... Ya usted me ve aquí trabajando... Pero después de ocho meses durante los cuales he laborado desde las cuatro de la tarde a las cuatro de la mañana, me siento cansado, muy cansado... Y como el verano va a comenzar, y como además va para un año que no he visto a mi hija, he obtenido del maestro Moya una licencia de unas semanas, que pienso pasar en los Pirineos... En cuanto a abandonar la dirección de *El Liberal*, de ninguna manera... Ya usted sabe que ésta es mi casa, que aquí nací y aquí moriré. No crea usted que en esta época de vértigo de nuevos periódicos han dejado de ofrecerme, como a otros, un millón para fundar un diario... Pero yo en *El Liberal* y para *El Liberal* siempre... Y en septiembre, cuando la gente vuelva de San Sebastián, yo volveré con la gente, para sen-

tarme de nuevo en esta butaca, que fué la de Moya, la de Vicenti, que es la mía ahora...

—Luego entonces ¿este apartamiento es temporal?... Contésteme usted con sinceridad.

—Temporal, muy temporal... Dos meses a lo más.

Hicimos una pausa... Otro cigarrillo... Pasó don Miguel Moya, con su gesto bondadoso y apostólico, por el despacho... Tras de él pasó su hijo, Miguelito Moya... Fuera se oían los chasquidos de los aceros, la voz de mando del maestro de armas y los zapatazos de los esgrimidores... Era una sinfonía bélica... Y....

—¿Qué me dice usted de la cuestión con Benigno Varela?... ¿Por qué no le envió los padrinos a este señor en vez de enviárselos al director de *La Mañana?*

—Verá usted... En primer lugar, porque un director tiene derecho a mandar padrinos a otro director... Y, naturalmente, entre tener una cuestión con Varela o tenerla con Aznar... ¿qué escogería usted mismo?...

Callé... Prosiguió:

—Luego, como Varela aseguró en una hoja que personas de la importancia del duque de

Tovar y Luis Armiñán le habían mandado padrinos, me decidí a responder a su segunda tanda de injurias con el envío de dos amigos. Él no ha sabido aprovechar la oportunidad para salir de la triste situación moral en que se encuentra y ha declarado que no puede batirse... Todos le parecemos indignos de él... ¿Será porque ni Oteyza, ni el coronel Gutiérrez, ni yo, hemos estado en la Cárcel?... En todo caso, para mí, si él no acepta el Tribunal de honor que muy generosamente le he propuesto, ya tengo todo preparado para acudir a los Tribunales de justicia. Mi compañero Santiago Arimón entablará la querella en cuanto hayan transcurrido las veinticuatro horas... ¿Qué quiere usted, amigo *Audaz*?... ¡En esta vida hay que resignarse aun a lo menos agradable!...

—¿Qué relación tenía usted con Varela antes de este incidente?... ¿Amistad?... ¿Conocimiento?...

—¿Antes de sus últimas injurias?... Yo no he vuelto a ver a Varela desde 1905 a 1906... Él me escribía de vez en cuando para felicitarme, no cuando yo publicaba un libro, no, sino cuando tenía algún duelo... Varela ha tenido siempre la obsesión de los duelos... Por la noche, como Lady Mackbeth, debe

ver un fantasma, y este fantasma debe decirle: Duelo... duelo... ¡no olvides el duelo!...

—Tengo leído que usted ya en otra ocasión se batió con él... ¿No?...

—Sí... En 1905... Una mañana de octubre, creo... Un solo asalto... Un pinchazo a Varela.. Martín Fernández y Betegón fueron mis padrinos...

—¿Por qué surgió el lance?...

—Porque Varela me escribió una carta de injurias... Yo entonces no tenía de Varela sino la opinión que tengo de todo periodista que comienza... Hasta me figuré que haría algo... Ha hecho mucho, es cierto... Pero no lo que yo esperaba que hiciera...

—¿Y cómo se comportó Varela en el terreno?...

—¡Cómo!... Ya usted sabe que él dice que heroicamente y que yo le parecí pálido, desencajado, espantado ante su temible espada... ¡Figúrese usted!... ¡Pobre diablo!... Yo no había tenido entonces sino seis u ocho lances, alguno muy grave, y él se batía por primera vez... Y eso sí... Estuvo muy digno... Lo dije entonces, lo dije más tarde y lo repito hoy... Aquel día estuvo muy digno, y fué herido porque yo era más ducho que él.. Yo no soy injusto nunca... Y... aunque cier-

tas verdades parezcan increíbles, las digo siempre...

—Y ¿qué piensa usted hacer si Benigno Varela sigue atacándole en su periódico y no acepta ir con usted al terreno?...

Meditó un momento, y su rostro expresó una profunda amargura...

—Querido *Audaz:* lo mismo que haría usted, lo que haría todo caballero: dejarle en su triste situación de injuriador y seguir mi camino sin volver siquiera la vista hacia él... La caravana pasa, usted lo sabe... Y si antes no dí importancia a los artículos en que me llamaba maravilloso, admirable, etc.—aunque se los agradecí, claro está—, ahora tampoco haré caso de sus insultos... ¿A quién no ha insultado ese pobre hombre? ¡Ese enfermo del cuerpo y más aún del alma!... Porque la ingratitud, llevada a cierto grado, es una enfermedad grave... Dejarlo. ¿No haría usted lo mismo?...

—No sé...—repuse—. Yo tengo en mi casa una medicina muy eficaz, que la empleo en estas ocasiones... y que da mejor resultado que las cartas y que el ruido de las espadas... ¿Y cuándo se vuelve usted a los Pirineos?...

—En cuanto haya terminado este asunto

cómico... Porque, aunque parezca mentira, no he venido sino a causa de Varela... Es tan terrible la fama de ese hombre, que amenaza con la mano de un cadáver, que yo creí que no podía dejar de acudir a su reto... ¡Qué habría dicho la gente!... Habría tal vez dicho que realmente la sombra de Pedro Barcelona nos hace a todos temblar... Pero ya ve usted... El terrible Varela escribe, escribe, injuria... Y... ¡ya no quiere matar a nadie!...

—Pero, ¿no es cierto que usted mismo contribuyó con su juicio escrito a su rehabilitación, en la cual él se refugia?...

—Es cierto; yo declaré, a la muerte de Barcelona, que Varela se había portado como hombre de honor en su duelo conmigo... Lo declaré ante los Tribunales, en una carta. Lo dije por escrito... Desde mil novecientos cinco hasta hace diez días lo pude decir... Hoy... hoy... Tengo que esperar aún veinticuatro horas para ver si al fin se decide a someterse a un Tribunal de honor...

Callamos unos segundos, durante los cuales desfiló por nuestra imaginación, en acusadora caravana, todos los instantes de locura, de emoción y de vértigo de nuestra vida presente... Y yo, mirando al porvenir

de mi espíritu, más joven que el suyo, le pregunté:

—Dígame usted, Enrique: ¿No siente usted algo de cansancio ante estas cuestiones?... ¡Fueron tantas!... En su vida de usted, ¿no cree que ha llegado ya el momento de ser espectador en vez de actor?... ¿No tiene usted ningún gran afecto, cuya inquietud y tristeza por sus peligros valga más que la agradable emoción de sortear la hoja de una espada?...

—¿Y usted?...

—Yo empiezo a vivir.

—Pues bien, mi querido amigo, ya le dije yo a usted alguna vez que vino a cuento que yo no creo en el peligro... No creo en el peligro, como no creo en otras cosas... Todo existe, sin duda... Pero no está en nuestras manos evitar nada... La vida es un misterio... No, no estoy cansado, ni de los duelos ni de nada... No estoy cansado más que de trabajar durante la noche... La noche no ha sido hecha para trabajar... ¿No le parece a usted?... ¡Hay tantas cosas divinas que hacer por la noche!...

* * *

Y ahora lean ustedes la simpática—para mí—epístola que recibo de Benigno Varela:

«Señor *Caballero Audaz:*

Mi querido amigo y admirado compañero: Anteayer, a las nueve de la noche, hallándome trabajando en mi casa—que es de usted—, me pasaron una tarjeta: la de *El Caballero Audaz*. Era usted, mi buen amigo, que amable y caballerosamente me dijo con estas o parecidas palabras: «Hoy he hablado con Gómez Carrillo del asunto de ustedes. Deseo publicar mañana en *El Día* lo que hoy me dijo Gómez Carrillo. Pero también quiero publicar cuanto usted me manifieste.» Yo le respondí con estas o parecidas palabras: «Hoy, querido Carretero, no le puedo decir a usted absolutamente nada. Mañana me tendrá usted a su disposición para referirle detalladamente cuanto guste.» Usted, caballeroso y digno, comprendería, después de oírme hablar así, la diferencia que hay entre Gómez Carrillo y yo. Lo que a usted hablase de mí anteayer Gómez Carrillo—lo ignoro, aunque seguro estoy de que me injuriaría, faltando nuevamente a sabiendas a la verdad—constituye una de las tantas traiciones de ese sujeto. Anteayer Gómez Carrillo no

debió ni despegar los labios hablando de mí. Por la mañana, en *El Liberal*, aunque de modo absurdo, me pedía le concediera en veinticuatro horas el batirse conmigo. Y Gómez Carrillo durante todo el día de anteayer no sabía si yo atendería en esas horas su proposición. Evidenciada, pues, su traición.

Pero ésta me parece sencillísima y hasta inocente comparada con otra traición de Gómez Carrillo enorme, monstruosa, de la que acabo de tener noticia en este instante. No he de pronunciar el nombre del honorabilísimo caballero que me refiere la traición brutal de Gómez Carrillo. Pero voy a comunicársela a usted.

Hace algún tiempo Gómez Carrillo asistió a un duelo como testigo. Su representado no era muy diestro en la esgrima. Y—¡atención, que ahora viene lo enorme!—Gómez Carrillo, en uno de los descansos del combate, empuñó el arma de su representado, y como si «jugueteara con ella», marcó en el aire paradas y fintas con objeto de que se fijase su representado en lo que debía hacer en el siguiente asalto.

Y nada más, querido Carretero, referente a ese sujeto despreciable, que vino a España con la única finalidad de sembrar traiciones.

Siempre suyísimo admirador e incondicional amigo, que le estrecha la mano, *Benigno Varela*.

Madrid, siete de junio de mil novecientos veintiuno.»

* * *

Mañana—si don Benigno Varela lo desea, como me ha manifestado por teléfono—estará mi pluma a su disposición, y haremos la «Segunda parte» de *Los dos mosqueteros*.

No se asusten ustedes, incautos lectores... No ocurre nada... ¡Nunca ocurre nada!...

Don Benigno Varela seguirá al frente de su *Monarquía;* don Enrique Gómez Carrillo al frente de *El Liberal*, y yo haciendo interviús en *El Día*...

Carrillo lleva razón al decir: «La caravana pasa...»

LOS DOS MOSQUETEROS

(2.ª PARTE BENIGNO VARELA)



LOS DOS MOSQUETEROS

SEGUNDA PARTE

BENIGNO VARELA

Al atravesar el recibimiento del piso en donde vive el director de *La Monarquía*, tuve una mirada un poco piadosa para el hermoso loro que, algo atónito y sorprendido, me miraba con insistencia...

Por mi imaginación apacible pasó el triste fin de este magnífico loro si un día al mosquetero Gómez Carrillo le diera la humorada de responder a las hojas fulminantes de Benigno Varela con una visita a su casa... ¡Parece que estoy viendo la tragedia!... El pobre papagayo sería la víctima... Yo, dada la buena amistad que tenemos, me permito indicar a don Benigno Varela la conveniencia de que dé órdenes oportunas para que este hermoso animalito sea retirado del recibimiento, pues, en mi sentir, es una avanzada

peligrosa, una primera línea de combate en la cual puede perecer...

Y, además, sería realmente espantoso que al día siguiente publicase el señor Gómez Carrillo en *El Liberal*, con grandes titulares, lo siguiente: «Nuestro director mata al loro de Benigno Varela.» ¿No creen ustedes?

Pasamos al despacho del director de *La Monarquía*.

Benigno Varela vive bien; ¡qué digo bien!... Vive suntuosamente.

Por las paredes de su despacho, por las repisas y sobre las mesas están las fotografías de nuestro mundo regio, aristocrático y político... Todas tienen dedicatorias afectuosas... Hasta un gran retrato de nuestro Monarca, que preside en el centro de la habitación... Cuando estoy examinando una magnífica panoplia en donde hay armas de combate para todos los gustos, me sorprende la voz de Benigno Varela...

Benigno Varela es, ante todo, un hombre extremadamente efusivo y vehemente. Para saludar coge entre sus dos manos la que le tiende su interlocutor y la aprieta..., la aprieta con una cordialidad completamente fraternal... Después es un manantial de frases lisonjeras...

Físicamente Varela resulta un caballero original: de rosto anguloso y pálido; perfil aguileño y grandes ojos azules, que parecen más grandes todavía porque miran espantados, como si estuviesen presos de una fascinación... Su cabeza ya se va quedando monda; ya está casi despoblada de cabello rubio, ya es una cabeza calva. Las guías de su bigote color oro viejo, caen lacias y revueltas alrededor de las comisuras de su boca grande, de labios gruesos...

Viste de negro, y un cuello bajito y cerrado, falto de modernidad, le da aspecto de hombre de iglesia...

Habla con bríos y apasionamiento; y quisiera hablar tanto, de distintas cosas a un mismo tiempo, que su charla está llena de incisos...

Lo más carecterístico de este hombre es su espantosa risa... Carcajadas de risa que al ser lanzadas por la nariz, con la boca cerrada, le pujan los carrillos y producen un ruido extraño.

Como todos los hombres vehementes es muy simpático... Sobre todo para el que no vea en él la otra segunda personalidad que él, a ratos, se empeña en ser: El *terrible Varela*.

Yo ya os lo he dicho ayer y os lo repito hoy... No creo en estas cosas... Cuando se habla de mosqueteros, y de tiradores diestros, y de hombres temibles, me sonrío... me sonrío... Haced todos lo mismo.

Pues bien: el simpático Varela me ofreció un enorme cigarro y empezó diciéndome:

—Ante todo, Pepe, debo manifestarle que tan sólo por la extraordinaria simpatía con que usted me domina y por la consideración que me merece *El Día*—uno de los periódicos de Madrid más ameno y admirablemente confeccionado—, me resigno a hablar por una vez solamente del desgraciado Gómez Carrillo en otras columnas que no sean las de *La Monarquía*. ¡Pobrecillo Gómez! Acabo de leer en *El Día* lo que a usted dijo. Y comprendo que la locura—es la que le condujo al ridículo en que le sepulté—le ha hecho traspasar los límites, para meterse de lleno en una tremenda cursilería. ¡Cómo se reirán los redactores de *El Liberal* con las piruetas que hace quien actualmente los dirige! Todas esas cursilerías de Gómez Carrillo hablando de sombras..., de fantasmas..., de Lady Macbeth..., tuvo que redactarlas para otro periódico que no fuera el que dirige, donde don Miguel Moya—ese insigne y buen amigo, tan

sensato—no ha consentido que se me vuelva a injuriar. Yo soy *director verdad* de otro periódico. Y en *La Monarquía* pude despacharme a mi gusto, sin precisar asirme al cable de otro colega. Pero demasiado lo sabe usted. Las verdades que dije a Gómez entusiasmaron, por lo justas, a los mismos que se hallan junto a él. ¿No le parece a usted demasiado significativo que *Heraldo de Madrid,* periódico de la Sociedad Editorial, no dedicase ni una línea a la enfermedad de Gómez?...

Como a las otras preguntas de Gómez Carrillo, tampoco contesté a ésta. Y le dije:

—¿Ha leído usted lo que ha publicado anoche *El Día?*

—Sí; aunque el verdadero mosquetero lo es usted, querido Pepe.

—¿Qué le ha parecido?

—Admirable por parte de usted. Cursi, eminentemente cursi, por parte de Gómez Carrillo, al que logré reintegrar en su perfecta salud en cuestión de breves horas, haciendo el papel de inyección. Claro que ésta se la puse para que él mismo demostrara su traición del día veintinueve de mayo último, cuando me tiró la puñalada trapera, echando a correr; pero ya usted lo vió: el puñal no lo-

gró herirme; quedó prendido en mi chaqueta; lo cogí, conseguí que tomara el tren para evidenciar su mentira de cuatro días antes; le restituí el puñal que me dejó clavado y le obligué a que lo esgrimiera contra su propio corazón.

—Pero usted, ¿no admira a Carrillo como escritor?...

—Yo antes, la verdad, creía en el talento de Gómez Carrillo. Ahora me convenzo de que es sencillamente bobo. Usted, querido Carretero, al comenzar a conversar con Gómez Carrillo *se dejó caer* con una preguntita de soberana intuición: «¿Por qué no le envió usted los padrinos a Varela en vez de enviárselos al director de *La Mañana?*» Y la bobería de Gómez Carrillo, que supone candorosos a los demás, respondió a usted: «Porque un director tiene derecho a mandar padrinos a otro director.» Evidente. Pero tan director de un periódico es Joaquín Aznar como yo. Lo que sucede—y Gómez Carrillo lo sabía de sobra—es que Joaquín Aznar es un excelente muchacho, simpático y desconocedor del manejo de las armas. Y como Gómez Carrillo está seguro de que aunque no soy actualmente, como él, un *mosquetero en ejercicio*, aún poseo la fortaleza de 1905, vea usted por

qué eligió al buenazo de Joaquín Aznar para poderme tirar, guarecido tras él, la puñalada trapera, y huir resguardando el pellejo.

—¿Es cierto que felicitaba usted a Carrillo sólo cuando se batía?...

—¡Una nueva invención de él!... Jamás. Yo, cuando le felicité—y no en carta, pues soy perezoso para escribir a los amigos—, fué en los periódicos, cuando publicó alguna de las obras que me remitía con dedicatorias efusivas. Valiente gratitud la suya.

—¿Ocurrió el duelo de 1905 entre usted y Gómez Carrillo tal como él me lo contó?... Dígame usted sus impresiones de aquel lance...

—Amigo Pepe: Sí; el señor Carrillo sería *ducho*, *duchísimo*, según afirma hoy en *El Día*. Pero yo acababa de ganar poco antes un campeonato. Y con mi infantilidad—¡veinte años!—, mi campeonato y mi serenidad (pues de ello di buenas pruebas, que reconoce hoy hasta él), en el primer asalto se oyó un grito en la galería del frontón. Lo lanzó el *Revertito* (sobrino de Reverte, que presenciaba el duelo) viendo que mi espada entró a mi adversario por debajo del brazo, junto al corazón.

—¿Qué motivos de agradecimiento son esos a que Carrillo se refiere?...

—Carrillo, en el primer instante de mi tra-

gedia, hizo todo lo que hubiese hecho cualquier hombre honrado. Y un caballero con quien antes se ha batido uno está obligado a proceder así. Para que vea usted cuál era mi gratitud a Gómez Carrillo le voy a leer los siguientes párrafos de mi libro titulado *Del corazón a la pluma:* «Gómez Carrillo es, ante todo, un hidalgo. El que supo herirme caballerosamente con una espada, supo también defenderme cuando unos miserables se lanzaron aulladores contra mi desventura. Fué su voz nobilísima la primera consoladora que oí. Jamás olvidaré aquel rasgo de Gómez Carrillo. Un día le quisieron ofender en mi presencia gentes envidiosas de sus triunfos. Mi mano tapó la boca del lenguaraz en casa del editor Pueyo.» Comprenda usted, querido Pepe, la repugnancia que hoy ha de producirme leer lo que él dijo a usted anteayer: «Pero ya ve usted... El terrible Varela escribe, escribe, injuria... Y... ¡ya no quiere matar a nadie!...» ¡Que ya no quiere matar a nadie! ¿Pero es posible haya exclamado esto ese hombre estando en su juicio? ¡Que yo no quiere matar a nadie! Y el día veintinueve del mes anterior Gómez Carrillo me recordó, me echó en cara, me quiso apuñalar, con la evocación de mis amarguras y la

muerte de un hombre. Si ahora diera por el gusto a Gómez Carrillo y me batiese con él, y luego mi fatalidad, corriendo el tiempo, en otro minuto de maldición me hiciera volver a matar a otro hombre, ¿no estaría entre los que se lanzaran nuevamente contra mí Gómez Carrillo?

—Entonces, ¿no se batirá usted con él?

—¡Ca, hombre, ca! Él, enloquecido, me suplica, sería hasta capaz de pedírmelo de rodillas, que me bata con él. Pero le ha salido mal la combinación.

—¿Qué haría usted si Gómez Carrillo se le presentase por la puerta?... Seguramente darle un abrazo... ¿No?—pregunté, acordándome del loro.

—¿Cómo ser posible lo que usted pregunta? Ese hombre, después de lo que ha hecho, no puede pisar mi casa.

—Entonces, ¿a qué terreno piensa usted llevar este asunto?

—Al que me invitó ahora el ducho esgrimidor de 1905, después de yo decirle que se halla incapacitado para que le dé reparaciones caballerosas. El mismo día que comparezca yo en el Juzgado a juicio de conciliación, comparecerá en el Juzgado de guardia «el eminente coronel»—así lo llamaban en un

periódico hace días—argentino don Cornelio Gutiérrez, su acompañante y el incapacitado a quien representaban. Y al juez de guardia entregaré la carta firmada por don Cornelio y su acompañante.

Y después de estos dos diálogos tan crueles, estoy seguro que si los dos terribles mosqueteros se tropiezan en la calle, se dan un abrazo... ¡Y está bien!... Tan noble es un abrazo como una estocada...

DON SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL



DON SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

He aquí la mansión del sabio: clara y alegre como una finca de recreo y llena del augusto silencio de un templo, cercana al Museo de Ciencias.

Es una casa de dos pisos, con ancho zaguán enverjado, que desemboca a un patio que quiere ser jardín. En la fachada del piso alto muestra una galería de cristales que se abre frente al gayo panorama de los jardines del Observatorio, embriagados por la luminosidad maravillosa de una mañana de junio. Próximas, las frondas del Retiro resplandecen como una gigante esmeralda al sol. Rasgan el aire los silbatos agudos de los trenes que maniobran en la cercana estación del Mediodía...

Desde el patio vemos, a través de la verja de la portalada, que un automóvil, cerrado y negro, se detiene en la calle.

—¡Ahí está don Santiago!

Es Ramón y Cajal el que llega. Desciende del *auto* ligeramente, y avanza por el zaguán a grandes zancadas. Su figura magna, ceñida por la negra levita, cuyos faldones se balancean al ritmo del andar, le dan una apariencia de pájaro; de uno de esos grandes pájaros finos, ágiles y zancudos de las selvas exóticas ..

Don Santiago trae el sombrero en la mano, ofreciendo a la claridad clemente de la mañana su cabeza calva y pálida, como de amarillo marfil antiguo.

Al compás de su paso, vemos avanzar su rostro agudo, sobre cuya nariz cabalgan unas gafas de oro, a través de cuyos cristales los ojos, pequeños, redondos y brillantes, lucen como dos cuentas de vidrio negro. Sobre el cerebro, unas crenchas blancas redondean la testa, agudizada por una barba cenicienta y en punta. Así, Ramón y Cajal, menudo, cetrino, con sus hirsutas barbas de abuelito y su mirada fulgurante de vida, parece uno de esos gnomos inquietos y sabios que ilustran los cuentos de Grim.

Tenemos que insistir para que repare en nosotros.

—Buenos días, maestro... Estábamos esperándole.

—¡Ah!—exclama, deteniéndose sorprendido—. ¿Son ustedes?... Bien. ¿Les he hecho aguardar mucho? Vengo de la Facultad... ¡Los exámenes!

—¿Le dan guerra los estudiantes, maestro?...

—¡Ca! Ni mucho menos... Es otra cosa... Al contrario... Lo que me produce es pena. ¡Si viera usted qué de buenos estudiantes hay! ¡Oh, es imposible! Lo saben todo, todo... No hay lección que se les resista... ¡Es insoportable!...

Cajal, mientras nos habla, cruza de un lado a otro el patio a grandes zancadas...

Las palabras brotan de sus labios un poco incoherentes, como salpicaduras de la divagación interior que en su pensamiento se enzarza...

Hace la sensación de que el sabio se ha ido con su idea muy lejos de nosotros.

La mano, descarnada, de dedos largos y nudosos como sarmientos, parece acariciar el aire al murmurar:

—¡Bah! ¿Para qué ser buen estudiante? Para envanecerse, creyendo que ya se sabe todo, todo... lo de los otros, y no sentir la inquietud de descubrir ninguna verdad nuestra...

Entonces, maestro, ¿usted no fué un buen estudiante?

—¿Yo?—y hace un gesto de irónico rechazo—. No sólo no fuí buen estudiante, sino que dí ciento y raya al más desaplicado de aquel entonces...

—¿Cuando pequeño sería eso?

—Sí; yo me crié poco menos que indomable.

—¿Dónde nació usted, maestro?

—En Petilla de Aragón, un pueblecito de Navarra, y en mayo de 1852. Mi padre, médico cirujano, era un aragonés de pura cepa. Mi madre, una hermosa montañesa de Larrés, cerca de Jaca.

—¿Empezó usted pronto a instruirse?

—A los cuatro años. A los seis ya escribía corrientemente y tenía nociones de Geografía, Francés y Aritmética. Pero mi mayor culto entonces era la Naturaleza, la vida libre del campo. Odiaba la escuela. Me gustaba ir a la montaña y trepar, correr, batallar a pedradas con los chicos... Tuve desde muy pequeño una gran habilidad manual, y esto me hacía el favorito de los muchachos, porque les fabricaba hondas, flautas, tirabeques... A los nueve años tuve una manía irrefrenable por dibujar y pintar...

—De esa época, ¿qué recuerdos conserva?

—Dos bien distintos. El del desengaño que me dió un pintor de brocha gorda que, viendo mis dibujos, vaticinó que yo nunca sería artista, y el de media semana que estuve en el campo, fugado de mi casa, por temor a mi padre, que se había enterado de que yo hacía novillos en la escuela. ¡Qué espléndidos días aquellos de vida salvaje!... Entonces, nada podía conmigo... Era travieso, malísimo estudiante, a pesar de riñas y azotazos... Para castigar mi escapatoria, mi padre me llevó a Jaca a un colegio de frailes, que no pudieron domarme. A los doce años yo no quería estudiar, porque me devoraba la fiebre artística; quería ser un héroe... Soñaba con los protagonistas románticos de Hugo y de Dumas... Pero como con todo esto olvidaba los cursos del Bachillerato, mi padre, por castigarme, me colocó de mancebo en una barbería de Huesca...

Ríe Cajal, con júbilo, evocando los días pretéritos; y es, ahora también, como un gran niño de barba de plata y ojos de brujo, que celebra sus propias travesuras.

Le insistimos:

—¿Es cierto que ha sido usted barbero, don Santiago?

—¡Anda, ya lo creo! Yo he tenido siempre, a manera de los salvajes y las mujeres, una lamentable facilidad para soltar la risa... Era la desesperación de los profesores, por mi propensión a reírme en sus barbas. Además de un malísimo estudiante, era yo siempre el que capitaneaba las más desaforadas travesuras... ¿Dice usted que barbero? ¡Y zapatero remendón! Un año, castigado por mi padre estuve haciendo méritos como aprendiz en un taller de los más humildes...

—¿Cuándo se despertó en usted la vocación científica?

—En el verano de 1868. Después de una desafortunada escapatoria había regresado al hogar como el hijo pródigo, y acompañaba a mi padre en algunas operaciones. Le vi trabajar, y ello me inició en los estudios anatómicos. Le tomé afición; pero como en el pueblo nos faltaba esqueleto sobre el que estudiar, recuerdo que una noche de luna mi padre y yo asaltamos sigilosamente el campo santo del lugar por adquirir material anatómico... Trasladada mi familia a Zaragoza, empecé a estudiar Medicina, y en junio de 1873, a los veintidós años, obtuve el título de licenciado. Ya entonces sentía amor por mi carrera, y pensaba dedicarme a ella con

la tenacidad que ha sido mi característica. Pero la llamada «Quinta de Castelar» me hizo soldado, y al año siguiente tuve que ir como sanitario con el ejército de Cuba.

—Y de allí volvió usted...

—No quiera usted saber cómo volví. Enfermo, demacrado; tan para poco, que por esa causa sufrí mi primer desengaño amoroso.

—¿Quiere usted contárnoslo?

Cajal vuelve a reír con esa ingenuidad que sólo tienen los niños fuertes y los ancianos buenos.

—No merece la pena... Fué tan sólo que una novia que dejé aquí, antes de ir a Cuba, al volverme a ver la dí miedo tanto, que quise besarla y le noté un gesto de repugnancia. ¡Así volvíamos de Cuba los que teníamos la suerte de volver!...

—¿Ha sido usted dado a los amoríos, maestro?

—¡Oh, ya lo creo! De los trece a los diez y ocho años tuve numerosas pasiones románticas. Me enamoraba de todas las mujeres; de algunas incluso nada más que por el nombre. Vivía en plena fiebre de romanticismo; hacía versos, novelitas; imitaba a Bécquer y a Espronceda sobre todo... Por aquella época, en

Zaragoza, me ocurrió uno de los más divertidos episodios de mi vida estudiantil... En la calle del Cinco de marzo vivía una muchacha guapísima a quien llamaban *la Venus de Milo*. Varios estudiantes la rondaban, y entre ellos yo, aunque no tuve nunca el valor de declararla mi pasión. Una noche, inflamado de ansias platónicas, paseaba yo la calle a la beldad como un galán de capa y espada, cuando otro estudiante, también enamorado de *la Venus de Milo*, se me acercó intimándome a que abandonara el cortejo y la ronda. Nos enzarzamos cada uno en defensa de su derecho, y decidimos, para dirimir la contienda, batirnos a estacazo limpio.

Se celebró el lance en los sotos del Huerva, y yo tuve la fortuna de moler a palos a mi rival, hasta el punto de que le tuve que prestar mi auxilio para que se levantara del suelo... Él quiso dejarme, según lo convenido, el campo libre; pero yo, que no quería que a romántico me ganara nadie, le estreché la mano y renuncié también al amor de *la Venus de Milo*. Quedamos grandes amigos. Y para que vea usted: aquella heroína de nuestro lance tuvo un final triste, pero también un poco de novela romántica: murió tísica, y siempre bellísima, al poco tiempo...

Cajal queda silencioso, como si evocara aquel fantasma lejano de su juventud tumultuosa...

Sus miradas quedan suspensas en el cielo, maravillosamente azul, de la mañana.

¿En qué piensa el glorioso viejecito de nombre inmortal? ¿Acaso, como el héroe del poema goethiano, medita en que la Ciencia, que consumió como en una hoguera votiva toda su vida, no le ha dado en definitiva nada que pueda compararse a aquella dulce y loca y fragante felicidad de los días jóvenes? ¿No sentirá Cajal esa tristeza desesperanzada del genio que lo inmoló todo en aras de la divinidad cruel e implacable que se llama la Ciencia, y por ella dejó de gustar las rosas más perfumadas, divinamente frívolas, del jardín de la vida?

Pensando en esto, le preguntamos:

—Maestro, ¿está usted satisfecho de su vida y de su obra?

—De mi vida, sí; porque la he consumido en aras de una vocación que, como los fuegos sagrados, se basta a sí misma... He vivido ya bastante, tal vez demasiado, y, sobre todo, he luchado mucho... Para mí el mundo no está ya más que en mi laboratorio... Quiero que me dejen allí tranquilo con mi micros-

copio, contemplando lo infinitamente pequeño... Cuando me canso de ello subo a la terraza y con mi telescopio contemplo entonces lo infinitamente grande...

¡Admirable Cajal, alma de apóstol, héroe magnífico de esas tenaces legiones de la Ciencia! Ante nosotros le vemos a veces divagar, hacer pausas por coordinar ideas, esforzarse por seguir el rumbo de nuestra conversación de periodistas curiosos... Se adivina en sus ademanes vagos y en su voz trémula que, sin él querer, el pensamiento se le escapa hacia otro mundo, hacia el mundo insondable donde él está acostumbrado a vivir: el mundo milagroso de las teorías inauditas, y las investigaciones prodigiosas, y la fe redentora del sabio...

Así, como en otra vida distinta, nos imaginamos a Cajal en su laboratorio como un iluminado persiguiendo el secreto de la vida; Prometeo extrahumano empeñado en arrancar a la Naturaleza sus más recónditas virtudes.

Bajo sus pupilas, a través de la lente microscópica, las células adquirirán vida, hablarán a su cerebro con un lenguaje nuevo, prometedor de insospechadas maravillas...

¡Qué emocionante el espectáculo de este

hombre, héroe de la más pura gloria: de esa gloria que no es la divinidad desmelenada y trágica de los combates, sino una diosa de piedad y de amor que busca en el misterio de la Vida—para aliviar el dolor eterno—la senda del gran misterio de la Muerte!

Interrumpiendo nuestro divagar, mientras Cajal sigue paseando por el patio, le interrogamos:

—¿Desde qué año es usted catedrático?

Hace una pausa de meditación, y

—Desde 1884—nos dice—en que gané una cátedra en Valencia. Antes había sido rechazado en dos oposiciones... A poco de ser catedrático enfermé gravemente y tuve una larguísima convalecencia... Nadie creía que yo pudiera resistirla. Me daban por muerto de un día a otro... Yo sólo conservaba la fe en vivir... Tanto, que por entonces decidí casarme... Chillaron todos; mis padres, mis amigos, me auguraban un desastre. Pero, la voluntad es mi característica... ¡Y me casé! Cierta tarde, de vuelta de un paseo por Torrero, encontré a una joven de apariencia modesta, acompañada de su madre... ¡Qué bonita era!...

Cajal, aun ahora, nos describe a la amada de entonces con el mimo y la gracia exaltada

de un poeta. Y al conjuro de sus palabras vemos a la muchacha de rostro sonrosado como el de una madona de Rafael...

Y vemos al joven catedrático enfermo, sugestionado por la bella desconocida; por la belleza y suavidad de sus facciones, la esbeltez de su talle, sus grandes ojos verdes encuadrados de largas pestañas y la frondosidad de sus cabellos, y sobre todo, encantado por el aire de infantil inocencia y de melancólica resignación de la muchachita...

Es Cajal el que sigue hablando:

—Por todo eso, me casé; ¡pues no había de casarme! Y eso que se necesitaba valor para fundar una familia cuando todo mi haber eran veinticinco duros mensuales y ocho o diez más, a lo sumo, que me granjeaba dando repasos de Histología y Anatomía.

Me casé en secreto, y el resultado, a pesar de las profecías, fué excelente; recobré la salud, armonizaron nuestros dos caracteres y pude dedicarme a mis trabajos científicos...

—¿Tenía usted algunos hechos antes?

—Mi primera producción científica apareció en 1880. Pero no tenía importancia. Luego publiqué unas «Observaciones microscópicas sobre las terminaciones nerviosas en los músculos voluntarios.»

—¿Tuvieron éxito esos trabajos?

—Muy poco. Pero el fruto más preciado de ellos fué para mí el adquirir la profunda convicción de que la Naturaleza viva, lejos de estar agotada y apurada, nos reserva a todos, grandes y chicos, áreas inacababies de tierras ignotas, y que aun en los campos al parecer más trillados quedan todavía muchas incógnitas por despejar... De entonces data mi entusiasmo, la vocación decidida que todavía me anima... Leí mucho, estudié mucho... El cólera de 1885 me obligó a abandonar el examen de las células para dedicarme a la Microbiología, que entonces, como ciencia, empezaba a alborear...

La Diputación de Zaragoza me encargó el estudio de la vacunación anticolérica, y me premió el trabajo con un magnífico microscopio «Zeiss».

—¿Cuál ha sido su época de mayor labor?

—Trabajar, casi siempre lo hice igual... Pero el inventor y el investigador tienen algo de jugadores, rachas de suerte o de clarividencia... El año 1888 fué mi época mejor... Publiqué mi *Histología*, envíe a la Academia Memorias sobre mis descubrimientos relativos al sistema nervioso y mi nombre se hizo conocido... Y desde entonces...

Se interrumpe el maestro... Pero nosotros podemos reconstituir ese período glorioso que la modestia del sabio calla.

Son los años del 88 al 91 cuando Cajal asombra al mundo científico con sus descubrimientos sobre el cerebelo, la retina y la medula espinal y el lóbulo óptico de las aves... Es en el 92 cuando, después de un triunfal viaje por el extranjero, gana en Madrid la cátedra de Histología normal y Anatomía patológica...

Ya tiene Cajal cincuenta años, y su cerebro, como una tierra fecunda bien trabajada, está en plena y magnífica floración...

Los triunfos se suceden. En Berlín, en Londres, en París, la atención de los sabios está pendiente de Cajal. ¡Y España sin enterarse!

Fué en 1900 cuando en el «Congreso Internacional de Medicina», reunidas las delegaciones de todas las Facultades del mundo, acordaron dar un premio a Cajal; cuando la España oficial despierta de su letargo y da al sabio las grandes cruces de Isabel la Católica y Alfonso XII y se le nombra Consejero de Instrucción pública.

Mientras, la Real Academia de Ciencias de Berlín le adjudicó la medalla de oro de Helmholyz, y varios meses después, una mañana

de octubre de 1906, un telegrama que cursan todas las agencias del mundo anuncia que a Ramón y Cajal le han concedido el premio Nobel... Es el cénit de la gloria del sabio, el premio a sus años de ruda lucha con lo desconocido, pugnando por arrancar sus secretos a las entrañas inmortales de la Naturaleza...

Ya es, ante el mundo todo, Santiago Ramón y Cajal...

Ramón y Cajal, ante la gloria y la admiración del mundo, que se muestra lo mismo que esta mañana ante nosotros: como un venerable abuelito, de perfil de brujo de leyenda, que viste modestamente, y habla a intervalos, y divaga y recorre a saltos de pájaro el patio de su casa...

Muchas veces, en nuestra vida de periodistas, nos hemos enfrontado ante el valor, y ante el poder, y ante la realeza, y ante la opulencia... Y, sin embargo, políticos, gobernantes, caudillos y millonarios, no nos han producido una sensación de grandeza, ni de dominio, ni de superioridad. Los hemos visto a unos vanidosos, a otros necios, a los más funestos...

—¿Y esto es lo que brilla y vale más en nuestro país?—nos preguntábamos—. ¿Y esto es España?

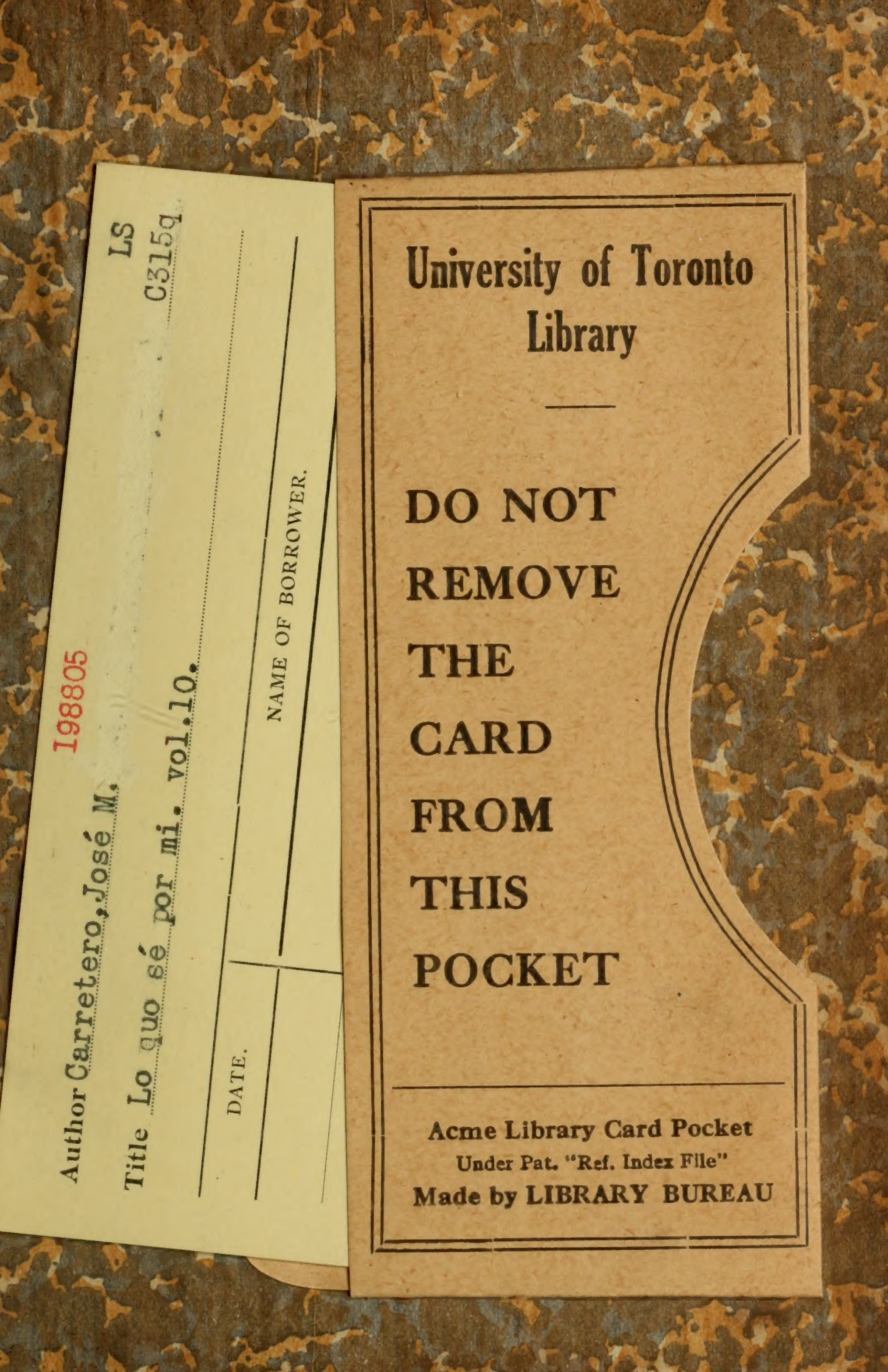
Hemos necesitado venir esta mañana de julio a esta casita alegre y soleada, para sentir la emoción de lo grande y de lo augusto. Esto es España, sí. Este viejecito, trémulo y nervioso, que parece aturdido, ¡éste sí que es honra y gloria y orgullo de España! Aquí, en este santuario de la Ciencia, hay un hombre encogidito, menudo, vivaz; un noble abuelito de cuento de Grim, que ha hecho más por la gloria y el nombre de España que todos nuestros políticos y nuestros caudillos y nuestros millonarios...

Y al estrechar la mano de Cajal, se la besamos como a una reliquia gloriosa. Como besaríamos sus ojos cansados de acechar el peso de las supremas verdades de la Ciencia...

FIN

ÍNDICE





LS
C315q
198805
Author Carretero, José M.
Title Lo quo sé por mi. vol.10.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

